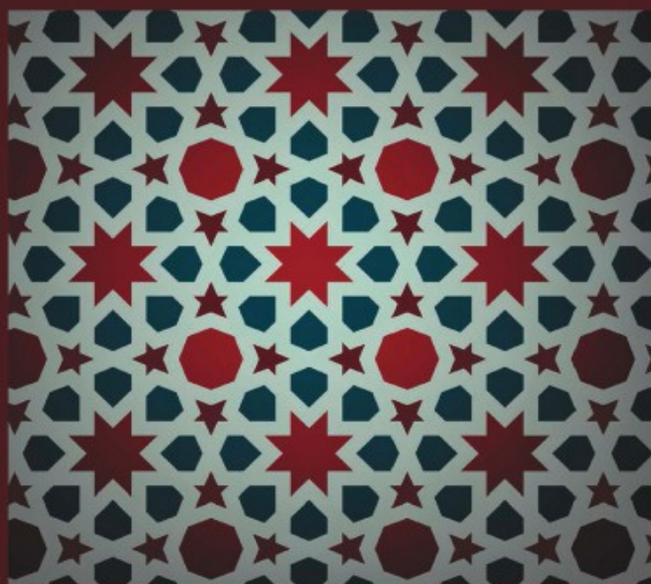


Marià Corbí

Cantos de eternidad

La sabiduría de Rûmî en el “Mathnawî”

Vol. II



Marià Corbí

Cantos de Eternidad

La sabiduría de Rûmî en el “Mathnawî”

Vol. II

© Marià Corbí
© Cantos de eternidad. La sabiduría de Rûmî en el Mathnawî. Vol. II

ISBN papel: 978-84-686-5364-8
Depósito Legal: B 16614-2014
Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L

ÍNDICE

PREFACIO AL SEGUNDO LIBRO DEL MATHNAWÍ.....	9
LIBRO SEGUNDO.....	11
La falsa visión de la luna.....	18
El ladrón de una víbora.....	20
El que quería dar vida sin tenerla.....	20
El sabio es antes de toda existencia.....	22
La espuma del mar forma una barrera.	24
No te fíes de las palabras del necio.....	24
El halcón del Rey en manos de una vieja decrepita.....	29
El sheikh generoso con los bienes de sus acreedores.....	32
El sheikh ofrece a sus acreedores dulzura a cambio de su dinero.	33
Los lamentos del vendedor de halwa despiertan la misericordia de Dios...	34
De qué sirven los ojos cuando no le ven.....	36
No seas un imitador.....	37
El necio que acarició a un león creyendo que era un buey.....	41
¡Oh rico bien alimentado, guárdate de reírte de las fechorías de los pobres necesitados!	41
¡Hay de los imitadores que no disciplinan!	42
Rasga la cortina de tu anhelo egoísta.	44
El mundo es una cárcel.....	45
La insolvencia del presidiario déspota.....	47
Buscadores de refugio y de felicidad.	54
Líbrate de tu alma carnal que es tu ego.....	56
El esclavo sabio de fea forma y el esclavo necio de bella forma.....	60

El esclavo de boca apestosa.....	62
El sediento que arrojó ladrillos al arroyo desde lo alto del muro.....	81
La zarza plantada en medio del camino.....	82
La locura de los sabios.....	91
Los discípulos comprendieron que Dhû'l Nûn no estaba loco.....	93
Dhû'l Nûn en el manicomio y sus amigos.....	94
Luqmân el esclavo sagaz.....	95
Los esclavos envidiosos.....	100
La reverencia con el mensajero.....	103
La incredulidad del filósofo.....	105
Moisés reprende la oración de un pastor.....	111
Dios amonestó a Moisés, por causa del pastor.....	112
Revelación divina a Moisés excusando al pastor.....	114
Moisés le pide a Dios que le explique el secreto de la predominancia de los injustos.....	116
Un emir hostigó a un durmiente al que le había entrado una serpiente en la boca.....	120
Confianza en la buena fe del oso.....	121
El ciego de dos cegueras.....	125
No confíes en tu buena fe, te puede engañar.....	126
¿Por qué se es tan crítico con el sabio y tan poco crítico con el becerro de oro?.....	127
El que aconsejaba sinceramente que abandonara la compañía del oso, abandonó finalmente al necio.....	129
El sabio se asusta del agrado de los necios.....	130
Si dos que no son de la misma especie se juntan es que hay un motivo. ...	131
Conclusión de la historia con el oso.....	132
Mustafá fue a visitar a un compañero enfermo.....	133
¿Por qué no me visitaste cuando estaba enfermo?.....	133
Es malo separarse de los amigos.....	134
Vuelve la historia de la visita del Profeta a un enfermo.....	135
Busca primero a los sabios.....	136
Yo soy la Kaaba.....	136
La visita del Profeta a un enfermo y sus consecuencias.....	137

Dalqak se casa con una prostituta.....	141
Un sabio fingía estar loco.....	142
Un perro ataca a un pordiosero ciego.....	143
El hombre borracho y el policía.....	145
Preguntas al sabio que se hacía pasar por loco.....	146
Fin de las amonestaciones del Profeta al enfermo.....	150
Más instrucciones del Profeta al enfermo para enseñarle a orar.....	154
Diálogo de Iblís (Satán) y Mu’awiya.....	156
Discurso de Iblís a Mu’awiya.....	157
Mu’awiya argumenta a Iblís sobre la responsabilidad.....	159
Iblís niega su responsabilidad.....	159
Mu’awiya no exculpa a Iblís.....	161
Iblís argumenta de nuevo.....	161
Últimas palabras de Mu’awiya.....	162
El prejuicio lleva a la tumba al conocimiento.....	163
Los engaños de la piedad.....	163
La excelencia de un remordimiento sincero.....	164
Concluye la confesión de Iblís a Mu’awiya.....	164
Cuando estás a punto de atrapar al ladrón no te entretengas en reconocer sus huellas.....	165
Los hipócritas y la construcción de una mezquita.....	167
Los hipócritas intentaron engañar al Profeta en el asunto de la mezquita.....	168
El Profeta fue implacable con los hipócritas, a pesar del escándalo de uno de sus compañeros.....	169
La Verdad es como una camella perdida.....	170
Perplejidad ante doctrinas discordantes.....	171
Ponlo todo a prueba.....	172
La persona que buscaba la camella perdida.....	173
Observa, no sea que lleves dentro de ti una mezquita hipócrita.....	174
Ve tu propio defecto.....	175
Escarmiento en cabeza ajena.....	175
Quienes se excusan de seguir a los sabios.....	176
Dos formas de ser anciano.....	177

Quien no le reconoce es como si le encerraran en un sepulcro.....	178
No te asuste lo que sólo parece hombre.	180
Pierde tu ego y no necesitarás armas para defenderte del Rey.....	180
El saber inútil.....	181
Los hombres del cuerpo y los hombres del corazón.....	182
Quien tiene la Luz, ve el mundo invisible.....	184
Defensa del sabio.	185
El ansia por la apertura de la puerta.....	187
El castigo de la ceguera.....	188
La copa de vino llena de miel.....	188
El Profeta oraba en cualquier sitio, sin alfombra de oración.	189
En el camino a la unidad, no te hagas un engreído.	190
La sospecha sobre el derviche.	191
El camino medio.....	192
Cuestiones sobre el camino de en medio.	193
Las palabras del sabio no son meras afirmaciones.....	195
El testimonio de la verdad es siempre desde dentro.....	196
Las historias son como la medida, el sentido real es como el grano.	197
Las mentes desviadas aceptan los dichos sin valor.....	198
La búsqueda del árbol de la inmortalidad.....	198
El sentido verdadero de "árbol de la vida".....	199
Disputas por los nombres de la uva.....	199
La sabiduría elimina las disensiones.....	200
Los patos criados por una gallina.....	202
El asceta que recibía pan y agua del cielo.....	202
BIBLIOGRAFÍA	204

PREFACIO AL SEGUNDO LIBRO DEL MATHNAWÎ.

Rûmî se justifica por tardar tanto en escribir el segundo libro del Mathnawî diciendo que si toda la sabiduría divina, en relación a una operación que conduce a Él, se revelara de golpe a su esclavo, éste quedaría tan absorto en los beneficios de la operación que no podría realizarla.

La sabiduría infinita de Dios, desbordaría al siervo. Por ello, Dios da una pequeña porción de esa sabiduría; la suficiente para poner a su siervo una argolla en la nariz que le conduzca al acto. La argolla en la nariz es la atracción que ejerce sobre él.

Da la sabiduría suficiente como para que el siervo vea las ventajas de la conducta a la que Dios le lleva.

Si Dios no mostrara esas ventajas, el siervo no se movería en absoluto. Sólo el provecho propio o de otros nos mueve a actuar.

Dios, en el inicio del camino, nos seduce prometiendo logros para el ego. Para luego conducirnos a abandonarlo.

Si Él derramara toda la sabiduría, en relación al acto al que Dios induce, tampoco el siervo podría moverse.

El hombre se asemeja a un camello que no anda si no se tira de él desde la anilla de la nariz; pero si la anilla es muy pesada, se negará a caminar.

Dios nos seduce y nosotros nos dejamos seducir. Pero si “el que es” desplegara todas sus gracias, quedaríamos abrumados.

Nuestra flaqueza no soporta, de entrada, todo el peso de la sabiduría.

En Dios residen todos los tesoros, pero no los hace descender sobre nosotros más que en cierta medida. Él nos concede lo que entra en nuestra abertura de mente y corazón.

Rûmî pone un ejemplo para explicar esta idea:

Se necesita agua para construir ladrillos, pero demasiada agua lo impide.

Él calcula en la balanza todo lo que da, excepto lo que otorga sin medida a quien le place. A unos pocos, Dios les da sin medida y les sostiene para que no perezcan bajo el peso de sus dones.

Rûmî, ya en el prefacio, habla del amor, dice: alguien preguntó ¿qué es el amor? Respondió Dios, "lo sabrás cuando te conviertas en mí".

El amor es afecto sin cálculo. Por eso se dice que es el atributo de Dios y que es irreal hablar del amor del hombre.

El hombre, como viviente necesitado, se ama primero a sí mismo; quien se ama primero a sí mismo, no ama verdaderamente.

Quien amando calcula, no ama. Quien es un necesitado siempre calcula.

Rûmî se expresa siempre utilizando el término "Dios" para referirse a "Eso Absoluto", "al que es", a "Eso que es" que no es nuestras pobres construcciones. En nuestras circunstancias culturales hemos de entender ese término como un símbolo que hay que trascender si se quiere llegar a lo simbolizado, no como una descripción.

Aunque Rûmî es hijo de su tiempo y, por consiguiente habla desde una epistemología mítica y es teísta, es un sabio y trasciende esas categorías.

Desde esa trascendencia de categorías debemos leerle y entenderle.

Haré sólo unas cuantas citas del Mathnawî, casi testimoniales, porque tendría que estar citándole a cada párrafo y resultaría farragoso. Todo el escrito está ceñido a su escrito. Medito y escribo al ritmo de su texto y, si puedo, con sus mismas imágenes.

Como ya dije en el primer volumen, este escrito es sólo una incitación a leer a Rûmî directamente en su magna obra. Es sólo mi pobre digestión de Rûmî. La pretensión de este escrito es sólo ayudar a comprender su obra, que como toda gran obra, no es de fácil lectura.

¡Ojalá me haya acercado, aunque sólo sea un poco, a cumplir esa pretensión!

LIBRO SEGUNDO.

Este segundo libro del Mathnawî se ha demorado porque se necesita tiempo para que la sangre se transforme en leche, dice Rûmî. Es necesario tiempo para que la sabiduría se convierta en carne propia y en expresión.

Mientras Husamuddin, su secretario, estuvo ausente, no floreció en Rûmî la poesía de su obra. Cuando Husamuddin regresó de su retiro a la orilla del mar, a la vida práctica, Rûmî retomó la obra. El inicio de esa provechosa relación entre Husamuddin y Rûmî fue el año 662 de la Hégira.

Rûmî llama al Mathnawî, el purificador del espíritu. Con esa actitud tenemos que estudiar y trabajar su obra.

El Mathnawî limpia los ojos, el corazón y la mente, si uno se entrega a su estudio con intensidad y dedicándole el tiempo que sea necesario.

El Mathnawî se asemeja a la cueva de Alí Babá; sólo el tesón y el amor abren las peñas que conducen al tesoro.

El ruiseñor (Husamuddin) se marchó y regresó convertido en halcón que cazaba verdades del espíritu.

¡Que la puerta de la Verdad permanezca abierta para siempre a la gente!

Eso pretenden los Maestros, y eso, en humilde medida, pretendemos nosotros.

Vivir para los sentidos, vivir para la sensualidad y la lujuria, bloquea la puerta.

En tu condición de depredador, la garganta y la boca son vendas para ver la otra dimensión. Cierra la boca para que puedas ver el otro mundo.

Si no cierras la boca, esa boca depredadora te tragará y será para ti la puerta del sufrimiento, del infierno.

Frena tu condición depredadora y podrás ver.

La luz está junto a este oscuro mundo, y la leche está al lado de la sangre que derramas por tu condición de depredador.

Por nuestra condición de animales que hablan, el mundo de nuestra depredación y el mundo de la gratuidad están uno junto al otro.

Si no vas alerta mezclarás la leche con la sangre.

Adán dio un paso al placer sensual y se puso con ello un dogal al cuello. ¡Cuántas lágrimas por una hogaza de pan! ¡Cuánto perdió por llevarse algo a la boca!

Y ¡cuánto perdemos nosotros por no saber vivir sin tener, en todo momento, algo que llevarnos a la boca; por ser incapaces de renunciar a tener algo por lo que y de qué vivir!

Dejarse seducir por la sensualidad, por el atractivo de este mundo, es como tener un cabello en un ojo, que se agranda como una montaña e impide ver.

Una pequeñez, una "nada", cubre nuestros ojos a la visión.

Si nos dejáramos aconsejar no cometeríamos semejante torpeza. Pero nos dejamos aconsejar sólo en aquello que no toca nuestro querer más hondo.

Cuando un intelecto se junta con otro, impide torpezas; pero cuando un alma carnal se asocia a otra alma carnal, el intelecto humano se convierte en inútil.

¡Mira con quién andas!

Ponte a la sombra de un amigo. Busca a un amigo cuando lo necesites; pero busca a un amigo de Dios, porque entonces Dios será tu amigo.

Volverás entonces tus ojos al buen camino, porque lo habrás aprendido de un amigo. El amigo, amigo de Dios, te abrirá los ojos.

¡Apártate de los extraños, de los que no son amigos de Dios! Terminarían ofuscando tus ojos.

El amigo es tu ojo, ¡oh tú cazador del Amigo! Mantén tu ojo limpio. No levantes con tu lengua polvo y basura que ensucie tu ojo.

El verdadero creyente, -se refiere el texto a aquel que ve-, es el espejo del verdadero creyente.

El verdadero creyente pone delante, como un espejo, el ser original del verdadero creyente.

El maestro refleja con su ser, el ser del discípulo.

¡Que tus anhelos no empañen la faz que se ve en ese espejo! Contén tus alientos para no empañar ese espejo.

Eres tierra, un amigo hará que florezcas. Un amigo, que es amigo de Dios, es como la suave brisa de primavera que hace florecer los árboles.

El compañero que no es amigo del Amigo, es sólo causa de problemas.

Esconde tu cabeza, haz como si durmieras para no verle. Ese sueño, acompañado de sabiduría, es vigilia.

Haz lo que convenga, pero no te asocies con el ignorante. El ignorante te dará una imagen de ti falsa, que enturbiará tu verdadero rostro.

Este es un consejo importante que no se puede tomar a la ligera. ¡Mira con quién andas!

Cuando aparecen los cuervos, los ruiseñores se esconden y se callan. Los cuervos oscurecen el sol.

Cuando aparecen los que viven en exclusiva de este mundo, ante ese griterío, el otro mundo se calla.

El sol se pone en la rosaleda, pero el sol del conocimiento divino no se mueve, si no que ilumina día y noche. El lugar de su amanecer es el espíritu y el intelecto.

Si eres valeroso como Alejandro irás al lugar donde amanece el sol. Entonces, donde quiera que vayas tendrás su esplendor.

Donde quiera que vayas será el lugar del amanecer del sol.

Todos los amaneceres estarán enamorados de tu ocaso. Tu ocaso será el amanecer de los amaneceres.

Si eres valeroso, todos tus amaneceres y ocasos serán amaneceres.

¡Bella manera de decir que si tienes el coraje de adentrarte en la luz, no habrá para ti ni nacer ni morir!

Y el que te vea comprenderá que, a pesar de la muerte, no hay ni nacer ni morir.

Tus sentidos pueden funcionar de una doble manera: como los sentidos del murciélago corriendo hacia el ocaso; o derramando perlas, corriendo hacia el levante.

Los sentidos que ven y caminan hacia el sol, derraman perlas a su paso; los sentidos que no ven, corren a la oscuridad y oscurecen la tierra.

Los ojos que ven reparten perlas de luz; los ojos ciegos, ciegan y entenebrece el mundo.

Que tu forma de percepción no te hermane con los asnos.

Junto a los sentidos físicos, hay otros espirituales. No compres el cobre como si fuera oro. No des por oro tu percepción ignorante.

Los sentidos corporales se alimentan de oscura noche; los espirituales se alimentan del sol.

Si has llevado la carga de tus sentidos hasta lo invisible, podrás limpiar tu mano de la lepra, como Moisés. Tu visión limpia, limpiará tus obras y todo tu ser.

Quien comprende, quien ve, su visión transformará todo su ser.

Ve y comprende y todo tú te transformarás.

Con tus ojos limpios, tus atributos son los del sol del conocimiento divino. El sol en el cielo sólo tiene un atributo, su luz; tú, por el sol del conocimiento divino, eres sol y mar, la montaña Qaf.

Ya no eres ni esto ni aquello; eres mayor que toda imaginación y toda forma.

El espíritu que se asocia al conocimiento, no tiene nada que ver con las formas de la lengua árabe o de la turca.

El conocimiento sin forma no tiene nada que ver con las formas.

Tanto el que afirma la trascendencia de Dios, como el que afirma su inmanencia, quedan confundidos por ti, que eres sin imagen y apareces con tantas formas.

Esta afirmación vale de Dios y del sabio.

Dios, como único ser real, destruye a Dios inmanente en las formas. Otras veces las formas desvían del Dios que trasciende las formas.

El "sin forma" relativiza y muestra la vaciedad de todas las formas; las formas absolutizadas desvían de Dios.

Relativiza todas las formas, hasta las más sagradas.

A veces la embriaguez mística le ve en las formas. Le ve en las criaturas y exclama ante ellas: ¡Oh tú de corta edad, cuyo cuerpo es tierno!

Toda criatura es de corta edad y de cuerpo frágil.

Él aparece como de corta edad y de cuerpo frágil.

A veces la embriaguez mística destruye su propia imagen para declarar la trascendencia de Dios.

La doctrina sostenida por los que se guían por los sentidos dice que las cosas son lo que parecen, eso es el mutazilismo; por el contrario el ojo de la razón capaz de ver y comprender que las cosas no son lo que parecen, es el sionismo. Su visión les lleva a la unión con Dios.

Dios está en las formas y más allá de las formas.

Para hacer caer en la cuenta de que está en las formas, tengo que negar su más allá. Para remarcar su más allá, he de negar las formas.

Las formas están en mi cabeza, sólo Él es.

Los que están cautivos de la visión sensorial, son mutazilies aunque se digan sunnies.

Quien escape de lo que sugiere la sola percepción sensorial, es sunita.

El hombre dotado de visión, es el ojo de la razón armoniosa, capaz de cruzar la frontera.

La razón armoniosa reconoce los dos lados de la frontera: el lado de la forma y el lado sin forma.

Para ese hombre, su razón es visión y su visión razón.

Si los sentidos al servicio de la carne pudieran ver a Dios, el burro y el buey le contemplarían; pero los humanos tenemos unos sentidos no condicionados por la carne. Pueden percibir “al que es”.

Compartimos los sentidos con los animales, pero nuestros sentidos tienen también otra dimensión; podríamos decir que a los sentidos carnales le acompañan unos sentidos sutiles.

Pero no es duplicidad de sentidos, sino doble dimensión de nuestros sentidos de vivientes.

Decir que Dios es "informe" porque trasciende toda forma, o decir que es immanente a ellas, no sirve de nada, son meras palabras, si tú no te has liberado de la identificación con la forma.

Llega a tu realidad auténtica y podrás percibir al "informe".

La paciencia es la clave de la purificación de tus sentidos. Acéchale a Él con tus sentidos, como un cazador paciente, hasta que lo consigas.

La paciencia, como una medicina, quemará los velos que cubren tus ojos y abrirá tu corazón.

Los ojos no ven, si el corazón no se abre.

Cuando tu corazón sea un espejo claro y puro, contemplarás el agua y la tierra como signos de Él, como surgidos de fuera del mundo.

Verás en el agua, como en la tierra, la forma y al "sin forma"; tanto la figura, la imagen, como al que la extiende.

La figura del Amigo aparece como forma y como destructor de la forma; como ídolo y como destructor del ídolo. Esta es la raíz de la libertad.

Quien ve al Amigo, comprende que ninguna forma es, sino Él.

Él aparece siempre en formas, pero las formas se transforman en sus signos, vacíos de sustancia propia; las formas muestran que son Él.

Cuando se hizo presente mi espíritu a mi espíritu y residí en mi sutilidad, entonces le contemplé en sus signos, en el agua y en la tierra, como reflejos de su propia imagen.

El agua y la tierra son su reflejo, son la forma del "sin forma".

Tus signos, el agua y la tierra, son el polvo de tu umbral. Ese polvo hechiza mi corazón.

Ese polvo, ver tus signos, es tu gracia. La paciencia no puede nada sin tu gracia, sin que tus ojos sean mis ojos.

Si me purifico y soy bello, recibiré ese polvo, si no, Él se reirá de lo feo.

Él es hermoso y amante de la belleza; si no limpio mis ojos y mi corazón, hasta hacerme bello, seré como una vieja decrepita para Él.

Lo bello atrae a lo bello, el calor al calor, lo valioso a lo valioso, lo perdurable a lo perdurable. Los que son fuego atraen a los de fuego, y los de luz a la luz.

¿Qué es la belleza? Ojos limpios y corazón limpio.
¿Qué es la fealdad? El egoísmo, las dobleces del espíritu que el egoísmo provoca, unos ojos que vierten sangre, un corazón duro para el amor como el pedernal.

¿Qué va hacer la luz del ojo sin la ventana? Él es la ventana.
Tu ojo se esfuerza por unirse a la luz del día. Si notas angustia con los ojos abiertos, es que has cerrado el ojo de tu corazón. Ábrelo.

La angustia es el anhelo de los ojos de tu corazón que buscan su luz.
La separación de tus ojos de la luz impermanente te aflige; abre los ojos. Si las luces perpetuas se alejan, te angustiarás. ¡Guarda con cuidado esas luces!

Él me llama; he de ver si soy agraciado y digno de acercarme a Él.
¿Cómo contemplaré mi propia cara para ver si soy como el día o como la noche? Pero la imagen de mi alma nadie la refleja.

El que muestra el aspecto del corazón es de elevado precio. No hay otro espejo del alma que el rostro del amigo que viene del mundo de lo sutil.

Sin el que está vacío de sí, no puedo ver si mi imagen está vacía o está llena de este mundo.

Sin el que está lleno de Él, no puedo ver si estoy lleno de Él o vacío de Él.
Busca el espejo universal, dirígete al mar, lo que pretendes no lo conseguirás en el río.

El sabio es el espejo universal, el sabio es el mar; los que no lo son, son como ríos.

La búsqueda me llevó a tu morada, como los dolores de parto llevaron a María a la palmera.

Cuando tu ojo se convirtió en el ojo de mi corazón, mi corazón ciego se sumergió en la visión.

Tú eres el espejo universal; vi mi propia imagen en tu ojo.

Tu ojo en mi ojo. Con ese ojo veo mi propia imagen.

¿Qué es mi imagen sino tú mismo? Yo soy su imagen y Él es mi imagen.

Dudé de que la visión en tu ojo fuera un fantasma creado por mí. Mi imagen en tu ojo deshizo mi duda con una certeza incommovible.

En sus ojos está el camino. Desde su ojo comprendí mi imagen. Su ojo dijo: "Yo soy tú y tú eres yo, en perfecta unidad".

La visión de mí mismo y del camino, desde el asentamiento en "Eso que es", diluye toda duda de que con Él me mueva en un mundo de ilusión creado por mí.

No intentes refrenar la duda que te quede con la creencia; dilúyela asentándote en la visión desde fuera de ti, desde sus ojos.

Su ojo da testimonio de la unidad, del "yo soy tú y tú eres yo".

Si ves tu imagen en los ojos de otro que no sea Yo, dice "el que es", has de saber que eso que ves es un fantasma y un réprobo, pues pone en sus ojos el colirio de la no existencia como si fuera existencia, y bebes el vino de las ilusiones que fabrica Satán.

No te mires en otros ojos que no sean los de Él, porque lo que verás en esos ojos de quien no sea uno con Él, será la no existencia como si fuera existencia.

La imagen que esos otros ojos, que no son de Él, reflejarán de ti, serán la imagen del réprobo.

¿Quién es el réprobo? El que se tiene por ser, cuando no es. Esa es la imagen que fabrica Satán y que es Satán, el que se afirmó ser, no siendo.

Todo ojo que no sea su ojo da por real lo irreal y por irreal lo real; miente como Satán.

El ojo del sabio lleva el colirio "del que es", es el hogar de lo real.

Mientras tengas un cabello en tu ojo, no distinguirás la perla del jaspe.

Cuando abandones la fantasía de que hay existencias fuera de Él, distinguirás con claridad la perla de lo que no lo es.¹

La falsa visión de la luna.

Cuando, en tiempos de 'Umar, llegó el mes del ayuno, algunos subieron al monte para ver la luna nueva. Le dijeron a 'Umar: ¡Ahí está la luna nueva!

1 Rûmi: *Mathnawî*. Madrid, 2004. T. II, pgs. 11-18.

‘Umar no vio la luna en el cielo y dijo que la luna que veían era fruto de su fantasía.

Les dijo: pasaros la mano mojada por las cejas y mirad de nuevo. Cuando se hubieron refrescado los ojos y ordenado las cejas, ya no vieron a la luna nueva.

Tus cejas han nublado tu visión y has confundido un pelo de tus cejas con la luna.

Has confundido una construcción de tu mente, tan leve como un pelo, con “el que es”.

Si un solo pelo vela el cielo, ¿cuánto más velará tu visión todo tú, que vas sesgado?

Endereza tus miembros con ayuda de los rectos. No apartes tus ojos del umbral de los sabios.

Quien mide la realidad como los perversos, su comprensión se nubla.

No seas transigente con los que ven torcido; que tu corazón no se ligue a ellos; aléjate de los que son extraños al camino.

No juegues a dos manos, no uses trucos zorrunos.

Se valeroso como un león, si no quieres que los amigos de Dios rompan contigo. Prende fuego en tu corazón a los lobos enemigos de los amigos de Dios.

El lenguaje de Rûmî suena a rudo y violento: muéstrate duro con los infieles, dice, sé una espada sobre la cabeza de los forasteros, prende fuego a los lobos.

Pero el sentido es el que se ha expuesto: quien frecuenta y se liga a los ciegos, enceguece; quien comparte la irrealidad de los necios, se vuelve necio.

Su consejo es: ¡No convivas en tu corazón con los necios!

Guárdate del que da por real lo que es irreal. Ese es diablo y mentiroso como él.

No juegues en el mismo tablero que él, porque tiene muchos trucos y cuenta con un aliado en ti mismo: tu propia necesidad, que, por tu condición animal, tiende a dar por real lo que no lo es.

Si juegas con el que es como diablo, clavará una paja en tu garganta, que permanecerá durante años, porque se agarrará a tu propia necesidad.

¿Qué es esa paja? El amor al rango y a la riqueza, a la opulencia, a las ganancias. Con esas cosas en tu garganta no podrás beber el agua de la vida.

Si un hábil ladrón, el que es como diablo, se lleva tu patrimonio, que es la realidad de tu ser, un ladrón se habrá llevado a un ladrón, porque tú también robas la realidad de tu ser.

Tu propia necesidad te habrá robado la realidad de tu ser, que es Él.

El ladrón de una víbora.

Un ladronzuelo robó una víbora a un cazador, creyendo que conseguía una cosa de valor. Con ello, el cazador se libró de la mordedura de la víbora y el ladrón murió envenenado por la víbora.

¡Cuántas veces conseguimos, por los medios que sean, algo que creemos de gran valor y que, en realidad, es tan mortal como la mordedura de una víbora!

El cazador había rogado a Dios encontrar al ladrón, para recuperar la serpiente.

Cuando vio al ladrón muerto, comprendió que Dios le hizo un don no escuchando su plegaria.

¡Cuántas veces lo que deseamos en lo más hondo del alma, e incluso pedimos a Dios, sería nuestra perdición!

Estamos llenos de necesidad y nuestros anhelos son necios.

Deseamos lo que está vacío de realidad, y lo que está vacío de realidad, vacía.

Es casi siempre bueno que nuestros deseos no se cumplan.

El que quería dar vida sin tenerla.

Un necio que acompañaba a Jesús vio unos huesos en un hoyo y le pidió a Jesús que le enseñase el exaltado nombre con el que él daba vida a los muertos, porque quería hacer bien a aquellos huesos devolviéndoles la vida.

Jesús le reprendió diciéndole que aquél no era su trabajo. Para dar vida a los muertos se necesita un aliento puro.

No a cualquier aliento puede confiársele los tesoros de los cielos.

No cualquiera puede intentar dar vida a los muertos.

Para dar vida hay que haber comprendido primero que sólo Él es la vida y que yo soy Él.

El necio insistió diciendo que si él no era digno de pronunciar los misterios, que Jesús dijera el nombre sobre los huesos.

Jesús se lamentó que un necio se empeñara en semejante propósito, necesariamente infructuoso.

El que está enfermo no puede pretender curar; el que es un cadáver no puede preocuparse de dar vida; el que tiene su alma muerta no puede dar vida a los huesos muertos de otro.

Nadie que no sea un maestro y un sabio puede dar vida a lo que está enfermo o muerto.

Quien no posee la vida ¿cómo puede pretender hacer el bien dando vida? Sería un empeño inútil.

Quien actuara así, volvería a las andadas creyéndose alguien. Dice Rûmî: el necio siembra cardos en la rosaleda; rosa que toca, la convierte en cardo; si va a un amigo, lo transforma en serpiente; transmuta el elixir en veneno.

Todo lo que dice el necio es como si fuera realidad él y lo que dice. El sabio, en cambio, cuando habla, desnuda de ser lo que dice y a sí mismo.

Quien se cree alguien, transforma cuanto toca y a todo lo que se acerca, en cosas y en alguien.

Quien no ve en sí mismo “al que es”, no mostrará “al que es” a nadie. Todo su empeño en ayudar, será inútil.

Primero tendrá que purificar sus ojos, para que sus ojos sean los ojos de Él y puedan reflejar el verdadero ser de los otros.

¿Qué es purificar los ojos? Es haberlos, primero, vaciado de toda irrealidad. Sólo los ojos del sabio, vacíos de sí mismo, son un elixir de vida.

El sabio es antes de toda existencia.

Un sufi que viajaba por el mundo, llegó a un monasterio, ató su asno al establo, y fue a sentarse en el estrado con sus amigos.

Con el asno atado, pudo dedicarse a la meditación.

El cuerpo es el asno. Con el asno suelto no hubiera podido despreocuparse para dedicarse a la meditación.

La presencia de un sabio es más que un libro. Es un libro sin tinta ni letras, no es más que un corazón vacío y, por ello, blanco como la nieve.

Su posesión son las huellas de las pisadas de Él.

Es un cazador que acecha la presa siguiendo el rastro del ciervo almizclero.

Primero sigue la pista de las huellas del ciervo; luego se guía por el aroma del almizcle. El rastro le conduce necesariamente a la meta.

El aroma de la glándula del almizcle es mejor guía y conduce más rápido a la meta, que cien huellas y cien etapas.

La guía segura para seguir su pista y alcanzarle es sutil como el aroma del almizcle.

El sabio aprecia ese don y da gracias a Dios por ello.

El corazón del sabio es el lugar de donde salen los rayos de la luna; es una puerta para los ojos que saben ver.

Para el necio es un muro, para los que saben, una puerta.

Lo que tú sólo eres capaz de ver en un espejo, él lo ve en un ladrillo. Para él todo habla.

Los sabios, porque ya no son ellos mismos, antes que existiera el mundo, ya estaban en el mar de la munificencia divina.

Eran antes de que se creara este cuerpo; recogieron el trigo antes de sembrarlo; eran espíritu antes de la creación de toda forma; perforaron las perlas antes de que existiera el mar.

Estaban en la omnipotencia divina mientras se planeaba llevar la humanidad a la existencia.

Se rieron de los ángeles que ponían dificultades a la creación del hombre.

Vieron a Saturno, antes de la creación de los cielos; vieron el pan, antes de que existieran las semillas; eran lúcidos, antes del cerebro; sin ejércitos ni batallas obtuvieron la victoria.

Estaban más allá del pasado y del futuro.

Eran en Él, porque eran Él.

Vieron el vino en la uva; contemplaron cada cosa, en nada. Vieron cada cosa, en su fuente.

Vieron la moneda auténtica y la falsa, antes de la existencia de la mina; estuvieron ebrios, antes de que se crearan las uvas.

Vieron diciembre en julio y la sombra en los rayos del sol.

En la extinción absoluta de sí mismos vieron todo objeto.

Los cielos beben de su copa y el sol se viste con su generosidad.

Cuando ves dos sabios como amigos, son uno y son seiscientos mil. Son como las olas, pluralidad de un mismo mar.

El sol único dividió sus rayos para iluminar sus cuerpos, como se divide para entrar por las diversas ventanas.

Los necios no ven la unidad de la luz del sol, velados por la percepción de los cuerpos.

La pluralidad está en los animales; el espíritu humano es una esencia.

Dios roció su luz sobre los hombres, de forma que sean esencialmente uno.

La luz es sólo del Único, y nunca se separa.

En cada uno de nosotros está el sabio, desde siempre; pero le tenemos cubierto con el negro manto del sentimiento de ego.

Abandona todo cansancio para que puedas apreciar, aunque sea sólo un lunar de la belleza del que se muestra en el sabio.

Este mundo y el otro son sólo el reflejo de su lunar.

El conocimiento de la belleza de ese lunar, haría estallar mi cuerpo.

Su granero es demasiado grande para mí.

El sabio no existe con existencia propia; está vacío de toda existencia porque sólo existe con Su existencia.

Por eso el sabio es pre-existente a todo lo que se da por real; está en la fuente de toda existencia, es la fuente de toda existencia, porque ¿quién hay frente al único?

Sólo el ignorante se cree ser alguien, pero carece de existencia.

El sabio, porque sabe su condición vacía, se sabe "no otro" del que es.²

La espuma del mar forma una barrera.

La espuma del mar va por delante y forma una barrera, luego se retira.

Que las formas no formen una barrera para tu conocimiento, porque todas las formas se retiran.

No imagines que el sufí sea la forma. No os contentéis con las formas; no seáis como los niños que se contentan con nueces y pasas.

Nuestro cuerpo es como nueces y pasas y vive entre nueces y pasas. Nuestro cuerpo es como un objeto que vive entre objetos.

¡Traspasa el nivel de las nueces y las pasas, de los sujetos y los objetos!

¡Que la gracia de Dios te permita pasar más allá de los nueve cielos!

No te fíes de las palabras del necio.

Cuando el sufí y sus compañeros terminaron sus cuestiones espirituales y trajeron la comida, el sufí se acordó de su burro.

Dio una serie de encargos al sirviente: que le preparara la paja y la cebada para el animal; que mojara la cebada para facilitar la masticación al burro ya viejo; que le quitara la montura y le pusiera unguento en el lomo; que le diera agua tibia; que pusiera poca paja en la cebada; que barrera el suelo de estiércol, apartara las piedras y echara tierra seca; que le peinara el lomo.

A todo, el sirviente contestaba asintiendo y afirmando "que Dios me guarde", sintiéndose casi ofendido por que tuvieran que darle semejantes advertencias.

2 Conf. Rûmi: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pgs. 22-25.

El sirviente no cumplió ninguno de los encargos, si no que se fue con sus amigos a divertirse.

El sufi se durmió por el cansancio, pero tuvo pesadillas con respecto a su burro. Empezó a sospechar del sirviente. Pero se prohibió pensar mal sin tener más datos.

El sufi se angustiaba, mientras el asno estaba en un estado miserable: entre tierra y piedras, con la silla torcida y el ronزال roto, agotado del viaje y sin alimento ni bebida. Hasta el amanecer el animal daba vueltas y vueltas tumbado a causa del hambre.

Al día siguiente cuando llegó el sirviente, le puso la silla al asno y, como los tratantes, golpeó con el aguijón al animal, para que se pusiera a saltar.

Cuando el sufi lo montó y se puso en camino, el asno se caía constantemente. Creían que estaba enfermo. Le retorcieron la oreja, le miraron la lengua, las patas, por si tenía clavada alguna piedra, le miraron los ojos, para ver si los tenía sucios.

El sufi, que sabía que su asno era fuerte, adoptando una actitud positiva, pensó que quien se alimenta de noche de “Dios me guarde” y de “no hay otro poder que su poder”, se postra durante el día.

Eso explicaba que el asno cayera de bruces tan frecuentemente.

La mayor parte de la gente es comedora de hombres. Y esa actitud no se debe a una maldad especial, se debe al simple hecho de que los humanos somos depredadores.

Es prudente, pues, no fiarse de todos los que dicen “la paz sea contigo”.

Cuando se actúa como depredador es como si los hombres estuvieran endiablados.

No engullas fácilmente el engaño de quienes ponen cara de amigos, pero lo hacen buscando su interés, buscando devorar de una u otra forma.

Si te tragas el engaño, caerás de cabeza en tu camino, como caía el asno.

No escuches las lisonjas del mal amigo, advierte la trampa, no te confíes.

No pruebes el opio de los enemigos, porque te despellejarán como carniceros.

Esta actitud no es ni pesimismo, ni enjuiciamiento del prójimo, es sólo el realismo de saber cuál es nuestra condición de animales que sobreviven matando.

Solventa tú mismo tus asuntos, caza tú mismo tus presas como un león. Prescinde de halagos.

Mira que no te ocurra como al sufí con el sirviente que usó palabras amables e incluso religiosas para engañar y hacer daño.

Más vale no tener a nadie, que tener a alguien que es nadie.

No establezcas tu hogar en tierra de otros. Haz tu trabajo sin fiarte de extraños; y cuenta que tú mismo eres un extraño.

Tú mismo eres un depredador, para otros y para ti mismo.

Tú mismo eres la causa de tu padecer. Si cuidas y satisfaces al depredador que hay en ti, engordará a costa del espíritu.

No perfumes tu cuerpo, sino tu corazón. Y hazlo con el sagrado nombre de Él.

No seas como los hipócritas que perfuman su cuerpo y dejan al espíritu en el estercolero.

En su lengua está en nombre de Dios y su corazón es una fuente de perversión.

No guardes resentimiento, también tú eres un depredador.

El rencor lleva a la malevolencia y ambos son enemigos de tu espíritu. ¡Guárdate! porque ese infierno está en ti.

El rencor es hijo de la egocentración y la promueve. La egocentración y el rencor son el infierno.

El resentido está con los amargados.

Estate alerta porque eres tu pensamiento. Si tu pensamiento es una rosa, tú eres una rosaleta; si es un cardo, eres un campo de cardos sólo apto para el fuego.

Si tu pensamiento es como agua de rosas, te rociarán con ella la cabeza y el pecho; si tu pensamiento es como orina, se te expulsará.

No mezcles lo bueno con lo malo en tu mente.

Cuando lo bueno y lo malo se mezcló, Dios envió a los profetas con la revelación, para que podamos separar lo bueno de lo malo.

Antes de los profetas éramos una comunidad mezclada, la moneda falsa y la auténtica circulaban juntas.

Todo era noche, hasta que se levantó el sol de los profetas.

Gracias a ellos el ojo puede distinguir el rubí de la piedra, la joya de la inmundicia.

Los que son inmundicia son enemigos del día, los que son oro aman al día.

Dios llamó día al día de la resurrección, al día de la discriminación.

El día es la conciencia interior de los santos, que luce más que la luna. El día es el reflejo de la conciencia iluminada del santo, como la noche es su ocultación.

La mañana es la luz de la mente del Profeta.

La mañana, el amanecer, es también signo, reflejo “del que es”. Por eso el Corán jura por la mañana.

No juraría por la mañana si la mañana fuera algo precedero. La mañana es su signo, es Él.

Cuando el sol se levantó en el cielo, le dijo a la noche del cuerpo: “no te he abandonado”.

Cada expresión es el símbolo de un estado, y el estado de conciencia es como una mano, y la expresión es su instrumento. Cada estado de conciencia tiene un instrumento de expresión.

La herramienta del orfebre no puede estar en manos de un zapatero, ni la del zapatero en manos del labrador.

Cada estado de conciencia tiene su instrumento de expresión.

“Yo soy Dios”, en boca de Mansúr (al Halláj) era luz; en boca del faraón es pura mentira. Por eso Jesús no enseñó a su compañero de viaje necio, el nombre del Señor, no sabría cómo utilizarlo. Se podría atribuir el mal uso al nombre.

La expresión “del que es” en boca del sabio es luz y vida; en boca del necio es descarrío.

El necio hace “al que es” una entidad entre las entidades.

Si golpeas una piedra con arcilla, se quebrará la arcilla y no surgirá la luz. Si golpeas una piedra con hierro, saldrá la luz.

Somos piedra y el necio arcilla. No habrá luz. Si el sabio golpea nuestra piedra con su hierro, habrá luz.

Pero el sabio no es "otro" de Él, porque el Uno no tiene a nadie junto a sí, ni herramienta alguna. Sólo el necio se cree alguien junto a Él.

Donde hay pluralidad surge esta duda: de todo esto, ¿qué es lo real?

El Uno está más allá de toda duda. No temas a la duda, porque te llevará a "lo real", al Uno.

Los que dicen dos o tres, bizquean. Cuando dejan de bizquear, afirman la Unidad.

Presta atención a estas palabras, porque al bizco se le aplica el colirio por la oreja. La palabra del sabio limpia los ojos.

La palabra sagrada, que eliminar la visión doble, no entra en los corazones ciegos, sino que vuelve a la Luz de la que salió.

Por el contrario, el hechizo del padre de la mentira entra en los corazones torcidos.

¿Por qué las palabras sabias, que eliminan la visión doble, no entran en el corazón de los ciegos? Porque los necios dan por real lo que sus ojos y su sentir ven.

De nada te servirá aprender la sabiduría de memoria, ni escribirla, ni jactarte de ella, ni explicarla. Si eres un discutidor es que no la comprendiste, la sabiduría se alejará de ti.

No discutas, sino intenta comprender la sutilidad. La sutilidad no se puede discutir.

Si discutes te afirmas en tu supuesta realidad. No te pido que creas, sino que intentes comprender y que sólo después preguntes.

No discutas al sabio, medítalo y luego, si no has podido comprender, pregunta.

Aunque no la leas, si la sabiduría ve el amor de tu corazón, será como un dócil pájaro en tu mano.

La sabiduría no habita en cualquier principiante inexperto, como el pavo real no habita en casa del campesino.

El balcón del Rey en manos de una vieja decrepita.

El halcón del Rey se escapó y fue a parar a la casa de una anciana que tamizaba harina para el guiso de sus hijos.

Cuando la anciana vio al noble animal, le ató la pata, le cortó sus alas y las uñas de las garras y le alimentó con paja. La mala gente no te ha cuidado, le dijo al halcón, ven con tu madre para que cuide de ti.

Así actúan los necios en el camino; queriendo ayudar, impiden de forma definitiva la posibilidad de vuelo.

No te juntes con esos necios.

El Rey buscó todo el día al halcón y finalmente lo encontró, entre humo y polvo en la casa de la vieja.

El Rey lloró y se lamentó, a pesar de que lo que el halcón sufría se lo había buscado por su infidelidad.

Se lamentó de que tuviera que vivir en aquel infierno, tras morar en el paraíso.

Esta es la recompensa para quienes neciamente huyen del Rey. No te separes de Él ni un momento.

Si te separas de Él, tu compañía serán los necios.

El halcón restregaba sus alas contra la mano del Rey, diciéndole, sin palabras: “he pecado”.

¿Dónde gemirá la esterilidad del pecador, si el Rey no acepta más que el bien?

“Lo que es” sólo acepta lo que es, no lo que parece ser. Pero la gracia del Rey convierte lo malo en bueno.

¿Qué es lo malo y qué es lo bueno? Creerse alguien es lo malo, saberse nadie es lo bueno.

Su proximidad transforma porque desvela lo que no es.

La proximidad "del que es" transforma "lo que sólo parece ser" en "lo que es". Mantente en la proximidad, porque sólo ella transforma.

Cuida de no cometer maldades, porque incluso nuestras buenas obras están llenas de maldad.

¿Qué buena acción puede hacer un depredador, derramador de sangre?

Si consideras que tu servicio al Rey es digno, con ese pensamiento ya entras en pecado.

Se te otorgó la alabanza a Dios y la oración, y eso volvió a tu corazón engreído.

Creías que hablabas confidencialmente con Dios. Muchos se han apartado de Él por esa opinión.

Tiembla siempre frente a Él, consciente de tu indignidad. Tiembla siempre ante el Único, no sea que te creas alguien.

Aunque Él se siente en tu misma alfombra, conoce tu condición.

No te olvides de tu condición de derramador de sangre. Mientras te creas alguien, serás un derramador de sangre.

Todo egoísmo derrama sangre.

El halcón se declaró penitente y dispuesto a volver de nuevo al Islam, a la entrega y al reconocimiento.

Le embriagó lo que poseía y caminó torcido, ahora se endereza su andar.

Si está cerca del Rey, sin garras, podrá cazar hasta al sol;

-sin alas, pero con la amabilidad del Rey, volará más alto y más rápido que la evolución de la esfera celeste;

-con su don, arrancará de cuajo montañas;

con una pluma que proceda del Rey destruirá los estandartes de los ejércitos;

-aunque ya sus alas son inferiores a un mosquito, con su gracia, podrá confundir reinos;

-con su don, con sólo un perdigón del tamaño de una avellana, hará más efecto que cien ballestas.

Mutilados por los propios pecados y por nuestra condición necia, con su poder y su don, podemos alcanzar hazañas imposibles a nuestra condición.

Podremos transformarnos de depredadores inmisericordes, a pesar de nuestras buenas palabras, en amantes sin condiciones;

-de no ser capaces, ni siquiera de un vuelo gallináceo, a poder surcar los altos cielos como un halcón real.

Así son las cosas, porque sólo Él es, y toda nuestra impotencia es creernos ser alguien frente a Él.

Moisés arremetió contra los ejércitos del faraón con una vara. Cualquier profeta, con la ayuda de Dios, ha luchado contra todo el mundo.

Frente al Profeta, ¿qué son los ejércitos de la tierra? Incluso la luna, frente a él, se escinde.

Moisés, que hablaba con Dios, anheló la era del Profeta.

Contemplando el alba de la revelación, se preguntaba por la compasión que está más allá de la misericordia, porque en esa nueva era, estaba la visión de Él.

Rûmî habla creyendo en el ciclo de la profecía que culmina en el Profeta Mahoma. Con esa idea habla de que hay una compasión que está más allá de la misericordia.

La misericordia todavía supone dos, la compasión que procede de la revelación del Uno, elimina toda dualidad.

Sumerge lo mejor de ti, tu Moisés, en el ciclo de Ahmad (Mahoma), que es el ciclo de la Unidad.

Dios muestra a Moisés el ciclo de Ahmad para abrirle la vía de la comunicación.

Porque Dios es bondadoso muestra pan a sus siervos, para que lloren deseándolo.

Es como la madre que frota la nariz de su bebé para que se despierte y mame.

Dice Dios: Yo era un tesoro, una misericordia oculta, por eso envié un Profeta perfectamente guiado, para que os atrajera a Mí.

Los dones divinos que estás buscando con toda tu alma, te los ha mostrado Él.

El Profeta tuvo que romper muchos ídolos, muchas falsas realidades, para que pudierais exclamar “¡oh Señor!”.

Esa es la misión de los profetas, destruir ídolos, destruir lo que se da por realidad y no lo es.

Sin los esfuerzos de los Profetas todos estaríamos, como nuestros ancestros, sometidos a los ídolos.

Todo lo que creemos que es, fuera de Él, son ídolos.

Ha liberado tu cabeza de falsas realidades, de fetiches, para que comprendas su mensaje. Cuando tu cabeza esté vacía de toda realidad, le verás a Él.

Da gracias por esa liberación que te redime de tu ídolo interior, es decir, que te libera de creerte alguien.

Él ha liberado tu cabeza, libera tú tu corazón con su fuerza.

Él llama, Él abre la mente y el corazón, y Él hace caminar.

¿Quién puede algo fuera de Él? ¿Quién hay junto a Él o frente a Él?

No has agradecido el don de los Profetas, porque lo conseguiste gratis como herencia de tu padre. El heredero no sabe el valor de las riquezas.

Cuando Dios hace que alguien lllore anhelando sus dones, se suscita su misericordia.

Si Él no desea dar, no muestra el regalo. Cuanto más pesar provoca Dios en el corazón de su siervo, porque ha entrevisto sus dones, más abre sus entrañas.

La compasión de Dios va ligada al llanto: cuando el que ha vislumbrado su faz llora, se levantan olas de misericordia en su océano.

Cuando Él provoca el anhelo, está cerca su misericordia.

El sheikh generoso con los bienes de sus acreedores.

Había un sheikh que se endeudaba con los grandes y poderosos para gastarlo con los pobres del mundo.

También construyó monasterios para sufíes con el dinero prestado.

Dedicó su vida y bienes a los pobres y al monasterio de Dios.

Dios se cuidaba de sus deudas.

Rûmî cuenta que el Profeta dijo que hay dos ángeles rezando en los mercados diciendo: “Oh Dios, recompensa al pródigo con una ventaja y al tacaño con una calamidad”³

Recompensa al pródigo que ha gastado su vida libremente, poniéndola en riesgo por amor al Único.

El generoso ofrece su cuello, como Ismael, pero el cuchillo no puede hacerle nada.

Los generosos son como mártires; viven jubilosos porque ya no son.

No consideres estas cosas desde el cuerpo, como si fueras un infiel, porque Dios dio a los generosos, a cambio de su donación, un espíritu a salvo de la muerte, el dolor y la tristeza.

El sheikh actuó así durante años. Estuvo sembrando esta semilla de amor hasta su muerte.

Cuando el sheikh vio acercarse las señales de su fin, sus acreedores se sentaron a su alrededor, desesperados, mirando al sheikh agriamente y con angustia en sus corazones por el dinero que veían desaparecer mientras el sheikh se consumía.

El sheikh ofrece a sus acreedores dulzura a cambio de su dinero.

El sheikh pensaba mientras observaba la cara de sus acreedores: Estos piensan mal de Dios; ¿acaso no tiene Dios 400 dinares de oro?

Mientras esto ocurría, fuera, en la calle, un muchacho cantaba las excelencias de la halwa (un dulce) que vendía. El sheikh indicó a su sirviente que comprara toda la halwa al muchacho.

El chico pidió un dinar y unos centavos por toda la halwa que llevaba. El sirviente del sheikh sólo le dio medio dinar.

El sheikh ofreció la fuente de halwa a los acreedores diciéndoles: este es un obsequio para vosotros.

3 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pg. 38

El sheikh ofreció dulzura, a cambio del dinero que le habían prestado para socorrer a los pobres. Les ofreció la dulzura del amor y de la misericordia.

Los lamentos del vendedor de halwa despiertan la misericordia de Dios.

Cuando los acreedores hubieron dado cuenta del plato de halwa, el muchacho reclamo el oro que faltaba como precio de su mercancía. El sheikh le dijo que no tenía oro porque estaba endeudado y se encaminaba hacia la no existencia.

El sheikh llama a la muerte "la no existencia", porque es el final completo de todo lo que en nuestra vida damos como "existencia".

La muerte acaba de golpe con todo eso.

El muchacho se puso a gemir y lamentarse por haber tenido la mala fortuna de acercarse donde estaba el sheikh agonizando.

Maldecía a los sufíes glotonos, con corazón duro como los perros y cara limpia como los gatos.

El chico se quejaba al sheikh diciéndole que su amo le mataría si volvía sin el dinero. A sus quejas se sumaron todos los acreedores lamentándose de que el sheikh, además de devorar sus bienes, hiciera tan mala jugada al vendedor de halwa.

El muchacho estuvo llorando hasta la oración de la tarde, mientras el sheikh cerró los ojos y ni le miró.

El sheikh se regocijaba alegre con la muerte, indiferente a las injurias que le dirigían.

Quien comprende no teme a la muerte sino que se alegra con ella, porque es el fin de toda la carga de creernos alguien, y porque nos lleva a la unidad.

¿Qué le importan a la luna los ladridos de los perros? ¿Qué le importa a quien el Amado sonrío, las miradas agrias de los acreedores frustrados?

El perro hace su trabajo ladrando y la luna el suyo brillando en el cielo.

El agua no se ensucia por las hierbas que flotan sobre su superficie.

Mustafá parte la luna a media noche, mientras Abu Lahab mastica su odio.

El Mesías resucita muertos, mientras los judíos se arrancan los bigotes de rabia.

El Rey bebe vino a orillas del río al amanecer, mientras croan las ranas.

El sabio hace lo que tiene que hacer, aunque el mundo se le ponga en contra.

Si los acreedores se hubieran dividido lo que había que pagar al pobre muchacho, apenas les hubiera costado unos céntimos. El sheikh se los impidió para que se manifestara la misericordia de Dios.

El poder de los maestros es grande; pueden abrir los ojos y pueden cerrarlos.

Su mensaje abre los ojos de quienes lo acogen y los cierran a aquellos que anteponen algo a su mensaje.

Por el poder del maestro, los que creían ver porque se tenían por fieles, quedan ciegos, y los que creían no ver, porque se tenían como infieles, ven.

Cuando el sabio actúa, no actúa su ego, él no es el actor. El que es el actor de su actuar, el Único, toma en sus manos la obra del sabio.

Cuando llegó la hora de la oración de la tarde, llegó un sirviente con una bandeja, enviada por un hombre rico, en la que había 400 dinares y en una esquina otro medio dinar.

Cuando los acreedores y el muchacho contemplaron la bandeja con el oro, se arrepintieron de sus insultos y quejas.

La llegada milagrosa del oro abrió los ojos de los acreedores que reconocieron al sheikh y reconocieron sus propios errores.

Sus mentes estaban desquiciadas; desquiciados rompían las lámparas que podían iluminarlos.

Los necios, con sus mentes ofuscadas por la ignorancia, con sus actuaciones rompen lo que podría iluminarles.

No oyeron lo que se les decía desde el maestro, apegados como estaban a sus suposiciones.

Los supuestos que rigen nuestras vidas, son siempre supuestos del ego, por tanto, supuestos de la ignorancia.

Opusieron lo que veían sus ojos de ratones, contra lo que veía el ojo del sheikh, el Moisés de la época.

Al final los acreedores gustaron la dulzura del halwa del espíritu.

Por las súplicas del sheikh Dios les mostró el camino correcto. No los lamentos de los poderosos acreedores, sino los lamentos del pobre muchacho vendedor de halwa, suscitaron el mar de la misericordia.

Quien se lamenta ha visto el don. Cuanto más se lamenta más ha visto el don. Ese anhelo acerca el don, despierta el mar de la misericordia.

Ten por seguro que la obtención de la proximidad y de la unión depende de las lágrimas de tus ojos, de tu anhelo por ver.

Si quieres ver, haz que la niña de tus ojos lllore por todo tu cuerpo. El llanto es la expresión de la intensidad del anhelo.

Anhélale con todo tu ser; ese anhelo es ya su don que espera de tus lágrimas para completarse. Dios espera tu anhelo para completar su don; pero ese anhelo tuyo que es su don, ni es la causa de su don, ni el don es proporcional al anhelo.

Las lágrimas del muchacho, su anhelo, recibió el oro y repartió oro y dulzura.

El anhelo de la verdad, hace verdaderos; el anhelo de la unidad, que es anhelo de amor, hace uno y amantes.

Las lágrimas son el anhelo. El anhelo despierta a la misericordia porque conduce a la proximidad.

Esa es la tarea del maestro: despertar el anhelo y despertar la misericordia para que reparta oro y dulzura.

El maestro que no reside en su yo, ¿quién es sino el misericordioso actuando?

De qué sirven los ojos cuando no le ven.

Un compañero de un asceta le dijo al asceta: no llores tanto que vas a dañar tus ojos.

El asceta contestó: sólo hay dos alternativas, o el ojo ve o no ve la belleza divina. Si contempla la belleza de Dios ¿a qué afligirse por la ceguera?

¡Qué poco importan los ojos para quien está en unión con Dios! Si no ve, deja que se quede ciego un ojo tan miserable.

¿Qué es ver la belleza divina?

Es ver esta realidad, ver la inmensidad que nos rodea y que somos, no como la pequeña construcción de un mundo de sujetos, objetos e individualidades que sirven o amenazan mi vida, sino como el jardín de los signos de Él, como la inacabable manifestación de sus cualidades, sus bellezas y sus misericordias.

Dijo el asceta: no te lamentes por tu ojo si el Jesús que ve es tuyo.

Que Jesús te de dos ojos diestros. Que tus ojos sean los ojos de Jesús. Que tus ojos no vean este mundo y el otro, sino los dos solo vean el otro.

Jesús es un excelente ayudador, pero no cargues su corazón con la tarea de proveer por tu cuerpo.

No pidas a Jesús la vida del cuerpo; no le pidas a Moisés los deseos del faraón, es decir, cosas de este mundo.

No lastres su corazón con el pensamiento acerca del sustento, no te faltará si te cuidas sólo de estar con Él.

Tu cuerpo es como una tienda para tu espíritu o como el arca de Noé. Si vives sólo para Él, Él te honrará, y el honrado por Dios encontrará tienda.

Rûmî está haciendo de nuevo la afirmación de Jesús: ocuparos del reino de Dios y su justicia, lo demás se os dará por añadidura. No os preocupéis de qué comeréis y que beberéis, con qué os cubriréis, porque el Padre sabe que tenéis necesidad de esas cosas.

No seas un imitador.

Por la insistente súplica del joven, Jesús pronunció el nombre de Dios sobre los huesos.

Dios dio vida de nuevo a la osamenta. Surgió un negro león que partió el cráneo del necio, que deseaba dar vida a los huesos; de un zarpazo y derramó sus sesos, más pequeños que una nuez.

Su necedad le mató, porque no comprendió lo que era pronunciar el nombre de Dios.

El nombre de Dios no es para tener poder, sino para despertar a la vida.

El león mató con rapidez al necio porque importunaba a Jesús. Pero no bebió la sangre del necio porque esa porción Dios no se le había dispensado.

Rûmî reflexiona y dice que muchos son como ese furioso león, que se van de este mundo sin haberse comido su presa.

Su codicia es grande como una montaña, pero la porción que se les ha asignado es como una brizna de paja. Por lo mucho que esperan, no comen la ración que se les ha asignado ¡Cuánto esperar y angustiarse por tener y qué poco conseguir!

En realidad, ninguna expectativa que se dirija a otro que Él, se cumple.

Deberíamos meditar eso hasta que alejemos de nuestro corazón toda expectativa que no sea de Él.

El león le dijo a Jesús que matar la presa fue sólo con el propósito de escarmentar a los necios que son como los asnos que encuentran una fuente de agua pura y orinan en el agua en la que pretenden beber.

Si el asno conociera el valor del agua que se le ofrece, metería la cabeza en el agua pura, en vez de las patas.

Si encuentras una fuente de agua viva, no la mancilles con tus pequeñeces; mete tu cabeza en esa agua hasta que te ahogues en ella y seas todo tú agua viva.

El necio encuentra a un sabio, a un profeta que da agua de vida y no aprovecha la ocasión para beber, comprenderlo, y lograr la vida.

Orina en las aguas limpias que ofrece el sabio, porque todavía añora la sangre de las presas.

Añora lograr presas abundantes, pero, en realidad, sólo está enamorado de huesos muertos. Anhela la carne de sus presas sin advertir que sólo son huesos muertos.

Nos pasamos la vida haciendo tareas infructuosas, persiguiendo presas que jamás podremos comer, porque sólo son huesos muertos.

Perseguiamos cebos que son sólo anzuelos que nos atrapan y nos matan.

El necio se hace imitador sin comprender el misterio del nombre de Dios.

El imitador da vida a su codicia, en vez de buscar el espíritu; se enamora de lo que sólo son huesos sin vida.

¿Quién es el imitador?

El que pronuncia su nombre permaneciendo vivo; el que imita al sabio para salvarse, para tener poder, para ser más plenamente.

Su ambición, sus expectativas ciegan su ojo. Su ojo no ve y se hace incapaz de sacar provecho de las ocasiones que se le ofrecen.

Su ojo está ciego para ver el camino correcto. Sólo el llanto puede limpiar ese ojo ciego.

Como la nube que llora reverdece los árboles, o la vela que llora brilla con más luz, así laméntate y llora.

Llora la necesidad de sentarte junto al río de aguas vivas y permanecer sediento y seco.

Las gentes lloran y se lamentan por lo precedero y olvidan el rubí. Llora con ellos pero para que la simple imitación no sea un candado que cierre tu corazón.

La simple imitación es una maldición que encubre la sabiduría de los grandes. La imitación es paja, aunque la tomes como montaña.

No imites al sabio, realiza en ti su sabiduría.

Aunque el imitador ciego pronuncie palabras de sabiduría, más sutiles que un cabello, ni su mente ni su corazón conoce esos términos.

El que carece de visión, por grande e importante que se haga, es un pedazo de carne, es un mero mortal, un mortal ciego.

El imitador del sabio se intoxica con sus propias palabras, confunde lo que es capaz de pronunciar, con la visión verdadera; hay un gran trecho entre él, sus discursos y el Vino.

Rûmî pone bellas imágenes para describir al imitador: es como el cauce rocoso de un río: por él pasa el agua, el no bebe ni una gota, el agua se la beben los que están bien dispuestos a recibir el agua de vida.

El imitador, es como el lecho rocoso de un río, porque no está sediento. Sólo busca tener para encontrar comprador.

Su discurso es como los lamentos de un plañidero profesional; sus lamentos sólo tienen un motivo: la codicia, no sabe lo que es dolor de corazón, porque no sabe lo que es el amor.

Entre el que conoce y el imitador ciego hay una gran diferencia: el sabio es la voz, el imitador es sólo el eco.

El sabio habla desde el corazón y desde su mente lúcida, el imitador pronuncia palabras opacas y las pronuncia de memoria. Que no te engañen sus palabras sin vida.

Pero incluso el imitador, como las plañideras profesionales, recibe su salario; pero un salario que no es de luz, sino de cosas de este mundo.

El salario del imitador no es el Vino de la vida, sino paja.

Tanto el sabio como el necio pueden decir "Dios", pero hay gran diferencia entre ellos.

El sabio dice "Dios" desde el fondo de su alma. El mendigo dice "Dios" para conseguir pan.

¿Qué es el pan del mendigo?

Sus pequeñas expectativas, que cuando las consigues, si lo logra, son paja, viento, nada.

Durante años el buscador de pan dice "Dios", pero se asemeja a un burro cargado con el Corán, alimento de vida, pero que sólo come paja.

¿Qué es esa paja? Lo que su ego busca y ansía.

Si lo que pronuncia con los labios encendiera su corazón, se habría desintegrado, hubiera desaparecido en Él.

Tiene en sus labios palabras capaces de matar para despertar al Único, pero se quedan en sus labios, sin bajar al corazón y hacerlo estallar.

¡No ganes un mísero salario con el nombre de "Dios"! Que el nombre "del que es" te despierte a tu verdadera realidad.

No tengas su nombre en tus labios, permaneciendo vivo.

¿Qué es el nombre de Dios?

El recuerdo de eso que no es mi construcción; el recuerdo de "Eso que es".

El imitador es el que con las sagradas palabras, espera y busca sacar algún provecho para sí.

No es imitador el que, siendo pobre, se mata por comprender, amar y servir.

El necio que acarició a un león creyendo que era un buey.

Un campesino ató a su buey en el establo, llegó un león, se lo comió y se tumbó en su lugar.

El campesino entró de noche en el establo, buscó al buey a oscuras y se puso a acariciarlo por sus lomos y sus costados.

El león pensó para sí que el campesino no sería tan valeroso si tuviera luz. Sin la oscuridad, su corazón hubiera estallado de pánico.

Aproximarse a Dios, usar sus palabras y su nombre, sin conocer y sentir su realidad, es peor que acariciar en la oscuridad a un león.

La verdad de sus palabras desmoronó al Sinaí; el sagrado Corán, si se hubiese revelado a las montañas, estas, habrían desaparecido. Las montañas habrían derramado sangre.

Tú has heredado su nombre y sus palabras de tu padre y de tu madre, las aceptas sin pensar y sin comprender.

Si le conocieras, sin esa imitación ciega, desaparecerías ante su presencia.

¿Qué es la imitación ciega?

Tratar el poder de las palabras y del recuerdo de Él irreflexivamente, sin implicar en ello el hondón de la mente y las entrañas.

Dice Rûmî: *Escucha esta historia para que te disuada y entiendas la maldición de la imitación ciega.*⁴

¡Ob rico bien alimentado, guárdate de reírte de las fechorías de los pobres necesitados!⁵

Dice Rûmî que la indigencia casi supone una infidelidad que conduce a la perdición.

La miseria lleva a unas condiciones de vida que impiden la plena humanidad.

4 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pg. 47.

5 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004. T. II, pg. 48.

No se pueden juzgar las obras de quienes sufren miseria severa, como las obras de quienes están bien alimentados. Hay cosas ilícitas que la miseria convierte en lícitas.

El sufí llegó con su asno a un monasterio de sufís miserables. Por más que tomó precauciones para que su burro fuera bien tratado, topó con la indigencia de los sufíes del monasterio que, a escondidas, vendieron su burro para poder comer.

Con el importe de la venta del asno hicieron una fiesta en la que agasajaron a su huésped.

Comieron hasta saciarse y comenzó la danza sufí, el sama. Su plegaria, su danza y su fiesta sembraron la falsedad: considerar alma lo que es sólo cuerpo.

¡Cuánta plegaria y ceremonia sagrada vacía!

¡Cuántas palabras y gestos que salen de la boca y de las manos, pero no del abismo de la mente y de lo profundo del corazón!

Lo que no sale de nuestras regiones profundas, de esas que están ya más allá del ego, son sólo cuerpo.

Muchos sirven a su cuerpo, fingiendo que sirven a su espíritu. Son pocos entre miles los que viven llenos de la luz de Dios.

Son miles los que comen a la sombra del espíritu de los grandes.

¡Cuántos comen, beben y engordan sus egos a la sombra del espíritu de Jesús o de las palabras del Corán!

¡Hay de los imitadores que no disciernen!

Cuando concluyó el sama, el músico tocó una melodía honda que decía "el asno se ha ido, el asno se ha ido".

Todos se llenaron de entusiasmo y siguieron cantando y bailando hasta el amanecer diciendo "el asno se ha ido, el asno se ha ido".

El sufí se contagió de la emoción colectiva y también cantó: "el asno se ha ido".

No todo lo que parece plegaria y éxtasis lo es. La emoción por contagio es como cabalgar a lomos de otro. Cuando te deje en el suelo no sabrás cómo caminar.

¡Ah! esto es importante: enseña a caminar, no llesves a los que quieren aprender cargados en tus lomos.

No os dejéis engañar por el contagio afectivo. En el contagio afectivo parece que se está haciendo mucho, pero si no interviene profundamente la luz de la mente y la conmoción silenciosa del corazón, de nada sirve.

Cuando terminó la música, el baile y la excitación, al amanecer, todos se despidieron y se marcharon.

Se quedó el sufi solo que fue a preparar las cosas para cargarlas sobre el burro, pero no lo encontró.

Reclamó el jumento al sirviente. El sirviente le dijo que los sufies se habían apoderado del burro y lo habían vendido.

El derviche se quejó al sirviente de que no le hubiera avisado de que se llevaban su asno. El sirviente contestó que había ido a avisarle varias veces pero que no le había hecho caso porque estaba cantando con más entusiasmo que el resto de los derviches: “el asno se ha ido”.

El sirviente ante esos cantos suyos, supuso que lo sabía, daba su aprobación y estaba satisfecho.

El sufi explicó que se había contagiado de la alegría y de los cantos y les imitó en todo. Maldijo mil veces la imitación que le había llevado a la ruina.

¿Por qué la imitación lleva a la ruina? Porque el que imita no aprende a andar con sus propios pies, su propio corazón y su propia mente.

La imitación ni enseña a caminar ni enseña a discernir, porque te riges por el criterio de otro; y en el camino interior no hay dos caminos iguales.

Nadie puede imitar ciegamente a otro sin descarriarse y encontrarse después perdido y sin montura.

Sin embargo, la imitación es buena cuando es imitación de los amigos de Dios. La imitación de los amigos de Dios es aprendizaje del discernimiento.

Esa imitación debe perdurar hasta que te conviertas en alguien que puede sacar agua del mar, hasta que, lejos de la playa, sepas orientarte hacia el mar y tener el valor de entrar en él y perder pie.

Primero es imitación, hasta que por la repetición se convierte en realización.

Hasta que tu imitación no se convierta en realización no te separes de los amigos de Dios.

No rompas la jarra hasta que el agua se haya convertido en perla.
Pero cuando imites al sabio, que sea para no tener que imitarlo.

Rasga la cortina de tu anhelo egoísta.

Si quieres comprender y oír la verdad, rasga la cortina del anhelo egoísta, el deseo y la imitación.

La imitación puede ser hija del deseo, ofuscando la luz del entendimiento.
Asegúrate de no buscar nada en el camino.

Al sufi, la comida, la alegría que mostraban los comensales y la danza, le impidieron la comprensión de lo que estaba ocurriendo.

La emoción, incluso la que se considera emoción espiritual, puede ofuscar la mente.

Quien ofusca su mente, aunque sea con ceremonias sagradas, mantiene vivo a su yo. Quien mantiene vivo su yo, es incapaz de discernir.

Si una balanza ansiara oro, ¿cómo podría sopesar justamente?

Los profetas son los más lúcidos de los hombres, porque carecen de egoísmo. No piden salario por su mensaje. Son guías, intermediarios entre Dios y los hombres.

Los honorarios de su trabajo es la visión del Amigo. La retribución que el profeta pueda recibir de los hombres, se asemeja a las cuentas de cristal, frente a las perlas que proceden del Amigo.

El deseo egoísta, sea del tipo que sea, es como un tapón en el oído.

La ambición traba la lengua, opaca el brillo de los ojos y enfría el calor del corazón.

El ansia de poder y de riqueza es como pelambre cayendo delante de los ojos que impide ver.

El sabio es libre del poder y de la riqueza, porque para el que goza de la visión de Dios, los bienes de este mundo son como carroña.

Para el que está ofuscado por la avidez, aunque esa avidez sea noble y sutil, las palabras y las mil historias de los sabios no pueden entrar en su oreja ambiciosa.

El mundo es una cárcel.

Vivimos como en una cárcel, atracándonos de la ración de los presos. Si podemos, nos comemos la ración de otros presos.

Quien se aleja de la fiesta del Misericordioso está encarcelado y vive con espíritu de mendigo, aunque la realidad de su función no sea la de mendigo sino la de sultán.

La cárcel de este mundo se convierte en un infierno a causa de la avidez de los que tienen espíritu de mendigos.

No hay alivio para la cárcel. Si huyes en busca de alivio, en el camino que tomes en tu huida, te saldrá al encuentro la calamidad.

No hay camino ni escondrijo en el que no te salgan al encuentro bestias salvajes.

No hay alivio y descanso salvo en el lugar donde estés sólo con “Eso que es”.

El mundo visto desde el egoísmo es una cárcel, es como una ratonera, llena de cargas y siempre expuesta a las zarpas del gato.

En esa cárcel, el preso engorda con sus ilusiones, si son bellas, y se aterra si son desagradables.

Todo son sólo fantasías; goza o se aterra ante las creaciones de su mente.

Pero también la fantasía puede transmutar tu cobre en oro. Puedes utilizar tu fantasía para caminar.

La imaginación agradable endulza la paciencia, porque la ilusión del alivio llega antes que el alivio.

La creencia, para quienes puedan creer, puede ser una ilusión agradable que endulce la paciencia.

La fe es más que una ilusión agradable, porque no es representación, es un rayo de pura luz.

Esa es la poderosa razón por la que la fe es el consuelo del corazón. Si la fe se debilita, hay desesperación y tormento.

La pura creencia no llega a ser nunca consuelo para el corazón, aunque se lo proponga, sólo es capaz de endulzar la paciencia. Mas la paciencia abre a la luz.

El que no tiene entereza no puede llegar a la luz a la que se refiere el texto cuando habla de fe.

Se necesita sólida paciencia y entereza, para buscar y esperar la luz. La entereza es la certeza en la paciencia. No hay luz para los impacientes.

La brisa tenue sobre la que cabalga la luz hay que esperarla pacientemente en medio de las tormentas de este mundo.

A quien es paciente y recio, un día le llega la dulce brisa y la luz.

Tus ojos ven lo que tu mente y tu corazón interpreta. Un hombre puede ver una serpiente peligrosa en lo que para otro es un cuadro de belleza.

Las realidades pueden tener diversas interpretaciones; lo que para uno es un pez, para otro es un anzuelo.

Todo depende del cuadro de deseos, temores, recuerdos y expectativas desde donde miras.

Tienes un ojo interno y un ojo externo. El ojo interno es lo que tu mente y tu corazón dan por real. El ojo externo es el ojo de tu percepción.

El ojo interno se inclina a dar como real lo que da por real tu ojo externo, porque toma como real lo que le transmite el ojo externo.

Si te identificas con tu cuerpo, das por real lo que percibe tu ojo externo. José era una bestia de carga para sus hermanos y era como un ángel para los ojos de Jacob.

Das por real lo que tu ojo externo te dice que es real.

Te tomas como si fueras de un lugar y te vives como siendo un lugar, pero tu origen es el no-lugar.

Traslada tu tienda del lugar al no-lugar. Si trasladas tu tienda, tu ojo externo no seducirá a tu ojo interno.

Te crees alguien en un lugar. Para quien es nadie, no hay lugar. Traslada tu residencia al no-lugar, porque ese es el lugar adecuado para "nadie".

Desde ese "no-lugar" y ese "nadie" verás las cosas ya no con tus ojos externos, dependientes de tu sentimiento de ego, sino con tus ojos internos, que residen en el absoluto.

No huyas de un lugar para encontrar alivio en otro lugar. En ningún lugar de las seis direcciones encontrarás alivio.

Sea la que sea la dirección en que huyas te espera el “jaque y mate”, porque llevas contigo a tu enemigo.

No hay alivio en ningún lugar, porque el verdadero alivio está en el no-lugar. Mientras haya un lugar, habrá alguien.

La insolvencia del presidiario déspota.

En una bella parábola cuenta Rûmî la historia de un encarcelado por insolvente, que se comía todo el alimento de los otros presos encerrados en la misma cárcel, haciéndoles pasar una gran hambruna.

Todos nosotros estamos apresados en nuestra condición de animales necesitados.

Cada uno está apresado en esa condición corporal, en unas determinadas circunstancias.

Con cada uno de nosotros está preso también un canalla, el deseo insaciable, el ego. Ese preso devora todo el alimento que nos llega.

Todo lo convierte en alimento para sí.

Con esta actitud impide que recibamos nada que no sea para saciar su apetito.

Transforma todo lo que viene tanto del exterior, como del interior, en objetos y sujetos a su servicio. Nada adquirimos o recibimos que no lo someta a su servicio.

Las realidades sólo están para ser devoradas por él. Obstaculiza que nos hablen de otra cosa, fuera de lo que a él le alimenta.

Con eso nos deja hambrientos.

A nuestra prisión no nos llega ningún alimento, porque él lo devora todo. Convierte los signos del Único en objetos y sujetos que puedan engordarle.

Los presos fueron a quejarse al cadí. El cadí le conminó a que marchase de la prisión, que se alejase.

Pero el preso déspota alegó que su cárcel era su paraíso, que fuera de esa cárcel no podría vivir.

El ego no subsiste fuera de la cárcel del cuerpo, que es su paraíso. El yo pide a Dios una tregua hasta el día de la resurrección.

El yo, en la individualidad de nuestro cuerpo, quiere vivir y resucitar después de la muerte.

No se resigna a morir, porque eso sería renunciar a convertirlo todo en su alimento. Hasta el paraíso es para él alimento.

Ese preso déspota es nuestro Satán, que mata a todo lo que le pueda poner en riesgo.

Y le pone en riesgo todo lo que pueda impedir convertir la realidad entera en su alimento.

Por eso el yo es un Satán, porque convierte todas las realidades, que son signos del Único, en alimento para su engorde.

Arrebata la visión de la realidad como algo enteramente gratuito, absoluto, como algo que es, pero no para ser devorado.

Les roba a los otros presos, con todo tipo de ardides y maquinaciones, todo lo que pueda ser provisión para escapar de la prisión.

Justifica sus robos unas veces amenazándoles con la pobreza (sólo lo que engorda al yo es riqueza), y otras tapando los oídos y los ojos de sus víctimas con los atractivos de este mundo. Con trenzas y lunares, dice Rûmî.

Cuando se reside en la cárcel, es decir, cuando se tiene que estar pendiente del cuerpo, los signos de la dimensión absoluta son escasos;

y lo poco que nos llega, corre siempre el peligro de ser arrebatado por ese Satán, por ese canalla, que es nuestro ego y su hambre insaciable.

Lo poco que se consigue ver, con el intento, el déspota lo arrebata para convertirlo en su alimento.

El yo es capaz de convertir incluso el logro que es el don espiritual, en comida que le engorde.

Ese diablo es el déspota que está en todos los hombres, porque es su propio yo insaciable.

Todo lo que te enfría y aleja de tu intento por ver, en todo lo que nos rodea, algo más que alimento para ese rufián, procede de él.

Ese diablo trabaja desde tu corazón y desde tu imaginación, creando expectativas y fantasías que te distancien de tu propósito.

Las expectativas son imaginaciones creadas por el ego, tu enemigo, cuando se comporta como déspota.

Frente a esas imaginaciones, que nunca se cumplen como las imaginas, aconseja Rûmî que pidas la ayuda de Dios y su guía.

Que “lo que verdaderamente es” guíe tu caminar por entre “lo que sólo parece ser”.

El déspota promete alimentos de todo tipo, pero es insolvente. Los que están presos en la misma cárcel que él, todos los que tienen un cuerpo que sustentar, no saben reconocer su insolvencia.

Sólo cuando reconocen al embustero y claman por librarse del déspota, tienen alguna noticia de su insolvencia.

El ego y todas sus expectativas e imaginaciones, con todas sus promesas, es completamente insolvente. No puede cumplir ninguna de sus promesas.

El cadí ordenó que llevaran al preso déspota por todas las calles, pregonando que era un insolvente.

Que se proclame en todas las plazas, y calle por calle, que es un insolvente, que no posee ningún tipo de bienes con los que pueda pagar las deudas que contrae con sus promesas.

Que se anuncie claramente su condición, para que nadie le venda a crédito; para que nadie haga el más mínimo esfuerzo para conseguir lo que promete.

Los pregoneros que proclaman la insolvencia del rufián son los sabios y profetas. Estos anuncian por calles y plazas su absoluta insolvencia.

El Corán y todos los libros sagrados hablan de ese insolvente, de ese tramposo y embustero.

No le prestes tu capacidad de comprensión, de sentir, ni de actuar. Lo utilizará todo a su servicio y te hará correr, como un siervo, detrás de él.

No le prestes la fuerza de tu camello porque lo utilizará y tendrás que ir a pie corriendo detrás de él.

Que nadie emplee en él ni un céntimo, porque lo gastará y no lo devolverá, porque está en bancarrota.

Nadie puede encerrarle en una cárcel para que no embauque más.

Sabe argumentar, como si fuera un diablo sabio; tiene un aspecto atractivo, aunque por dentro vaya vestido de harapos.

Es un andrajoso, pero se presenta elegantemente vestido para timar a las gentes.

Parece que habla palabras sabias, pero es un necio.

Es un ladrón que pretende echarte una mano, ¿pero cómo lo hará si se las cortaron por canalla?

Todo el esfuerzo que emplees en alcanzar sus promesas, lo perderás. Es "nadie" para cumplir promesas.

Su insolencia ha sido proclamada a lo largo de la historia con el redoble de tambores de los sabios y profetas. ¿Todavía no te habías enterado de esa mala noticia?

Las expectativas que te sugirió, te han dejado sordo y ciego, porque te llenó los oídos y los ojos, la mente y el corazón de esperanzas necias.

Las proclamas de los pregoneros, que claman día y noche que es un insolvente, no causan ninguna impresión en las gentes, ningún efecto.

Sin embargo, en el mundo hay muchos remedios, porque hay muchas posibilidades para ver que el que promete es un insolvente.

Donde quiera que te gires encontrarías remedios, pero tus ojos están ciegos por causa de las promesas del ego.

Sólo "el que es" puede abrirte una ventana para que veas. Sólo "lo que verdaderamente es", abre una ventana para ver lo que "sólo parece ser".

Busca remedio para tus ojos en la no espacialidad, como el condenado a muerte.

Comprende que el mundo se ha convertido en "un lugar" desde la "ausencia de lugar". El "no lugar" te librá de del déspota.

Atiende en ti a lo que no tiene individualidad ninguna y, por tanto, no ocupa ningún lugar, porque esa radical no-individualidad, te librá de tu individualidad, que es el serio fundamento del gran embustero.

Vuélvete de la existencia a la no existencia, si quieres buscar al Único y quieres librarte del que se cree ser.

Esa no existencia es el lugar donde se cumplen las promesas.

La no existencia es el lugar de las rentas. La existencia es el lugar del gasto.

Dice Rûmî: “puesto que el taller de Dios es la no existencia, fuera de ese taller no hay más que inutilidad”.⁶

Que “el que es” ponga en nosotros palabras sutiles, tales que nos libren del tirano, y que lleven a quien pone en nosotros esas palabras, a la misericordia.

Para nosotros, enceguecidos por el ego, de Él llega el ruego y la respuesta, de Él llega la seguridad y el temor.

Él es el Corrector de todas nuestras palabras vanas. Él es el alquimista que transforma nuestra sangre en un Nilo. Sólo Él es el alquimista.

Adán, fue hecho de tierra y de agua, como todos nosotros.

Pesa sobre nosotros nuestro linaje de animales necesitados; y pesan también todos nuestros parientes, con los miles de pensamientos que nos legaron, con las alegrías y los pesares que también son su herencia.

A algunos Él los ha liberado, alejándolos de los apegos a la familia; alejándoles del enclaustramiento en su naturaleza de seres necesitados, y de los dolores y júbilos que heredaron.

Los ha liberado de la seducción de este mundo.

Reconocen la vaciedad de todo lo que les proporcionan sus sentidos y se apoyan en lo invisible que se manifiesta en lo visible.

Para esos favorecidos, su amor es manifiesto, aunque su Amado está oculto porque no puede ser objetivado en ninguno de los signos en los que se manifiesta.

El Amado está fuera del mundo, porque no es ningún sujeto ni ningún objeto de este mundo, pero su fascinación está en este mundo.

Él no queda encerrado en ninguno de sus signos, pero no es “otro” respecto de ninguno de sus signos.

El amor a lo que tiene forma no se fundamenta en la forma sino en el “sin-forma”;

-no son las apariencias, ni las de este mundo ni las del otro, las que despiertan el amor.

6 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pg. 59.

Esta verdad ya la afirmaron con toda claridad las Upanishad, cuando dijeron que no es por amor al esposo que se ama al esposo, ni es por el amor a la esposa que se ama a la esposa sino que es por el atractivo del "sin forma" que se ama al esposo y se ama a la esposa.

Cuando amas, averigua a quien amas realmente. No te confundas. Si fuera lo que perciben los sentidos, todos los que los tienen, estarían enamorados.

Lo que amas está en las formas, pero no es las formas. Ese amor que está en las formas, pero que no es las formas, no hará más que incrementarse, aunque las formas degeneren.

Aunque sería más correcto decir que lo que amas está en las formas, pero no se identifica con ellas. Las formas van y vienen, pero Él permanece.

Las formas son como el muro que recibe el esplendor prestado por la luz del sol. No pongas tu amor en el muro, aunque en el muro esté la fascinación de la luz.

La luz del sol luce en el muro y se retira. Pon tu amor en lo que luce perpetuamente.

No te enamores de tu intelecto, porque es un rayo del Intelecto absoluto, que cae sobre ti. Considéralo como oro prestado.

La belleza es como un baño de oro que se pierde en cuanto tu amada se vuelve vieja y fea.

Era bella como un ángel y se torna fea como un demonio, porque su belleza era algo prestado, no procedía de ella.

El Único retira poco a poco la inteligencia y la belleza para que se comprenda que nada hay inteligente ni bello si no es Él, la fuente de toda inteligencia y toda belleza.

Todo se marchita, porque nada es, todo es únicamente signos "del que es".

Todo lo que existe se deteriora. No pongas tu amor en ninguna forma, sino en el corazón de toda forma.

El corazón de toda forma es perdurable y da de beber el Agua de la Vida.

Las formas son a la vez el agua, el que da el agua y el que la bebe. Todo se convierte en unidad cuando se rompe el talismán que te encarcela en tu visión de ser alguien.

Esa perfecta unidad no te la dará sólo el razonamiento. Conviértete en hombre de discernimiento, sirviendo y conteniendo tu parloteo.

Tu realidad es la forma y lo que viene prestado a la forma, es decir, lo que se dice en la forma y no es “otro” de la forma.

No te detengas en lo relativo, en la forma, en la forma externa. Concéntrate en la realidad que te arrebató y te vuelve independiente de la forma.

Esa realidad es la que abre los oídos y los ojos para que no te enamores más de las apariencias, de lo que parece ser.

Lo que enceguece es la fantasía y las expectativas que la fantasía crea; las expectativas no hacen más que aumentar el dolor.

Lo que abre los ojos a la luz es morir a sí mismo. No seas como los que se aferran a la alforja y no ven al asno.

Puesto que tienes ojos ve tras el asno, no cosas la silla al asno. No ligan el absoluto a formas, no le cosas a unas formas.

No te faltará la silla si atrapas al asno. No falta pan cuando se tiene espíritu. No te faltarán las formas si atrapas al Absoluto.

A lomos del asno está la riqueza y el beneficio. A lomos del asno está la perla que ansía tu corazón.

Monta el asno a pelo, prescindiendo de la silla, como lo hacía el Profeta.

Puedes hacer pie en el Absoluto, prescindiendo de las formas. Llegas al Absoluto por las formas, pero no haces pie en ellas, sino en el Absoluto. Los sabios y profetas lo han hecho.

Para hacer ese trabajo tendrás que amarrar a tu alma carnal, tu asno. Amárralo a una estaca para que no rehuya del trabajo y la carga.

La carga que el asno debe llevar es la paciencia y el agradecimiento, sea el tiempo que sea, cien años, o treinta, o veinte.

Nadie puede llevar el fardo de otro, ni nadie cosecha lo que no siembra.

No tengas esperanzas vanas, has de cocerte en la paciencia y el agradecimiento.

No confíes encontrar, sin trabajo; el tesoro, es algo sumamente infrecuente. Gánate el tesoro con el trabajo de tu cuerpo, mientras puedas.

Gánate la vida, no te retires del trabajo, porque tras el trabajo viene el tesoro.

No seas un cautivo del "si...": si hubiera hecho esto o lo otro; si tuviera esta ayuda o la otra.

El Profeta y todos los sabios prohíben eso, porque ese "si..." viene de la hipocresía.

La hipocresía es querer y no hacer. El hipócrita muere diciendo "si...". Quien queda atrapado en el "si..." no obtiene nada más que remordimientos.

Buscadores de refugio y de felicidad.

Somos como forasteros que buscan, con prisas, una casa donde refugiarse. Los amigos no sabios nos ofrecen una casa en ruinas como lugar donde guarecernos.

Quien acepta esa casa puede estar junto a las gentes, pero la casa no tiene tejado ni paredes que presten protección de los cuatro vientos.

Esa casa que no es un refugio, es nuestro propio ego. Quien reside en sí mismo, en su ego, reside en una casa sin tejado ni paredes.

Uno mismo, como individualidad no es un refugio para sí mismo.

Todo el mundo busca la felicidad, pero la buscan por unos caminos que les llevan por las vías del fuego del deseo insaciable.

Viejos y jóvenes buscan la felicidad, que es más valiosa que el oro; pero los ojos con los que miran no distinguen el oro de las aleaciones.

El oro es diferente de la aleación sólo para el ojo que sabe ver. La opinión común no es piedra de toque.

Procura la piedra de toque para tu alma; ella te permitirá distinguir el oro, de la aleación; la felicidad, del fuego.

Si todavía no tienes esa piedra que discrimina, arrímate al que la tiene. O adquieres la piedra de toque en tu alma, o pide consejo para el camino al que la tiene.

No te arriesgues en la búsqueda de la felicidad sin piedra de toque o consejo del que la tiene.

Lo que las gentes dan por felicidad, te arrastrará a la perdición. Son como demonios, porque te desvían del verdadero camino de la felicidad.

Las gentes, que hacen el papel de los diablos, afirman saber con toda certeza la senda y las señales claras que conducen a la felicidad.

Te llamarán por tu nombre para que les sigas. Si no les sigues es como si quebraras sus certezas.

Si les sigues te llevarán por donde abundan los lobos y leones, por las sendas donde habitan los más feroces depredadores.

Cuando adviertas tu error, el verdadero camino quedará ya lejos y tu tiempo se estará acabando.

No escuches las palabras de los que claman por la riqueza, el poder y la fama.

Si escuchas esas palabras y entran en tu corazón, lo blindarás de forma que ya no llegarán a él ni los misterios del existir, ni la felicidad.

Acuérdate del Único para que abra las palabras que ciegan tus ojos.

Aprende la diferencia entre lo que parece un amanecer y lo que no lo es. Si confundes los falsos amaneceres, que son promesas insolventes, con los verdaderos amaneceres, que son promesas solventes, te desviarás.

No te ligan a las formas, porque las formas someten; distingue el color y el sabor del vino, de la copa que lo contiene.

Espera pacientemente a que la pluralidad de colores que ves te abra las puertas a unos ojos que ven perlas.

Si ves las perlas te convertirás en el océano, en el sol radiante que luce desde lo alto del cielo.

El que trabaja en el camino, está escondido en el taller. Entra en su taller y le verás. El trabajo que hace, le vela, porque está trabajando en la no-existencia.

El taller del trabajador del camino es la no-existencia. Aquello en lo que anda el que trabaja en el camino es nada para el ego. No podrás verle fuera de su trabajo.

No podrás verle con los criterios de los trabajos ordinarios del ego. Sólo dentro de ese taller podrás ver a la no-existencia y al trabajador.

Sólo ese taller y ese trabajo es el lugar de la clarividencia; fuera del taller no hay más que ojos ciegos.

Quien vuelve su rostro hacia la existencia, se vuelve ciego como el Faraón. El ciego no comprende que Uno sólo es el Actor.

¿Quién hay junto a Él que pueda alterar el destino?

El destino, el Único Actor, se burló de las pretensiones del Faraón. El Faraón mató a miles de inocentes para librarse de Moisés, que se mantuvo a salvo en la propia casa del Faraón.

Algo parecido le ocurre a quien cuida y protege su cuerpo y su ego viendo siempre sus enemigos fuera.

Actúa así sin ser capaz de conocer que el verdadero adversario no está fuera, sino dentro, en su propio cuerpo.

El enemigo no es alguien externo, es el propio cuerpo, el propio ego, cuando toda su atención está vuelta a la existencia y se resiste a entrar en el taller de la no-existencia.

El fuego de tu deseo, tu enemigo, está cuidado y mimado en tu propio cuerpo, mientras tú buscas al enemigo de tu verdad y tu felicidad fuera.

Librate de tu alma carnal que es tu ego.

Cuenta Rûmî ⁷ que un hombre lleno de cólera mató a su madre a puñaladas y puñetazos porque sospechaba que había cometido adulterio.

(No debe ofendernos ni el antifeminismo del tiempo, por el que la culpa del adulterio es principalmente femenina, ni el sentido del honor que debe limpiarse con la sangre).

Cuando le preguntaron por qué no había matado también al que había pecado con ella, argumentó que de hacerlo tendría que matar un hombre cada día.

Eliminando la ocasión del pecado, se eliminan los pecados.

7 Rûmi: *Mathnawi*. Madrid, 2004, T. II, pg. 64.

Rûmî utiliza esta historia para comparar esa madre adúltera con nuestra alma carnal. El alma carnal es el ego.

Y argumenta: ven y mata esa tu alma carnal porque asalta y mancilla todo lo que es venerable.

Ella es la que hace tu mundo pequeño, te enfrenta a otros hombres y a Dios. Y dice: si te libras de tu alma carnal, no quedará nadie que sea tu enemigo.

Si te libras del ego, que es tu alma carnal, nadie será, para tu mente y tu corazón, un enemigo. Tu verdadero enemigo reside en tu propia casa, no está fuera.

Si esto es así, ¿cómo es que los Profetas, que se habían librado de su alma carnal, tuvieron enemigos y gentes que les envidiaban y perseguían?

Los enemigos de los Profetas y de los sabios, los que les persiguen, les golpean o los matan, se persiguen, se golpean y se matan a sí mismos.

Son enemigos de sí mismos, no de los Profetas. Estos necios destruyen su propia vida, no son enemigos más que de sí mismos.

Y Rûmî pone un ejemplo clarificador: un murciélago, al que el sol enceguece, no es enemigo y adversario del sol; sus ojos que no resisten la luz son los enemigos de su visión diurna.

El daño que el murciélago se hace a sí mismo, al no poder ver la luz del sol, no es culpa del sol, ni le afecta.

Los que no oyen las palabras del Profeta y del sabio se obstaculizan a sí mismos la visión de los rayos de la joya. No perjudican al sabio, sino a su propia vista.

Rûmî pone un ejemplo: esos tales son como el esclavo que se suicida para fastidiar a su amo,

-o como el enfermo que se enemista con el médico o el niño con su maestro. Todos estos se dañan a sí mismos.

Es como el pez que se ofende con el agua, o la tierra que quisiera evitar los rayos del sol. ¿Quién sería el dañado, el agua, el sol, o más bien el pez y la tierra?

No añadas defectos a tu defecto, negándote a escuchar al sabio. La envidia del sabio es mucho peor que todas las inferioridades que puedas tener con respecto a él.

Satán por envidia de Adán se arrojó a cien calamidades. Lo mismo le ocurrió a Abú Jahl con respecto a Muhammad.

Muchas personas dignas se vuelven indignas por causa de la envidia.

Nada es mejor en el Camino que un temperamento recio. Dios quiso que los hombres fueran intermediarios de los hombres en el Camino.

Nadie se siente deshonrado porque Dios sea superior; pero al que consideran igual, lo envidian.

Cuando el Profeta fue aceptado como Profeta, nadie le envidiaba; al inicio de su misión le envidiaron.

El problema surge con el sabio. Quien sea recio en soportar la envidia y la oposición, se salvará, el que sea frágil, se romperá.

La luz de Dios tiene setecientos velos. Cada uno de los velos son niveles. Detrás de cada nivel hay un santo, hasta el nivel superior.

Los ojos de los niveles inferiores tienen dificultad en soportar la luz de los rangos superiores.

La luz que brilla en el primer rango puede ser dolor y tribulación para los que bizquean, y porque bizquean ven doble, pero poco a poco dejan de bizquear y atraviesan los velos, uno tras otro, hasta que se convierten en el mar de la luz.

No cualquiera puede resistir cualquier fuego.

¿Qué es ese fuego? La vida y las afirmaciones de los sabios.

Uno es el fuego para cocer las manzanas, otro el fuego para el hierro y el oro y otro el fuego del dragón.

Los sabios son los que arden con el fuego del dragón y acercan a cada uno el fuego que necesita.

Ellos median entre el fuego y la cocción; son como el cazo que media entre el fuego y el agua que debe hervir.

Los sabios filtran la luz del sol a la medida de la debilidad de los ojos; atenúan el calor del fuego para que el agua hierva.

Los grandes textos son como los sabios, llegan a tus ojos según la capacidad que tienen para ver; cuecen a cada uno según la capacidad que tiene para soportar la acción del fuego.

El sabio es el que no tiene intermediario entre él y el fuego. El fuego está en contacto directo con su ser y lo ha hecho fuego.

El sabio, por su condición de fuego, es el corazón del mundo; nadie ama como él, él es la fuente de todo amor que no sea mero instinto.

Gracias a los sabios, los humanos tenemos amor y ternura por todas las cosas.

Ellos son la punta de lanza de la búsqueda de la verdad por parte de los humanos, una verdad que es amor.

La verdad de los sabios no es formulación, y siempre es amor, pero un amor que no es imaginación ni voluntariedad.

Sin ellos seríamos como cuerpos sin corazón, cabezas vanas.

Los sabios son el corazón de nuestros corazones. Sin ellos tendríamos corazones de piedra y mentes obtusas; ellos son la blandura de nuestros corazones y la luz de nuestras mentes.

Termina Rûmî el párrafo diciendo que este argumento requiere mucha ilustración y exposición para no llevar a error a los vulgares.

No se puede hablar del sabio y del fuego con propiedad, si no es entendiendo que, cuando el sabio es realmente sabio, ya no es, sólo es luz y fuego.

Sin embargo, el fuego leve es bueno para quien no soporta el fuego del dragón.

Rûmî lo expresa con dos imágenes: el zapato torcido es bueno para el pie torcido; el poder del mendigo sólo llega hasta la puerta.

El sabio es benévolo y piensa que más vale zapato torcido que ir descalzo cuanto tu pie está torcido; y opina que bueno es el poder del mendigo, aunque no llegue más que hasta la puerta.

El esclavo sabio de fea forma y el esclavo necio de bella forma.

Los sabios son como los esclavos baratos. Están al servicio de todos, sin pedir nada a cambio.

Un rey compró dos esclavos baratos y se puso a conversar con uno de ellos. Descubrió que era listo porque sus palabras salían del amor, eran dulces.

Los que no hablan palabras de amor, pueden parecer listos, pero no lo son.

La dulzura de las palabras del sabio no está en su superficie, está en su hondo. Esta es una observación de gran importancia; a ella apuntará toda la intención de la narración que cuenta Rûmî.

Rûmî compara la lengua con la cortina que cuelga delante de la puerta del alma.

La lengua descubre al alma. Cuando un golpe de viento levanta la cortina, se nos revela el secreto de la casa.

En la casa puede haber perlas y trigo, un tesoro, o la casa puede estar llena de serpientes y escorpiones.

Las perlas son la luz que hay en la casa y el trigo el alimento que reparte el sabio. El sabio guarda un tesoro bajo la cortina de la lengua.

Pero el tesoro está guardado por una serpiente. Aunque el viento descubra las riquezas que hay detrás de la lengua del sabio, no todo el mundo puede acceder a ese tesoro.

Cualquiera puede verlo y oírlo, pero no cualquiera puede hacérselo suyo. Hay que cumplir unas condiciones para acceder al tesoro sin que la serpiente te ataque.

El sabio está guardado por una serpiente. ¿Qué es la serpiente? La boca puede desarticular lo que das por realidad y puede desarticular tu ser, por tu incapacidad de ver la realidad que te muestra el sabio.

El esclavo sabio hablaba palabras de sabiduría sin pensárselo mucho, porque su interior estaba repleto de perlas y la luz brillaba desde cada perla.

Esas perlas y su luz se convertían en criterio para distinguir la verdad de la mentira.

Su luz es la luz de la Razón Universal, no la luz de la razón del ego. Si la luz de esa perla nos ilumina, se convierte en la luz de nuestros ojos; entonces procederá de nosotros mismos tanto la pregunta como la respuesta adecuada.

Es decir, en nosotros mismos residirá la luz de la sabiduría.

Si tus ojos bizquean verás doble, verás dos lunas en vez de una. Si bizqueas verás dualidad donde sólo hay unidad.

Con mirada doble tu pregunta será tan necia como tu respuesta. Mientras veas doble no obtendrás ninguna respuesta sabia.

Endereza tu visión para que tu mente no mire torcido. Si miras recto verás con tu mente el resplandor de la perla única.

No te conformes con que la respuesta te llegue al corazón a través de la oreja. La oreja es intermediaria, el ojo debe llegar a la unión por la visión inmediata. El ojo, aquí, se refiere tanto a la mente como al sentir todo.

Tu experiencia de la unidad no debe contentarse con las palabras que llegan al oído. Al oído sólo llegan palabras y doctrinas.

El oído sólo te dará transformación de cualidades, cambiará tu comprensión, pero tiene que ser el ojo con su visión inmediata el que te proporcione la transformación de la esencia, que te pase de la dualidad a la unidad.

Si el conocimiento del fuego es a través de las palabras, si la certeza es a través de las palabras, tendrás que cocinarte en ese fuego hasta que tu certeza no sean palabras de otros.

No hay certeza inmediata hasta que abrasas a tu ego en el fuego. Siéntate en el fuego hasta que no queden de ti ni las cenizas.

Haz tu oído penetrante para que se convierta en ojo. Si no lo haces, las palabras de sabiduría se quedarán enredadas en tu oreja y no llegarán al corazón.

Escucha las palabras con tal intensidad y constancia, medítalas con tal profundidad, que se conviertan en corazón.

El discurso de la relación entre la sabiduría que entra por las orejas, la luz de los ojos y el fuego del corazón, no tiene fin, por la sutilidad del asunto.

El esclavo de boca apestosa.

El rey llamó al segundo esclavo. Tenía la boca apestosa y los dientes negros. Al rey le disgustó.

No obstante le dijo que se sentara a una cierta distancia, pero no tan lejos que no pudiera tener una conversación con él y tratar su boca como un médico hace con su paciente.

Un defecto serio no invalida a una persona. Para aclarar este pensamiento Rûmî dice que no se tira una manta porque tenga una pulga, ni se puede rechazar a una persona por un defecto.

El rey le dice al esclavo que el otro esclavo ha hablado mal de él, que ha dicho que es un ladrón deshonesto, de mal comportamiento, inmoral, infame y otras muchas cosas malas más.

El esclavo acusado alaba a su compañero acusador diciendo que es sincero, que, por consiguiente, lo malo que dice de él debe de ser verdad, porque no es sospechoso de malicia.

El esclavo acusado no sospecha de su compañero, sino de sí mismo. Con toda seguridad, - opina-, el esclavo acusador ve los defectos del acusado mejor que él mismo.

El que ve sus propios defectos antes que los demás, se preocupará de corregirlos.

Los que no prestan atención a su propio rostro, se culpan unos a otros. ¡Qué práctica más frecuente!

El que ve su propio rostro, que es su realidad original, tiene una luz que ya no procede de criatura alguna.

La luz de esa mirada, no morirá, porque es la del Creador. La luz con la que contempla su propio rostro ya no es la de los sentidos.

Quien ve su propio rostro es que se mira como testigo imparcial.

Los ojos del testigo imparcial ya no son los ojos de los sentidos, no son los ojos del ego, sino los ojos de su naturaleza original; son los ojos, no de "lo que parece ser", sino "de lo que es".

La luz de esos ojos, es la luz de Dios.

El rey le pide al esclavo que le cuente los defectos de su compañero, como su compañero hizo de sus defectos, para averiguar si le puede encargar sus asuntos.

El esclavo en vez de descubrir los defectos de su compañero sólo alaba sus cualidades: es un agradable compañero, dice, es leal y humano, es sincero, perspicaz y cordial, es generoso hasta entregar su vida.

Quien entrega su vida, gana a la vista miríadas de vidas. Si no ve esas miríadas de vidas, no entregará su vida.

Si se ven esas miríadas de vidas, ¿cómo escatimar la propia, que es sólo una vida?

Rûmî aclara este pensamiento diciendo que en la orilla del río, sólo el que está ciego a la corriente de agua, escatima el agua.

Sólo el que está seguro de la resurrección, es decir, el que sabe que dar la vida es recibirla, hará salir de sí, en cada momento, una nueva munificencia.

¿Por qué dar la vida es recibirla? Porque quien da “su vida” se escapa del ego, y quien se escapa de la cárcel del ego, adquiere la libertad y la vida.

La largueza, la generosidad de sí mismo procede de la visión de los bienes que se siguen de la generosidad.

La generosidad permite descubrir el gran cauce del agua del río. Quien ve la corriente de agua del río será generoso con su reserva de agua.

El que ve el río, no teme quedarse sin agua y, por tanto, no se agarra frenéticamente a su cantimplora de agua.

La avaricia proviene de la ceguera. Quien ve las perlas, no teme zambullirse en el mar. Nadie que vea es avaro. La generosidad proviene del ojo que ve, no de la mano.

La cuestión central en todo este asunto es ver.

El esclavo continúa relatando las virtudes de su compañero: no es engréido, siempre está dispuesto a culparse a sí mismo, es bueno con todos y malo consigo mismo.

El rey le advierte que se está ensalzando a sí mismo bajo la máscara de alabar a su compañero. Tu compañero mostrará lo que es y quedará tu trampa al descubierto.

Esta es una advertencia importante. Practicar el camino interior no es practicar el "buenismo", ni forzarse a pensar que todo el mundo es bueno, ni cerrar los ojos a los defectos propios y de otros, para no tener dificultades o para dar una buena imagen de sí.

Esta forma de actuar puede cultivar, sin advertirlo, una complacencia de sí mismo.

Lo que requiere el camino interior no es "buenismo" sino lucidez. La lucidez no está reñida con la aceptación y con la reconciliación con las personas tal como son.

No hay verdadera aceptación y reconciliación si no hay una clara lucidez. Lo que es, es; no es necesario ocultarlo.

Lo que se precisa es aceptarlo como viene y reconciliarse con ello. Sólo desde ahí se puede trabajar por mejorar las cosas y las personas y se puede trabajar en el camino interior.

La falta de lucidez sobre los defectos propios y los de otros es una falta grave de realismo, y el que practica la Vía debe ser, ante todo, una persona real.

Por el contrario, la lucidez sin aceptación y reconciliación lleva a una crítica acerba que destruye y no construye y, además, arrastra a la amargura de corazón.

La crítica lúcida y reconciliada abre a la compasión y al amor; la crítica lúcida y no reconciliada, bloquea al amor y a la compasión.

Y dicen los maestros que Dios no visita los corazones inmisericordes.

El esclavo de boca sucia y mente limpia dice que las cualidades de su compañero y amigo sobrepasan cien veces su descripción.

Para validar su afirmación recuerda a Allah, el gran Dios, el Dueño del reino, el Misericordioso y Compasivo, que envió a los profetas no por su necesidad, sino por don y gracia;

-sostiene lo que afirma de su compañero apelando al que creó de la tierra los gloriosos jinetes del Islam y les purificó su temperamento más que si fueran seres celestiales;

-al que transformó el fuego en una luz que sobrepasa todas las luces;

-al que hizo que el esplendor del rayo se convirtiera en luz del espíritu de forma que Adán extrajera de ella conocimiento.

Recuerda a Set, al que Adán nombró su vicario; a Noé que veía la joya, por lo que derramó perlas de sabiduría en las almas; a Abraham, que viendo las radiaciones de la luz entró sin miedo en el fuego; a Ismael, que porque cayó en el arroyo de las aguas, expuso su cabeza al cuchillo de Abraham.

Recuerda a David, al que calentaron su alma los rayos de Él, hasta hacer que su hierro fuera tan blando que podía ser tejido; a Salomón que mamó de la leche de la unión y así sometió al demonio; a Jacob que se inclinó ante la luz y así pudo oler el perfume de su hijo perdido; a José que contempló el Sol hasta hacerle versado en la interpretación de los sueños; a Moisés que bebió la luz hasta convertir su vara en un instrumento de castigo del imperio del Faraón; a Jesús, el Hijo de María, que subió velozmente a lo alto de la bóveda del cielo.

En estas remembranzas, el esclavo está hablando del Misericordioso y Compasivo, el de los dones gratuitos, el que purifica, el que hace del fuego y del rayo una señal de la Luz suprema.

Él es una joya tal que quien la ve derrama perlas; Él es el que con su luz empuja a entrar en el Fuego.

Él es el arroyo de las aguas vivas.

Él hace nuestro duro hierro blando como los hilos.

Él es el que amamanta en la unión.

Él es el Sol, la Luz que se bebe, el poder de los débiles, el que eleva a lo alto de los cielos.

El esclavo continúa recordando a Muhammad que alcanzó el reino y la felicidad, a Abû Bakr el compañero del profeta; a ‘Umar al que embriagó el Amado hasta hacerle capaz de discernir, desde el corazón, la verdad de la mentira; a ‘Uthman que invadido de la luz se convirtió en fuente de luz desbordante; a Alí, que al ver su Faz esparció perlas de verdad; a Junaïd, que recibiendo el apoyo de su poder alcanzó estados espirituales innumerables; a Bayazîd que vio el camino de la superabundancia y se convirtió en Polo de los Gnósticos; a Kharkî, que defendiendo su ciudad, se transformó en vicario del amor, inspirado por el aliento divino.

Cientos de miles de reyes del espíritu levantan sus cabezas más allá de este mundo.

Sus nombres permanecen velados, no los pronuncia cualquier mendigo porque Dios es celoso de su sabiduría; no echa las perlas a los puercos, diría Jesús.

Con estos recuerdos, el esclavo habla del Misericordioso como el reino de la felicidad;

- como el vino que embriaga, cuya borrachera es fuente de discernimiento;
- como luz que desborda;
- como Faz que esparce perlas de verdad;
- como poder para el espíritu;
- como camino de la superabundancia;
- como fuente del servicio y del amor;
- como el más allá de este mundo en este mundo.

Él es la Verdad de la luz de los iluminados, que están en Él como peces en el mar.

Rûmî reflexiona y dice que no es adecuado llamarle a Él el Mar de las Almas, ni el Alma del Mar; hay que buscarle un nuevo nombre;

y habla, con términos semejante a los términos vedantas, de ese "Eso" del que derivan esto y aquello;

en relación a Él, todas las nueces son cáscaras. Todos los que llamamos seres, están vacíos.

El rey le dijo al esclavo noble: Ahora habla de lo tuyo, no hables de otros, sino de ti. ¿Qué posees? ¿Has sacado perlas del fondo del mar? Todo esto es el inmenso mar y su fondo está lleno de perlas.

Con tu muerte, la luz de tus ojos se apagará, ¿tienes la luz, que debiera ser la compañera de tu corazón que supera la muerte?

Cuando el polvo cubra tus ojos en la sepultura, ¿con qué luz contarás?

Cuando tus manos y pies se deshagan en el polvo ¿tendrás alas para tu espíritu?

Cuando tu alma animal ya no exista, ¿tendrás en su lugar el espíritu eterno "del que es"?

No se trata de hacer, sino de llevar ese hacer a la presencia del Único. Llévale tu esencia humana.

No se trata de llevarle acciones, que son como los accidentes que ya han pasado. Pon tu esencia en su presencia.

El ayuno y la abstinencia, si son constantes, sanan la substancia, como una indisposición se va por medio de la abstinencia.

Pero no son los actos, -los accidentes les llama Rûmî-, sino la esencia lo que cuenta.

Por el esfuerzo, por la abstinencia, de lo que son accidentes, de lo que son meros actos, la sustancia se transforma.

Por la abstinencia, la boca agria se convierte en miel, la tierra se convierte en trigo por la siembra.

¿Qué es la abstinencia?

Los actos que se realizan para no quedarse en la superficie del mar y bajar hasta la profunda región en que están las perlas.

Como del acto de la relación conyugal, que pasó, se produjo el hijo, o como de plantar un jardín, que pasó, surge el jardín que perdura, así de nuestros actos transitorios, accidentes, puede surgir una transformación de la esencia que perdura.

Si has practicado alquimia, (eso es el camino espiritual) trae y muestra el producto.

No basta con realizar actos, muestra el fruto de esos accidentes que ya pasaron.

No confundas los actos con la purificación de la esencia. Eso sería tan necio como ofrecer en sacrificio la sombra de la cabra.

No se trasladan los actos, los accidentes, a la vida en la luz. Para los siervos que se identifican con sus actos, que no se puedan trasladar a la dimensión absoluta del existir, esos actos y esa identidad es desesperación, porque lo que consideran su identidad se va y ya no vuelve.

Si no hay traslado de los actos, de los accidentes que ya se fueron, a la vida eterna, a la resurrección, todas las afirmaciones de los maestros parecen vanas palabras, porque ponemos nuestra identidad en los actos, en los accidentes que ya no son.

Los actos y las identidades se trasladan de otra manera, en otro modo de existencia.

El traslado de todo es según le corresponde: cada acto tiene una forma y cada una tiene su turno de aparecer ante Dios, y luego desaparecer, pero como tales no se trasladan.

¿Cómo vas a trasladar lo que no tiene entidad?

Fuiste fruto de un accidente, la cópula y de su propósito. Las casas están en la mente del arquitecto. Una fantasía, una idea, un accidente fue el origen del edificio.

Mira con claridad por todas partes del mundo, todo es el resultado de accidentes, de actos. Es como si los actos tuvieran una finalidad.

Pero miremos las cosas de otra forma: el principio es el pensamiento y llega a su fin en la acción. Así se indica en la idea de creación del mundo desde la eternidad.

Los frutos están primero en el pensamiento de la mente; cuando el árbol se ha plantado y desarrollado, cuando el pensamiento se convierte en obras, entonces surgen los frutos.

Primero era el pensamiento oculto, que podríamos decir que era el cerebro de los cielos, para llevar toda la creación a "si no fuera por ti no habría creación".

El mundo era el árbol, el Profeta su fruto.

Todo este hablar de los actos, los accidentes, conduce a comprender que cada criatura es un traslado de accidente; todos los seres creados fueron accidentes. Así se reveló Él.

Los actos, los accidentes vinieron de allá para acá, esta es la razón por la que no hay traslado de accidentes, de actos, de acá para allá.

¿De donde surgen los accidentes? De las ideas, y las ideas de los pensamientos. Este mundo es un pensamiento del Intelecto Universal.

El Intelecto es como un rey y las ideas sus enviados. Estamos hablando en metáforas.

¿No es este un pensamiento vedanta expresado en simbología teísta?

Podemos continuar hablando de los actos y la sustancia con la simbología dual.

Hay dos mundos: el primero es el de la prueba, (la dimensión relativa) el segundo el de la recompensa, (la dimensión absoluta).

Si cometes un pecado, ese acto se convierte en cadena y cárcel. Si prestas un servicio excelente al Rey, tendrás un manto de honor.

Y concluye el párrafo Rûmî diciendo: *esto del accidente y la sustancia es como el huevo y la gallina: uno produce a la otra y la otra al primero, sucesivamente.*⁸

La dimensión relativa abre a la absoluta y la dimensión absoluta es la fuente de la dimensión relativa.

Si aceptamos el sentido de esta última afirmación, Rûmî habla como si hubiera alguien que actuara frente a Dios (el siervo frente a su Rey).

Pero la sabiduría de Dios ha mantenido oculta esa relación entre los actos y la sustancia, (la dimensión relativa y la absoluta), para que este mundo de bien y mal sea un misterio.

Si las formas de pensamiento estuvieran manifiestas, no habría mundo de prueba y mundo de recompensa;

si el mundo de los signos de Él, que no son “otros de Él”, estuviera manifiesto, sin que los actos pudieran ocultarlos, no habría mundo de prueba;

si la señal de la fidelidad o la infidelidad estuvieran claras en su misma fuente, no habría ídolos ni idólatras; nadie se atrevería a burlarse del bien.

Este mundo sería como el de la resurrección.

Si la dimensión absoluta estuviera absolutamente explícita en la dimensión relativa, se disolvería la dualidad. Brahman y Mâyâ serían una absoluta unidad.

Si la idea de que “esto es aquello” y “aquello es esto” estuviera clara y explícita, no habría el mundo de la prueba y el de la recompensa; no habría el mundo de la ignorancia y mundo de la comprensión.

Pero, advierte el rey, Dios ha velado el castigo del mal sólo a los vulgares, no a sus elegidos. Dios ha mostrado claramente la retribución del trabajo y de otras muchas acciones.

Hay una señal clara para nosotros, aunque Dios lo ve todo, porque la nube no vela a la luna.

8 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pg. 79.

El castigo del mal es como una nube que no lo oculta a los ojos penetrantes.

Rûmî vuelve a invertir el sentido de sus reflexiones. Ha considerado la relación de los actos y la sustancia de abajo arriba, ahora volverá a considerar esa relación de arriba abajo.

La sabiduría de Dios, al manifestar el mundo, hizo que lo conocido (en Él) se expresara claramente.

Hizo visible lo que sabía. Hacer visible su sabiduría es la creación. (Mâyâ manifiesta a Brahman).

Esa manifestación puso al mundo en dolores de parto. Frente a esa manifestación nadie puede permanecer inactivo sin que salgan, en todo momento, algunas maldades o bondades.

Esa demanda de posicionamiento fue puesta para que tu conciencia interior se mostrara claramente.

El hilo de la mente tira continuamente de la rueca, que es tu cuerpo. Contesta, contesta...

Este mundo y el otro están pariendo constantemente; porque en cuanto se hable de este mundo y del otro se está en el ámbito de la dualidad.

Cada causa es una madre y cada efecto es como un hijo, que se convierte también en una madre, y así generaciones y generaciones.

Ver estas continuas cadenas de causas y efectos por todas partes necesita de un ojo bien entrenado.

Quien ve las cadenas de causas y efectos, ve la irrealidad de todas las cosas, porque ve su fuente.

Y dice el texto que, conversando sobre estos temas, el rey vio una señal no aparente, una señal que no se puede mencionar.

A mi entender, con esta frase se está indicando la salida del rey de las cadenas de causas y efectos, que es el mundo de la pluralidad, para entrar en el mundo de los signos de Dios, que no son "otros" de Él, que es la Unidad.

Cuando volvió el otro esclavo el rey le dijo que era apuesto y elegante, lástima que tuviera las malas cualidades que afirmaba su compañero. Te describe, le dijo, como una persona de dos caras, y dice que pareces un remedio, pero que eres una enfermedad.

Cuando el esclavo escuchó las acusaciones de su compañero, se levantó el mar de su cólera, dice Rûmî.

Lleno de ira insultaba al supuesto difamador más allá de todo límite. Estuvo insultándole hasta que el rey le puso la mano en la boca, gritando ¡basta!

El rey le confesó entonces que le había conocido por lo que decía, que tenía un espíritu sucio, en cambio su compañero sólo tenía la boca sucia, pero su espíritu estaba limpio; por ello sería su subordinado.

¡Que las formas no os confundan!

Una forma bella con malas cualidades no vale para nada; y si la forma es desagradable, pero el temperamento es bueno, ¡no sabes lo que has encontrado!

La apariencia pasa, pero el mundo de la realidad permanece para siempre. Confundir la forma con el fondo es como amar la forma del jarro y no ver y buscar el agua.

La forma te oculta la realidad; saca la perla de la concha. No todas las conchas, ni las más bellas y agradables, contienen perlas.

Abre los ojos para mirar en el interior de cada uno y observa bien lo que tiene, porque hay pocas perlas.

No te guées por la apariencia exterior, porque una montaña es mucho mayor que un rubí; también son más grandes tus manos y pies que tus ojos, pero tus ojos son lo más importante de tus miembros.

Si sabes ver las escasas perlas, abandonarás muchos mundos.

Se capaz de reconocer al sultán que siguen cientos de miles de soldados; se capaz de reconocer al pensamiento que es capaz de inundar el mundo como una riada.

El que posee ese pensamiento puede parecer insignificante y su pensamiento pequeño, pero como una inundación, se traga el mundo.

Comprende que cada oficio subsiste por un pensamiento; comprende que no sólo las casas, los palacios y las ciudades se sustentan en un pensamiento, sino que también lo hacen las montañas, los ríos, la tierra, el océano, el sol y el cielo.

No seas necio considerando el cuerpo y sus formas como un Salomón y al pensamiento como una hormiga.

Para ti la montaña es grande y el pensamiento como un ratón. El mundo material te parece grande y sublime, mientras que frente al mundo del pensamiento, o inferior a un burro, te sientes seguro e indiferente como una piedra inerte.

Careces de inteligencia, no tienes naturaleza humana, eres como un asno.

Tomas lo que no es más que una sombra, por la sustancia, y porque juzgas tan neciamente, la sustancia es para ti sin importancia.

Atiende y observarás que hasta las recias montañas se vuelven como blanda lana y que todo lo que hay en la tierra es nada.

Nada existe sino el Uno, el Viviente, el Amante. ¡Qué bellos nombres para la perla que se esconde en sólo unas pocas conchas humanas!

El esclavo favorito.

Había un rey que prefería a uno de sus esclavos sobre toda su corte. Le colmaba de estipendios y dones, mucho más que a todos sus visires.

Su espíritu, en origen, antes de que el cuerpo fuera creado, es decir, en el seno mismo de la Unidad, era allegado y pariente del rey.

Su unidad estaba más allá de las categorías de esclavo y rey, porque residía en el Único.

Dicho con un lenguaje más sencillo: el esclavo y el rey tenían un espíritu emparentado en la indagación y realización del Uno.

Esta breve historia sirve a Rûmî para hacer unas largas reflexiones sobre la Unidad y el Único Actor.

Empieza con una primera recomendación: deja las cosas que acaban de surgir a la vida, a la existencia, lo que importa es lo que ha existido previo a este surgir.

Lo que importa no es lo que conoce el que bizquea, sino lo que conoce el que no bizquea. Para el que no bizquea, su ojo viendo todas las cosas, está siempre en el Único.

Podríamos decir que todo lo que Dios sembró en la unidad, sea trigo o cebada, día o noche, están fijos en ese lugar, en la unidad.

Todo lo que aparece está fijo en la unidad.

La noche de la no manifestación no parió nada de lo que no estuviera preñada.

Fuera de ese designio suyo, nuestros designios y nuestros planes, son viento, sólo viento. Lo que pretende ser fuera de esa unidad y de ese Único, es puro viento.

¿Quién se va a complacer en sus propios proyectos e interpretaciones, si ve en ellos mismos el diseño de Dios?

¿Quién se va a complacer en realidad alguna o acción alguna, si en esas mismas realidades y acciones, ve, sobre ellas, la realidad y la acción del Único?

Quien confía en sus propios designios, en sus propios proyectos, se está tendiendo una trampa en la misma trampa que le tendió Dios: todo viviente tiene que creerse actor para sobrevivir.

Esa es la trampa que Dios le tendió, sobre esa trampa original tendemos nuestras propias trampas. Nos tomamos como actores en la acción del Único.

Ni la trampa de tu designio, ni el que lo trama, escapan de la trampa de Dios. ¿Crees ser un actor frente a Él?

¿Qué es la trampa de Dios? Que te creas actor cuando no lo eres. Ni esa trampa la tendiste tú.

Puede parecer que brotan y mueran cien hierbas, pero sólo permanecerá lo que Dios ha sembrado.

Quien pretenda sembrar sobre lo que Él ha sembrado; quien pretenda hacer lo que Él no ha determinado, verá como lo que cree haber sembrado parece corrupto y podrido y verá cómo sólo permanece lo que Él sembró.

Apártate de la idea de que eres un actor frente a Él, porque incluso lo que te propones, tu estrategia, es su invención.

Cuando tú crees actuar frente a Él, también ahí es Él el que actúa.

Lo que Él decide en el principio sin principio, es lo que permanece y crece.

Sea lo que sea lo que siembres, hazlo por Él y en Él, porque tu ser es su cautivo. ¿Qué entidad tienes frente a Él que no sea Él?

No frecuentes tu alma carnal y su trabajo, porque es ladrona; se atribuye a sí misma lo que es el trabajo del Único.

Lo que no es trabajo de Dios no es nada, nada.

Siembra mientras tengas tiempo antes del día de la cuenta, sabiendo que lo que siembres, es Él el que lo siembra.

No te atribuyas la siembra, si no quieres aparecer el día del juicio con las acciones robadas colgadas del cuello.

Aunque se junten cientos de miles de mentes para preparar una trampa distinta de la de Dios, no se podrán separar de la que Él trama.

Las pretendidas obras son pajas que no pueden nada contra el viento divino.

Si mis actos son sus actos ¿cuál es el beneficio de ser? ¿Por qué existimos? No hay por qué.

Es bueno que te preguntes eso. Descubre tu realidad. Si hay muchos beneficios en tu pregunta ¿por qué no hacerla?

Si desde un punto de vista, los actos del mundo son en realidad improductivos, porque uno Único es el actor, desde otro punto de vista es ventajoso, porque manifiestan "al que es".

Las manifestaciones del Único, los actos de las criaturas, no son improductivos. La belleza de José benefició a un mundo, aunque para sus hermanos fue algo vano.

Las melodías de David fueron muy apreciadas, aunque para los infieles sólo fueran ruido de madera.

El agua del Nilo era mejor que el agua de la vida, aunque para los infieles fuera como sangre.

Para el verdadero creyente el martirio es vida, aunque para el hipócrita sea muerte.

De todos los beneficios del mundo, que son las manifestaciones de Dios, siempre está excluido algún grupo. Pero Él, el Único Actor, no excluye a nadie.

El buey y el asno no aprecian el azúcar. En ese sentido cada alma tiene una nutrición distinta.

Si el alma no toma la nutrición adecuada a su auténtica naturaleza, amonéstala.

Si alguien, por enfermedad se aficiona a comer barro, ha olvidado su nutrición original y se ha vuelto a lo que es enfermedad;

-renuncia a la miel para comer veneno, confunde los alimentos que son enfermedad con los verdaderos alimentos.

La nutrición original para el hombre es la luz de Dios.

Los alimentos animales no son adecuados para él, pero a causa del error de su mente, toma como su alimento cotidiano lo que es sólo agua y arcilla.

Quienes se alimentan de barro no pueden menos que estar débiles, pusilánimes y apoyados en pies de barro. Les falta el alimento que les conduciría por pistas celestes.

El alimento de los bien guiados se ingiere sin garganta. La comida del Sol, que es luz, viene de la luz del Trono; la de los envidiosos y errados, viene de la alfombra del trono de Dios, la Tierra.

Para ese alimento de luz no hay boca ni plato; el corazón bien guiado recibe alimento de cada compañero, de cada conocimiento.

Para él, cada ser es una copa de buen vino; el ojo iluminado en cada ser percibe su realidad.

Comes algo, cada vez que te reúnes con alguien, y te llevas algo cada vez que te asocias con otro.

Cuando te reúnes con otro, siempre se produce un efecto apropiado para ambos, igual que de la combinación de hombre y mujer nace un ser humano, igual que del hierro y la piedra saltan las chispas o de la unión de la tierra y la lluvia surgen las frutas y verduras, o de la alegría de nuestras almas, nace la bondad y la beneficencia.

La unión siempre es beneficiosa, porque brota de la Unidad.

Rûmî continúa citando unión de pares cuyo resultado es beneficioso.

Otras conjunciones, en cambio, son dañinas como la conjunción de la tierra con Saturno, dice, porque vuelve a la tierra nitrosa y no apta para la siembra, o la conjunción del diablo con los hipócritas.

¡Mira con quién te juntas!

Las verdades espirituales, carecen de pompa y grandeza externa porque vienen del ámbito de lo sutil, se obtienen del noveno cielo.

Todas las pompas y grandezas de la creación son prestadas; las grandezas de Eso sutil, son algo esencial, interior, por ello soportan la degradación de las pompas y grandezas externas y se hallan felices sin ellas.

Quienes esperan unos pocos días de gloria transitoria, llenos de molestias, se vuelven flacos como husos, por las ansias.

¿Por qué no vienen al lugar de la sabiduría, al lugar en el que reside el sabio? En ese lugar, sin pompas ni grandezas, reside el sabio que resplandece como el Sol.

Un Sol que está en lo alto del cielo que está más allá de levantes y ponientes. Su esencia ni se levantó ni se puso.

El sabio es, en ambos mundos, un sol sin sombra, aunque gire alrededor del Sol. Gira alrededor del Sol, por la majestad del Sol. Su luz es la del Sol.

El sabio es agua de la fuente, pero no es la fuente sino agua de la fuente.

Aunque conoce la cuerda de las causas, sabe que "lo que es" está escindido de lo que nosotros damos como la cuerda de las causas.

Entre Eso y las causas de este mundo no hay relación de causa y efecto. ¿Cómo podría darse esa relación, si es el Único? Y el sabio mismo es uno en el Único.

Dice el sabio: no he podido jamás perder mi esperanza en el Sol. No puedo soportar estar sin el Sol, como el pez estar sin agua.

Incluso cuando desespere, mi desesperación es la manifestación del trabajo del Sol, la manifestación oscura del Sol.

¿Cómo va a separarse lo que es manifestación del Sol, del trabajo del Sol?

¿Dónde va alimentar su ser cualquier objeto que exista si no es en el Ser? Todo lo que es, padece en esa pradera.

Y el que no comprende que todo viene de ese Mar, su rostro es como una veleta que gira en mil direcciones, en la multitud de direcciones de lo que cree que es.

El ignorante bebe agua salada del Mar dulce; y el agua salada que bebe, le ciega.

Este mundo es un Mar de agua dulce, pero la ignorancia convierte esa agua dulce en salada.

El Mar dice que beba su agua con la mano derecha, que no la beba torcido, para que recupere la vista. Comenta Rûmî que la mano derecha es la opinión correcta que sabe discernir.

Si discernio, bebiendo agua dulce del Mar, soy como lanza en manos de un lancero, dice el sabio. El que actúa es Él, y Él siempre lo hace con precisión.

Gracias a los sabios, que conocen al Único Actor, nos sabemos impotentes para devolver la luz a los ciegos.

Nadie es nadie para dar la Luz al que se cree alguien. Sólo la Luz abre los ojos. Sólo la Luz despierta a la Luz que somos.

Pero los sabios son la Luz del Sol, su luz es la del Sol, no tienen otra Luz que la del Sol. Esa Luz mata la oscuridad de los recalcitrantes, despoja de cien años de ceguera.

El sabio cura a todos los invidentes, excepto a los envidiosos, cuya envidia niega al sabio.

A quien envidia al sabio, el sabio no le puede dar la vida. Quien envidia al sabio, le irrita la existencia del Sol.

Ese tiene una enfermedad incurable, ha caído para siempre en el fondo del pozo. Con su envidia y negación del sabio, quisiera la extinción del Sol.

Esa es su condena, porque el Sol no puede extinguirse.

El que busca a Dios es como un halcón que busca la mano del Rey.

El que se ha perdido es un halcón ciego. Se extravió y cayó en la selva oscura, junto a los animales de la noche.

La selva oscura de los animales de la noche es el mundo de objetos, sujetos, individualidades.

Los humanos son totalmente luz, luz de la aprobación divina, son luz en los que la Luz se reconoce, pero el destino los cegó.

El destino les arrojó polvo a los ojos, los alejó del camino y los dejó junto a los búhos de la selva, los animales de la noche.

¿Qué es el destino, al que Rûmî llama “el mariscal”?

La necesidad acumulada en miles de generaciones, más la necesidad propia.

Toda esa necesidad nos la cargamos a la espalda. Pero esa necesidad no es “otra”, alguien o algo frente a Él.

Tu necesidad es vivir en tu condición de necesitado frente al mundo y frente a Él. Si comprendes la naturaleza de tu necesidad, tu necesidad se convertirá en luz.

Los animales de la noche, los búhos atacaron al halcón, arrancándole las plumas. El halcón, aunque cegado, es un grave peligro para el mundo de los búhos, porque los búhos creen que el halcón ha venido a arrebatarnos su morada.

El mundo de luz de los halcones hace patente el mundo de tinieblas de los búhos; así, lo verdaderamente real del halcón "desrealiza" lo que los búhos dan por real. Eso es arrebatarnos su lugar de residencia.

El halcón reconoce que no está hecho para el mundo de los búhos, que renuncia a cien selvas como en las que viven los animales de la noche. Su lugar es el brazo del Rey.

Los búhos no tienen nada que temer, porque el halcón vuelve a casa, no está interesado en la selva oscura.

La selva oscura de los búhos les puede parecer una residencia magnífica, pero para el halcón, el brazo del Rey es el lugar al que debe regresar.

Los búhos sospechan del halcón; temen que les aleje de su mundo de realidades, de sus casas y hogares.

Tienen al halcón como un hipócrita que pretende arrancarles sus bienes.

No pueden comprender que el halcón esté satisfecho con lo que tiene, y en su ignorancia le atribuyen todas las avaricias juntas.

¿Por qué? Porque el halcón presume de la mano del Rey, dicen, para extraviarnos. Es astuto y nosotros gente simple.

Suponen en el halcón dobles intenciones donde sólo hay simplicidad. El sabio no tiene dobleces, es simple.

¿Cómo es posible que un simple pájaro, sea congénere del Rey?, se preguntan los búhos. Lo que dice es engaño y artificio.

Mezclar al pájaro con el Rey es como mezclar ajo con dulces de almendras, dicen.

El halcón tiene la pretensión de que el Rey y su séquito le están buscando. ¿No es esa una loca idea, una jactancia, una trampa para engañar a simples?

¿Cómo va a ser un pájaro insignificante adecuado a la realeza? ¡Si el menor de los búhos es más fuerte que él!

El halcón contestó: soy el amado del Rey; si rompéis una de mis plumas, el Rey destrozará este lugar.

El Rey me defendería, no sólo de un búho sino de otros halcones. Si un halcón me ataca, el Rey llenará montañas y valles de miles de cabezas de halcones.

Él me guarda; donde quiera que vaya Él está conmigo. Mi imagen está en el corazón del Rey; sin ella su corazón enfermaría.

No soy “otro” de Él. La unidad es amor y el amor es unidad.

La afirmación de Rûmî es atrevida, pero cierta, cuando dice que Él, sin mi imagen en su corazón (¿qué otra cosa soy que una imagen en su corazón?) enfermaría.

Donde hay división no hay unidad. ¿No es eso afirmar, como Juan, que Dios es amor, es decir, unidad?

Si Él me llama, me remonto a lo alto, como sus rayos; vuelo como el sol y la luna; rasgo la cortina de los cielos.

El halcón, el sabio, es uno en el Único. La luz de todo intelecto proviene de la luz del intelecto del sabio; el surgimiento de los cielos proviene de su naturaleza original, que es la unidad del Único.

¿Quién es un búho, un ignorante, para saber de su secreto?

Por el sabio, el Rey pensó la prisión de este mundo y liberó a cientos de miles de cautivos. Pero ¿quién es el sabio sino Él?

Le hizo vivir entre búhos por un tiempo, para que con sus palabras transformara los búhos en halcones.

Feliz el búho que comprende su misterio y por él vuela hacia Dios. Felices los que se cogen de su mano para poder alegrarse y transformarse en halcones reales, aunque sólo sean búhos.

El sabio es querido por el Rey, no es extranjero en ningún lugar.

Aquél para quien el Rey es remedio de sus males, aunque gima como un junco azotado por el viento, no estará desvalido.

El sabio es el dueño del reino. El Rey toca el tambor halconero desde lejos, para llamarle a Él. El cosmos entero es un tambor redoblante.

Con el redoble del tambor el Rey dice: ¡Regresad! Dios es testigo de esta verdad, a pesar de lo que diga el adversario.

El halcón, dice Rûmî desde su concepción teísta, no es un congénere de Dios, no es Dios, pero posee la luz de Él en su manifestación.

La homogeneidad del halcón con el Rey no es en la forma. Como el agua se hace homogénea con la tierra en la planta, como el viento se hace homogéneo con el fuego en la combustión, o como el vino se hace homogéneo con el cuerpo que lo bebe, así por la muerte del ego el sabio se hace homogéneo con Dios, pero Él permanece solo.

El sabio rueda a los pies del caballo del Rey, convertido en polvo, pero sobre ese polvo está la marca de los pies del caballo del Rey.

Dice Rûmî que te vuelvas polvo a los pies del Rey por razón de esa marca, para que puedas convertirte en corona en la cabeza de los nobles.

Reconócele en el polvo y te convertirás en corona en la cabeza de los nobles.

Que la forma del sabio no te confunda, comparte su pan y su postre antes de que se vaya.

Hay muchos a los que la forma ha extraviado, confundiendo el vino con la copa.

Sin embargo, lo sutil está unido al cuerpo, aunque no se parecen, como la chispa de luz está unida al ojo, o la luz del corazón está en la gota de sangre, la alegría a los riñones, la tristeza al hígado, o el intelecto al cerebro.

No sabemos el por qué de estas conexiones, aunque podamos investigar su cómo. ¿Por qué se muestra así? ¿Por qué no de otra manera? Sin embargo podemos investigar cómo se manifiesta.

El Alma Universal entró en la parcialidad del individuo. El alma parcial recibió en su seno a la Universal como una perla.

Por ese contacto el alma individual quedó embarazada, como María, de un Mesías que cautiva los corazones; un Mesías que está más allá de las medidas.

El alma preñada por el Alma Universal, impregna al mundo. La dimensión relativa está preñada de la dimensión absoluta.

Entonces el mundo da a luz a otro mundo donde se reúnen los humanos.

Se habla con unas metáforas duales, pero en realidad no hay dualidad.

Aunque el sabio hablara de este misterio, el misterio de las cosas y la unidad, hasta el día del Juicio, no podría describir la resurrección a nueva vida, que es el reconocimiento; porque hablaría de lo que es innombrable.

Las palabras del sabio son un simple ¡Oh Señor!, un reconocimiento, que es un cebo para quienes tienen labios para gustar esa dulzura.

El que busca respuesta, ahí la tiene, en esa breve oración; esa es la respuesta a todo.

A su ¡aquí estoy!, sólo la respuesta ¡Oh Señor! es la correcta.

El ¡aquí estoy! no se puede oír con la oreja, sólo se saborea desde la cabeza a los pies.

El sediento que arrojó ladrillos al arroyo desde lo alto del muro.

Un hombre sediento y triste estaba en lo alto de un muro que le separaba de un arroyo. Necesitaba del agua porque la sed le estaba matando.

Arrojó un ladrillo del muro a la corriente y el ruido del agua le llegó como las palabras pronunciadas por un dulce amigo; el rumor del agua le embriagó.

Por oír el agua, el pobre hombre comenzó a arrancar ladrillos y echarlos al arroyo.

¿Qué conseguía el pobre hombre con esta acción? ¿Conseguía saciar su sed?

Conseguía dos cosas, escuchar el sonido del agua. No hay canto más querido que ese para un sediento.

El sonido del agua era como la trompeta del ángel del Juicio Final, que da vida a los muertos; o como el trueno en primavera que anuncia el renacer del jardín; o como la limosna al pobre; o el anuncio de la liberación al prisionero; como el aliento del Misericordioso; como el aroma de José que llega a su afligido padre Jacob.

La segunda ventaja que conseguía arrancando ladrillos y lanzándolos al agua del arroyo era que, con cada ladrillo que arrancaba, estaba más cerca del agua.

Arrancar ladrillos es semejante a la postración, a la humillación ante Dios. Reconocer la propia nada. Mientras el muro esté erguido, es un obstáculo para el agua.

Hay que liberarse de la cabeza alta, de la poderosa conciencia de individualidad, de la alta torre de ladrillos, para acceder al Agua de la Vida.

Cuanto más sediento estés más ladrillos debes arrancar de tu erguido muro. Cuanto más dulce y atractivo para tu sed te suene el rumor del agua, más terrones de tierra arrancarás de tu muro.

Se necesita oír el rumor del agua para arrancar ladrillos del muro del propio ego; pero si no se arrancan ladrillos y se arrojan al agua, no se oye el dulce rumor del agua.

Bendito el que considera su juventud como una oportunidad para ser capturado por el rumor del agua y desmontar el muro de su individualidad cuando tiene poder, fuerza, salud;

-cuando su jardín está todavía verde y fresco y puede producir frutos, antes de que lleguen los días de la senectud;

-antes de que el suelo de su corazón se torne nitroso e incapaz de dar fruto;

-antes de que se corte el agua del vigor e incluso de la lujuria y ya no sea capaz de provecho ni para sí ni para otros.

Cuando la cara ya esta arrugada como la espalda de un lagarto, estropeado el habla, el gusto y los dientes, cuando el negocio ya está en vías de liquidación y las raíces de los malos hábitos están firmemente arraigadas y ya no queda fuerza para arrancarlas, poco se podrá hacer.

Derruye la arrogancia de tu individualidad, mientras tengas fuerzas para ello. Cuando te llegue la vejez, no tendrás fuerzas para esa tarea.

La zarza plantada en medio del camino.

Un hombre de buenas maneras plantó una zarza en mitad de la carretera. Los viajeros se quejaban y le suplicaban que la arrancase, pero él no hacía ningún caso.

La zarza crecía y crecía y los viajeros se dañaban los pies con sus espinas. Todos se lastimaban y desgarraban sus vestidos con la zarza.

El gobernador le dijo seriamente que la quitara de en medio del camino. Él le respondió que “algún día lo haría”. Siempre daba plazos y decía mañana, mañana.

Mientras tanto la zarza se robustecía. A todos los requerimientos del gobernado siempre contestaba “que había tiempo todavía”.

Hacemos lo mismo nosotros con los obstáculos que nos ponemos en medio del camino.

Cada plazo que le ponemos a dedicarnos a arrancar esos obstáculos, la zarza se robustece más y más, mientras que nosotros envejecemos.

Cada día que pasa la zarza es más potente y el que debe arrancarla más débil.

El obstáculo que hemos puesto en medio de nuestro camino cada día que pasa tiene unas raíces más hondas y unos brotes y espinas más poderosos, mientras que nosotros estamos más enfermos e impotentes.

El obstáculo es cada día que pasa más joven y fuerte y nosotros más ancianos.

Cada uno de nuestros malos hábitos es como esa zarza. Y como la zarza hiere tus propios pies y la de todos los viajeros que transitan por el camino.

Toma el hacha, mientras tengas fuerzas, y corta el obstáculo que sólo hace que atormentarte.

Aconseja Rûmî: une la luz del Amigo con tu fuego; une la luz del Amigo con tu decisión, con tu pasión; esa unión convertirá tus espinas en perfumadas rosas.

Une al deseo noble de tu ego la luz del Amigo. Une tu mejor decisión a su Luz. Saldrás de ti y te convertirás en rosaleda.

Está expresando la misma idea de la narración anterior del hombre que arrojaba ladrillos al agua.

Eres como el infierno, por el fuego de tus pasiones; el sabio puede extinguir tu fuego. Incluso el fuego del infierno teme que la luz del sabio no extinga su fuego.

Con la luz no coexiste el infierno. La luz del que ve es la muerte del fuego. La visión es el enemigo del fuego.

Si quieres eliminar tu fuego dirige la misericordia del Único al corazón mismo de las llamas.

Esa misericordia te llegará, desde el sabio, -el sabio es la misericordia de Dios- como un agua que extingue tu fuego. Oye sus palabras, estudia sus palabras.

El sabio es un bienhechor que reparte Agua de Vida.

Otra vez la misma idea expresada con otra comparación: las pasiones son como el fuego que nos consume. El sabio, que no es "otro" de Él, es el agua que va apagando el fuego.

Los hombres de pasiones, que quieren arder en el fuego huyen del sabio, porque como un río, destruye sus llamas.

El agua del sabio gotea sobre el fuego del alma carnal y lo enfría, para que pueda florecer en él la rosaleda, para que lo que se siembre en su tierra pueda dar fruto y flores.

No te apartes de la senda. No olvides que tu burro esta cojo y el término de tu camino lejos.

Date prisa. El año se acaba y no hay tiempo para la siembra. ¿Qué has producido? El sol de la vida se pone.

En los pocos días que todavía tienes fuerza, bate tus alas con vigor para remontarte. Date prisa.

Planta las semillas que te quedan para que crezcan en los momentos que te restan.

Mientras haya luz en tu lámpara échale aceite para que alumbré. No aplaces la tarea para mañana, ¿habrá mañana?

Aprovecha los dos días de siembra que te quedan.

Tu cuerpo es como una cadena fuerte. Abandona lo que te pide si deseas la novedad; lo que pide el cuerpo se repite y se repite.

Calla y se generoso de tu cuerpo. Abre la mano y da. La generosidad es abandonar la lujuria y los placeres, porque la generosidad es no vivir para sí.

Quien está hundido en los placeres no podrá levantarse. La largueza de ti mismo te elevará.

Arroja los sacos terreros de la sensualidad y tu espíritu se elevará y te transportará a tu origen.

Tu verdadera naturaleza es como la belleza de José y este mundo es un pozo. La cuerda para sacarte del pozo es la paciencia y la guía “del que es”.

La cuerda que te sacará del pozo la tienes a la altura de tus manos. Agárrate fuerte a ella. No desaproveches la ocasión, que es ya tarde.

Sé agradecido de que te hayan echado esa cuerda y gracias a ella puedas salir al mundo de la sutilidad, al mundo manifiesto, aunque invisible.

El pozo en el que estás sumergido es este mundo, que es de no existencia, pero que se presenta como de existencia real; mientras que el mundo de existencia real, se ha ocultado como no existente.

El polvo que el viento levanta, representa un falso teatro. Ese falso teatro es como un velo. Parece lleno, pero es pura cáscara.

Y lo que oculta es su verdadero núcleo y origen.

Que tu ojo no sea un ojo de polvo que sólo ve el polvo, límpiatelo para que vea el viento sutil.

El ojo sensual es el caballo, un caballo entre caballos. La luz de Dios es el jinete. Sin el jinete, el caballo es inútil para el camino. Doma tu caballo si quieres llegar al término del camino.

El ojo del caballo encuentra el camino desde el ojo del Rey. El ojo del caballo no acude a otra cosa que al pasto y a la hierba, ¿para qué buscar otra cosa?

Cuando el ojo del caballo es la luz de Dios, entonces el caballo se aleja de los pastos para recorrer el camino.

Sin el ojo del Rey, el ojo del caballo no advierte las señales del camino.

¿Qué es el ojo del Rey sobre mi ojo?

Ver las cosas ya no desde el ego, desde la dimensión relativa de la necesidad, sino desde más allá del ego, desde la dimensión absoluta que en mi mismo reside. Rûmî expresa esta idea desde la dualidad de Dios criatura.

Que la Luz cabalgue sobre tus sentidos. Que los ojos del Rey cabalguen la luz de tus ojos.

La luz del sentido conduce a la tierra, la Luz del Rey elevan del mundo inferior.

La Luz del Rey es como el mar, la luz del sentido es sólo una gota de rocío. Que tus ojos estén llenos de mar. Si es así, lo notarás en los buenos efectos y palabras.

La luz del sentido es basta y pesada. Si no puedes ver con tus ojos la luz de tus propios ojos, ¿cómo vas a ver la Luz que es la luz del Rey? Si la luz del sentido que es tosca, no la ves, ¿cómo no se te esconderá la Luz sutil?

El mundo es como briznas de paja movidas por el viento invisible que las lleva de un lado a otro; las eleva o las baja, las mueve enteras o rotas, las puede convertir en rosas o en espinas.

¿Qué puede la paja? Lo que cuenta es el viento que la mueve.

La mano se oculta, mientras la pluma escribe; el caballo galopa y el jinete es invisible; la flecha vuela y no se ve el arco; el individuo se muestra y lo Real de lo real se oculta.

Respetar la flecha porque es la flecha del Rey, viene del Uno y va dirigida a la diana. "No tiraste tú, cuando tiraste"

¿Quién es el actor si no es Él? Cobra conciencia de quién dispara la flecha, no te confundas.

Se consciente de que si la flecha vuela así, disparada por el Rey, y no por ti, es que atravesó tu conciencia de individualidad.

Bésala y llévasela al rey, húmeda de tu sangre.

Lo que se ve y das por real, es incapaz y débil; lo que no se ve es indomable.

Nosotros somos la presa ¿quién es el cazador? Somos la pelota golpeada por el palo de polo, ¿quién la golpea?

Desgarra y cose ¿y el sastre? Quemar, ¿quién enciende el fuego?

Él convierte al santo en infiel; cualquiera puede caer en la trampa, si no se ha purgado por completo de sí mismo.

El camino está lleno de peligros y bandidos, sólo lo recorre salvo el que está bajo su protección.

Quien atribuye todos sus actos a Dios, se libera, porque ha reconocido al Único Actor. Ese es el lugar seguro y la victoria.

Madura y aléjate del cambio a peor. Si reconoces, no darás un paso atrás. El pan no se vuelve trigo, ni la uva madura se vuelve uva joven, ni ninguna fruta madura se vuelve fruta verde.

Escapa del yo y te convertirás en prueba de Dios. Cuando seas nada, serás el Rey.

En su mano el corazón es dúctil como la cera blanda. Él graba en ella lo que quiere. Lo que se imprime en la cera habla de Él. Lo que imprime su sello, habla de Él.

Su voz resuena en la montaña de nuestros corazones. En ocasiones la montaña está llena de esa voz y en otras ocasiones vacía. ¡Que su voz no falte en la montaña!

Hay montañas que doblan su voz, otras la centuplican.

Al oír esta voz, el monte hace brotar cientos de manantiales de agua pura. Si el agua brota de la montaña, es que se ha convertido primero en sangre, ha pasado por la muerte.

Mientras la montaña del corazón se crea alguien, no brotará agua clara. El agua clara ha pasado por la muerte.

Por el andar del sabio, el Sinaí se convirtió en rubíes de un extremo al otro.

Pero del cuerpo no mana un solo manantial, ni se convierte en un campo de fertilidad, ni resuena en él el grito de añoranza, ni brota la pureza del agua de la vida, a menos que, con pico y pala, con celo, excaves la montaña de tu corazón.

Entonces, quizás, la luna brille sobre todas sus partículas y la luz encontrará el camino interior.

La resurrección, el día de la discriminación, el día de la lucidez sobre sí mismo, excavará la montaña hasta allanarla.

Pero hay dos resurrecciones, la del último día, la del día en que ya no hay remedio, y la espiritual, la del día en que todavía hay remedio.

La última es herida mortal, la resurrección espiritual es unguento.

Experimenta el unguento si no quieres experimentar la herida mortal.
Resucita a tiempo si no quieres que tu muerte sea definitiva.

A todo hombre le llega el día de la discriminación. Hay una discriminación que arruina y hay otra que salva.

Mira con quien te asocias. ¡Feliz el feo de quien el hermoso es compañero!

Cuando el pan sin vida se asocia con la vida, se torna viviente y sustancia de vida. Cuando las astillas oscuras se asocian con el fuego, todo se vuelve luz.

La inmersión en "el que es" es como la inmersión en una cuba de tintes; en ella todas las cosas diferentes se vuelven del mismo color.

Quien se sabe nadie, cae en la cuba dice "yo soy la cuba".

El color negro del hierro desaparece, sabiéndose nadie y adquiere el color del fuego y, callado, proclama que es el fuego. Lo hace en silencio. No hay que proclamarlo a los cuatro vientos.

Quien dude de que es el fuego, que ponga su mano sobre él, que coloque su cara junto a la suya.

Quien dude de que fuera del fuego hay algo que no sea consumido por el fuego, que se aproxime al fuego.

El reconocimiento de "lo que es" abrasará la idea de ser alguien.

Quien recibe la luz de Dios, hasta los ángeles le adoran.

Quien reconociendo se vuelve nadie, hasta los ángeles le venerarán. También le adorarán aquellos que tienen ojos para ver; en él no verán más que al Único.

¿Qué es el fuego y qué es el hierro?

Tómate en serio el símil de la asimilación. Tómate en serio la imagen, medítala.

No hay dualidad alguna entre ti y el Mar. Pero guarda silencio de ello.

Ni uno ni ciento pueden soportar el Mar; ningún ego es capaz de soportar el peso del inmenso mar, pero ninguno, que sea juicioso, puede prescindir de sus aguas que ahogan.

Qué el reconocimiento del mar te ahogue.

Haz de tu alma y de tu mente un sacrificio al Mar; no te reserves nada. El Mar ha pagado el precio de ese sacrificio. Vale la pena.

Adéntrate en él mientras puedas andar; cuando ya no puedas, húndete en él. Trabaja con tu mente y tu sentir para meterte en el Mar y húndete en Él.

El que tiene su cuerpo profanado, que frecuente al aljibe. Quien todavía se cree alguien, que frecuente al aljibe.

Fuera de él, ¿cómo se limpiará el hombre? Incluso el impuro que se aleja del tanque de agua, se aleja de la pureza.

La pureza del depósito de las aguas es infinita; la de los cuerpos es liviana, aunque tiene un canal oculto hacia el Mar.

Nuestro fondo tiene un canal que se pierde en el Mar. Indaga ese canal.

Tu cuerpo es también un tanque, pero necesita los refuerzos del Mar, de lo contrario su pureza se gasta.

Reconoce el canal oculto en tu propio interior que conecta con el Mar, y las aguas del Mar te inundarán.

No te avergüence estar mancillado y profanado para acercarte al tanque de agua pura. ¿Cómo te limpiarás sin el agua?

La vergüenza te puede encerrar en ti mismo y bloquear tu vaciamiento y tu anegación en el agua.

El cuerpo es también un tanque de agua, pero sus escalones están fangosos y ensucian el corazón. Ten cuidado con sus escalones.

Si te pones a indagar en tu interior, encontrarás escalones fangosos. Hay corazones limpios que te pueden ayudar a limpiar los escalones de tu aljibe.

Lo que te pide tu cuerpo va en contra del aljibe de tu corazón. Arrástrate siempre hacia esa agua, no retrocedas.

A tu ego, acercarse al Rey le despierta sensación de peligro. Si quieres la vida no te abstengas de su proximidad.

Si pasas por ese riesgo, hasta el sacrificio, el Rey es más dulce que el azúcar.

Todas las imágenes que Rûmî ha propuesto son imágenes de aproximación, de aniquilación en “el que es”, de interés máximo y de amor.

Termina diciendo: no inculpes a los amantes, busca su seguridad, porque eres débil.

No te escandalices de los que se aniquilan en la proximidad, sino por el contrario busca la seguridad que hay, tú que eres débil, en la proximidad y la aniquilación.

Mi alma es un horno que le basta con el fuego; le basta con la luz y el fuego. Él es la luz y el fuego. Busca qué queda por quemar en el horno.

El horno es el Amor que es la Unidad; todo hay que quemarlo en el amor; toda individualidad debe arder en ese horno.

Cuando tu provisión sea estar desprovisto, habrás ganado la vida eterna y no habrá más muerte.

Cuando tu ocupación y tu riqueza sea estar desprovisto, habrás ganado la vida. ¿Qué quedará para morir?

Cuando el fuego del horno, que es el arder del corazón, (advertir que para Rûmî "el corazón" es el corazón y la mente) se convierta en tu júbilo, las rosas y los lirios crecerán en el jardín de tu alma.

El arder del corazón es la aniquilación. Cuando tu aniquilación se convierta en tu júbilo, en tu alma sólo habrá flores.

La desaparición, que otros temerían, será para ti tu salvaguarda. El río fortalece al pato y ahoga a las aves de corral.

Todo el trabajo está en la desaparición, encontrarse como el pato en el agua, donde otros ven su muerte.

Me he vuelto loco porque no me rijo por las normas de esta vida mundana. Lo que para otros es muerte, para mí es vida; y lo que para mí es vida, para otros es muerte.

Su luz, la "del que es", es multiforme y produce locuras distintas. La locura es el reconocimiento.

Su reconocimiento en todo, va aniquilando rincones míos que todavía sobreviven. Y se le reconoce en todas partes y de formas tan diferentes.

Cada rayo de su luz produce una locura diferente, un reconocimiento diferente, una aniquilación diferente, por ello mi demencia varía a cada momento.

Cada día estoy más loco, a los ojos de quienes no han entrado en la aniquilación.

Dice Rûmî: “La locura tiene distintas formas”. Esto es especialmente cierto cuando uno está unido por una cadena al Príncipe.

Estar unido por una cadena al Príncipe es haberle reconocido. Y la cadena del Príncipe rompe todas las ataduras, atadura por atadura.

La cadena que une al Príncipe es la unidad, y porque es la unidad, es la libertad.

Al que se liga a la unidad ¿qué le ligará? Será tan libre que hasta los locos le amonestarán.

La unión es la libertad total. Ni los locos soportan esa libertad.

La locura de los sabios.

Con Dhû'l Nûn el egipcio nació una nueva demencia, una nueva embriaguez. La gente no podía soportar su locura, su fuego abrasaba sus barbas.

Los vulgares lo atacaron y lo encarcelaron. Tales sabios ven peligrar sus vidas a manos de los mediocres.

Los sabios, con su aniquilación, amenazan seriamente la vida y los criterios de los mediocres.

Los sabios no llevan una señal visible de su sabiduría. Son hombres corrientes, incluso con rasgos corrientes físicos y psicológicos. Incluso pueden tener defectos, pero no faltas de amor y de interés.

Hay que tener algo de sabiduría para reconocer a los sabios.

Cuando el poder está en manos de los necios, incapaces de reconocer al sabio, sólo ven en él una amenaza, entonces Dhû'l Nûn irá inevitablemente a prisión.

El sabio está sólo y es como una perla única en manos de niños. Es una perla tratada por mediocres.

¿Cuál es la perla del sabio?

El Mar oculto en una gota; el Sol escondido en una mota. ¡Bellas imágenes de Rûmi!

Pero esa gota y esa mota poco a poco se van manifestando en el sabio, hasta que todo se ahoga, se abrasa y se pierde en Él.

Cuando la autoridad se halla en manos de los necios, Mansûr está en la horca y matan a los profetas. ¿Cuándo no está la autoridad en manos de los necios?

El peligro del falsificador es mayor para el oro puro.

Los "José" se ocultan por causa de la envidia de los feos; están en el pozo, por la envidia de sus hermanos. La envidia es un enorme lobo encubierto.

No fue el lobo externo el que atacó a José, fue la envidia que es peor que los lobos. Los envidiosos son más taimados que los lobos.

¿Qué tiene que ver la envidia con la cuestión de los sabios y los mediocres?

Los mediocres no reconocen, por ello no reconocen al sabio. Pero todo hombre reconoce aunque sea en una medida muy tenue.

Ese reconocer larvario, sin querer reconocer, es lo que genera la envidia en los mediocres.

Reconocen lo suficiente para que el sabio les muestre su necesidad; y no reconocen bastante para inclinarse ante el sabio y empezar a abandonar su necesidad.

En el día de la discriminación se mostrará que los envidiosos son lobos. El hedor oculto se manifestará en el día de la discriminación.

Hay hipocresía en los necios que atacan al sabio. Parecen defender una causa justa, pero en su fondo saben que no lo es.

El ser del hombre es como una jungla. ¡Guárdate de esa jungla! En nuestro ser hay lobos y cerdos, bueno y malo, hermoso y horrible. Vigila qué es lo que prepondera.

Cuando el oro prepondera sobre el cobre, la mezcla es oro.

En momentos prepondera en ti el lobo y en otros momentos tu belleza es como la del rostro de José.

Las cualidades buenas y las odiosas pasan de hombre a hombre de forma oculta. No olvides eso y mira con quién te juntas.

La sabiduría del sabio llega hasta a los animales.

A cada momento una especie salvaje surge en el pecho del hombre: a veces un diablo, mas en otras un ángel.

En esa selva, que es el pecho del hombre, hay un camino que atrapa la presa espiritual.

Tú que eres un depredador, menos que un perro, roba la perla espiritual del interior de los que conocen. Ya que tu naturaleza es depredar, atrapa la hermosa perla.

Ya que siempre buscas tu provecho, busca lo que realmente vale la pena. Róbala y la perla te purificará.

El sabio no te puede dar la perla, tú tendrás que robarla de su corazón. Espabilate para robar la perla del corazón del sabio, él no se opondrá, pero serás sólo tú quien tendrá que robarla.

El sabio no pierde la perla cuando se la roban.

Puesto que tu naturaleza es llevar una carga, que esa carga sea noble.

Los discípulos comprendieron que Dhū'l Nūn no estaba loco.

Los discípulos fueron a la cárcel a visitar a Dhū'l Nūn, suponiendo que sus actos, interpretados como locura, los hacía a propósito.

Su inteligencia, profunda como el mar, no le podía conducir a la necesidad. Se refugia de la maldad de los vulgares, pensaban.

Resulta loco a causa de la necesidad de los que se dicen cuerdos. Delante del torpe intelecto servidor del cuerpo, se hace demente.

Cuando perece este cuerpo burdo, cuando muere al alma carnal, cuando se muere a sí mismo, la esencia que conoce los secretos vive.

Entonces comprende qué es el paraíso y qué es el infierno y discierne los misterios. Para él quedan claras las trampas y las astucias.

Sacrificar el alma carnal es lo preciso para el camino. Mata cuanto antes a tu alma carnal, no vivas para ella, para que tu espíritu pueda vivir y ser lúcido.

Tu alma carnal son los deseos y los temores, los recuerdos y las expectativas. Cuando muere el alma carnal ocupa su lugar la vida de la lucidez.

Dhû'l Nûn en el manicomio y sus amigos.

Los amigos de Dhû'l Nûn van a visitarle en el manicomio en el que le habían recluso. Dhû'l Nûn los recibe haciéndose el loco, gritándoles.

Los amigos no comprenden nada. Le tienen como un gran sabio, lo que era, y no pueden entender que su potente inteligencia pueda estar ofuscada por la locura.

Se resisten a pensar que pueda estar loco. Se resisten a pensar que el que había sido su guía y su soporte pueda haber enfermado.

Dhû'l Nûn comprende que su visita es más de propio interés que de amistad verdadera y les pone a prueba.

Se pone a decir palabrotas, cosas incoherentes, a saltar y arrojar palos y piedras. Ante esta actitud suya, todos los visitantes salen huyendo.

Buscaban en el sabio su propio punto de apoyo, su soporte, una certeza externa, que los lleve a cuestas.

Se buscan a sí mismos, buscan su propio bien, aunque se trate de un bien sutil; no buscan la verdad a cualquier precio.

Por esa razón, cuando le creen loco, le abandonan.

Dhû'l Nûn les descubre la trampa de su pretendido interés por él y de su pretendida amistad: el amigo que no resiste la prueba del dolor, no es amigo. En el dolor es donde se muestra la amistad.

El verdadero buscador de la verdad pasa por encima de los inconvenientes que le crean la forma de ser o la enfermedad o la limitación del maestro.

Un verdadero amigo no se separa de su amigo porque le cause dolor.

Dice Rûmî que sufrir el dolor que viene del amigo es la nuez de la verdadera amistad, la amistad aparente es sólo la cáscara.

El verdadero amigo se alegra de poder servir a su amigo en la tribulación, la calamidad y el sufrimiento.

Los pretendidos amigos de Dhû'l Nûn, no buscaban la sabiduría, que es la propia aniquilación, la unidad y el servicio, sino su propio provecho, aunque ese provecho que buscaban fuera pretendidamente espiritual.

Hay que meditar esta cuestión con profundidad.

Luqmân el esclavo sagaz.

Luqmân era un esclavo puro y diligente en el servicio, día y noche. Su amo le prefería incluso a sus propios hijos, porque aunque había nacido esclavo, era dueño de sí mismo y libre de deseo sensual.

El sheikh le dijo al rey que tenía dos esclavos viles que gobernaban sobre él: la cólera y la lujuria.

Para el sheikh, rey era aquél al que no le preocupa el reinado, el que se basta a sí mismo, aquél que tiene una luz que brilla sin la luna ni el sol.

Sólo aquél cuya esencia es el tesoro, posee el tesoro. Si no fuéramos el tesoro en nuestra propia interioridad, no reconoceríamos ni podríamos poseer jamás el tesoro.

Hay que meditar este punto, porque genera gran confianza.

Sólo aquél que es enemigo de su propia existencia, posee la existencia.

Sólo aquél que es enemigo de reconocer su existencia autónoma, posee la verdadera existencia.

El que se decía amo de Luqmân, era en realidad su esclavo, porque a los ojos del esclavo una perla era menos que una paja.

La mayoría de las personas se dejan engañar por las apariencias: confunden el desierto con un lugar seguro para sí mismos, los vestidos pobres con los seres vulgares, los que se muestran como ascetas del verdadero ascetismo.

Se necesita luz sin desvío ninguno para conocer al hombre en su interior, sin guiarse por lo que parecen ser sus hechos y palabras, para penetrar en su corazón y conocer su verdadero estado, aunque no cuadre con la tradición.

Sólo los elegidos por el Conocedor de lo oculto, los que han reconocido, son capaces de conocer el estado real de los corazones.

Sólo los que reconocen "lo que es", conocen "lo que sólo parece ser", en su real situación.

Rûmî pone varias imágenes para aclarar su pensamiento: un halcón conoce el corazón de un gorrión; el que conoce los secretos de ÉL, ¿se le ocultarán los secretos de los seres creados?

Al que camina por las esferas de los cielos, no le costará caminar por la tierra.

Luqmân parecía un esclavo, pero era un amo. ¡No te guíes por las apariencias!

Si el que, en lo exterior era amo y en su interior esclavo, quería convertirse en verdaderamente amo, debía ponerse en el lugar del esclavo, vestir sus ropas y seguir al que aparentemente es esclavo, como hacen los criados, para escapar de las trampas de este mundo.

Debía morir a su condición de señor que es servido, para convertirse en esclavo que sólo sirve.

El esclavo debía tratar a su señor como esclavo para que el señor dejara de ser esclavo.

El sabio tiene que tratar con su discípulo como se trata a un esclavo. Debe convertirlo en puro servidor que no vive para su provecho.

Los esclavos de la sensualidad se creen dueños de sí mismos, pero son siervos del deseo.

El que quiere transformarse en hombre espiritual usa la práctica de humillarse. Humillarse y servir es el camino a la aniquilación. ¡Qué sencillo y qué eficaz, pero qué difícil de comprender!

Del que es un hombre sensual, no proviene nada si no es la esclavitud.

Nada somete como la necesidad, el deseo y las expectativas que el deseo genera.

Que cada uno analice su situación en este asunto; que cada uno descubra quiénes son sus señores, los que le someten.

El amo de Luqmân hubiera querido liberarle, pero Luqmân no lo quería, para que nadie conociera su secreto.

¿Por qué esa actitud?

Pasar desapercibido es la clave para que el ego no resucite de nuevo.

Además, ¿para qué manifestar el secreto al malvado? ¿Para qué mostrar el secreto interior al que sólo aprecia las apariencias?

Ocúltalo incluso a tu propio ojo. Pasa desapercibido incluso para ti. Quien pasa desapercibido para sí mismo es como si no existiera.

Esa tarea es más difícil que pasar desapercibido ante los otros.

¡Cuántos errores cometemos y cuántas desviaciones nos descarrían por salvar nuestro ego delante de nosotros mismos, para no tener que pasar desapercibido ante nosotros mismos!

Buscamos el reconocimiento de otros para no pasar desapercibidos delante de nosotros mismos. ¡Cuántos sufrimientos para lograrlo y mantenerlo!

Entrégate a la trampa del servicio de Dios, para escapar de ti mismo y así robar algo de ti mismo.

Servir a Dios es una trampa para el ego, porque Dios no necesita los servicios de nadie.

Esta trampa se asemeja a los heridos que les dan opio para poderles extraer la flecha del cuerpo. Sirviendo no sentirás tu propia aniquilación.

El que está en la hora de la muerte, se preocupa por el dolor, mientras que pierde su espíritu. No te preocupes por lo secundario, preocúpate por lo central.

Supuesto que pienses lo que pienses y reflexiones lo que reflexiones y adquieras lo que adquieras, el ladrón entrará por donde más seguro te sientas, ocúpate de lo que es mejor, para que el ladrón se lleve lo que es peor.

Concentra tu mente y tu corazón en lo que es central, aunque pierdas lo que es accesorio.

Adquiere lo que los ladrones no pueden robar, lo que ni siquiera la gran ladrona, la muerte, puede robar.

Todos los fardos de lo que has adquirido caerán al agua, agarra el fardo de lo más valioso, que el agua se lleve el resto, pero no lo más valioso.

La muerte se llevará todas tus cosas, atrapa tu perla y mantenla en tu puño cerrado para que no se la lleve el agua.

El amo pendía tanto de la sabiduría de su esclavo Luqmân, que el amo no comía nada que el esclavo primero no catara. El amo se alimentaba de sus sobras.

Lo que Luqmân no probaba, el amo no lo comía, y si lo hacía era sin apetito.

El que no tiene el discernimiento de la sabiduría, debe alimentarse de lo que el sabio haya comido primero. Debe alimentarse de sus sobras.

Si el sabio no lo come, más vale que ni te abra el apetito.

Al amo le trajeron un melón y quiso obsequiar a su esclavo. Cortó una tajada y se la dio. Luqmân la comió como si fuera azúcar.

Viendo el gusto con el que la comía, el amo fue dándole tajada tras tajada hasta llegar a diecisiete. Quedaba sólo una, quiso comérsela él para gustar la miel del melón.

En cuanto la comió, el amargor abrasó su lengua y su garganta. Entonces preguntó al esclavo por qué había considerado amabilidad lo que era una crueldad.

¿Por qué con una astucia o una excusa no había evitado comer ese veneno? ¿Es que eres enemigo de tu vida? Le dijo el amo.

Luqmân le respondió que quien había recibido tantos dones de su mano, ¿Cómo no comer algo amargo que venga de su mano?

Todo en mí es fruto de tu generosidad, ¿cómo no aceptar lo que tu mano venía, aunque amargo? El melón se convertía en dulce al venir de tu mano.

Ante los grandes dones de la existencia, ¿cómo no aceptar también lo que sabe a amargo? Esa fue la postura de Jesús.

Reflexiona Rûmî⁹ que el amor vuelve lo amargo en dulce; por amor, los pedazos de cobre se tornan en oro; los sedimentos se aclaran; el dolor cura; el rey se convierte en esclavo.

Pero ese amor es fruto del conocimiento, del reconocimiento "del que es" en todo, lo bueno y lo malo.

9 Rûmî: *Mathnawî*. Madrid, 2004, T. II, pg. 116.

Lo malo, por el reconocimiento, se vuelve bueno. La dualidad “bueno / malo” se disuelve.

El necio no se sienta en ese trono. Un conocimiento que no sea perfecto, no pare ese amor.

El que es deficiente en el conocimiento engendra un amor que carece de vida. Ese amor que carece de vida es el amor del ego.

El que tiene un conocimiento defectuoso es incapaz de discernir entre el rayo del Sol y el Sol. Hay que distinguir entre “lo que es” y “lo que parece ser”.

El Profeta ya dijo que el deficiente era maldito, y no se refería al que tiene una deficiencia corporal, porque ese era objeto de la misericordia divina. La deficiencia a la que se refería el Profeta era la del conocimiento.

¿Qué conocimiento? El conocimiento que es reconocimiento. Esa deficiencia merece el alejamiento de Dios; la deficiencia de conocimiento aleja de Dios.

La deficiencia de conocimiento puede corregirse, la deficiencia corporal está más allá de nuestras posibilidades. Y dice el Corán que el defecto corporal no es un crimen para el ciego.

El orgullo, propio del Faraón, de creerse alguien, ese aleja del Único. El conocimiento de saberse nadie, ese es el conocimiento perfecto.

Las manifestaciones del rayo de luz son fugaces. Sin claridad de mente no distinguirás lo transitorio de lo permanente, la manifestación del manifestado.

Los rayos fugaces deben convertirse en luz permanente.

Lo transitorio se ríe de quienes le entregan su corazón.

Mira al rayo como lo que quita la vista, porque te lleva al Sol. Mira al vislumbre como lo que quita la vida. Quien mira al Sol, no ve nada más. ¡Bella expresión!

Los rayos de luz, las manifestaciones “del que es”, son meros ayudantes para llevarte a Él.

Rûmî ilustra su idea con dos bellas imágenes: si cabalgas sobre la espuma del mar, no llegarás muy lejos; si intentas leer una carta a la luz de un relámpago, no llegarás al final.

No te apoyes en lo fugaz.

El intelecto, por su propia naturaleza, ve el final, ve al que se manifiesta en la manifestación; es el alma carnal la que, por codicia, (el deseo), no divisa el final.

El intelecto vencido por la carne, se transforma en carne. El intelecto vencido por los intereses del yo, se transforma en yo.

Contempla al Uno en la adversidad. ¡Eso es lo difícil! Observa el ir y venir de la fortuna y del infortunio, comprende hasta el final la fortuna y el infortunio y llegarás a lo favorable, como Luqmân.

La fortuna y el infortunio son con relación al ego. Sin ego ya no hay dualidad y, por consiguiente, ni fortuna ni infortunio, sólo unidad.

Vas de un estado de ánimo a otro. En ese ir y venir se manifiesta el contrario por su contrario. Se manifiesta la vida por la muerte y la muerte por la vida.

¿Qué aclara más lo que es la vida que la muerte? Y ¿qué aclara más lo que es la muerte que la vida lúcida?

Esas dos experiencias son como las alas por las que puedes volar más allá de una y otra. El miedo y la esperanza son como dos alas para arrancar el vuelo.

Guarda completo silencio hasta que puedas comprender el final, hasta que llegue la comprensión.

Hay que llegar a tener el espíritu de Abraham para ver en el fuego el paraíso.

Hay que subir paso a paso más allá de la luna y el sol, para no quedar atrapado por las cosas sensibles, como la aldaba está clavada en la puerta.

Hay que subir, como Abraham hasta más allá del séptimo cielo, más allá de toda manifestación para poder decir "no amo a los que se ponen".

Termina el párrafo diciendo: "este mundo es engañoso salvo para quien ha escapado de la codicia", es decir, para quien ha escapado de los dictados de la necesidad y el deseo.

Los esclavos envidiosos.

El maestro, el sheikh, el que ya no es, es como el jardinero del jardín divino, ¿cómo no distinguirá el árbol que da frutos dulces del que los da amargos?

¿Cómo no distinguirá el árbol estéril del que da frutos, aunque se asemejen al cuidarlos? Su ojo lleno de luz sabe qué frutos producirán al final esos árboles, aunque para ojos del ignorante sean iguales.

Sabe quien todavía cree ser alguien, del que ya no se cree nadie. Sabe quien va camino de la muerte a sí mismo y quien no quiere morir, se resiste a morir.

Quien se resiste a morir, lo proclama con todo su ser, aunque él no lo advierta.

El que ve por la luz de Dios conoce el final y el principio del camino.

El sabio, por amor de Dios ha cerrado el ojo que veía el establo y ha abierto el ojo que contempla el fin.

El establo es creerse alguien y el fin es saberse sólo “el que es”.

Los siervos envidiosos eran árboles amargos. Conspiraban en secreto para decapitar al esclavo favorito, y arrancarlo de este mundo.

El esclavo favorito es el que apunta con todo su ser a la muerte. Pero ¿cómo iban a conseguir darle muerte si Dios era su alma y su raíz?

El sabio, el rey, conoce esos pensamientos ocultos, pero guarda silencio.

Algunos maquinaban estratagemas para engañar al rey y engañarse a sí mismos teniéndose por suficientemente muertos, pero ¿cómo engañar al que ve con la luz de Dios?

Argumentan contra el rey para no morir. Tejieron una red para oscurecer la luz del rey. Habían aprendido del rey a tejer redes para ocultar la visión de este mundo, para ocultar las apariencias.

Emplean toda la sutileza que han aprendido del rey para librarse de tener que morir ellos y su mundo.

Desgraciado el pupilo que compite con el maestro, para el que lo oculto y lo manifiesto son semejantes y cuyos ojos ven por la luz “del que es”.

Con su corazón tejen un velo que para el maestro está lleno de agujeros, como una manta vieja.

Dice Rûmî con una imagen atrevida: el velo se ríe de quien lo tiende con sus cien bocas, porque cada boca es una grieta abierta para los ojos del maestro.

Los discípulos envidiosos son menos que un perro, porque los perros tienen lealtad y los discípulos que compiten con el maestro no tienen lealtad hacia él, ni hacia sus condiscípulos.

Supón que el maestro no es un maestro, sino un discípulo como otro, supón que su luz no es capaz de poner al rojo una bola de hierro y que su corazón es ciego, ¿no debieras ayudar a su corazón y a su mente?

Sin el maestro no fluye el agua para el discípulo. En el corazón del maestro se fabrica la fortuna del discípulo, ¿por qué atentas contra la fuente y contra la raíz de tu fortuna?

Alumbras la llama contra él en secreto, pero ignoras que hay una ventana entre corazón y corazón para el que ve.

Él ve tu pensamiento a través de la ventana. Tu corazón da testimonio de lo que meditas.

Puede que por amabilidad no te amoneste a la cara, porque no puedes soportarlo, y digas lo que digas sonría y no diga nada. No lo hace para adularte, sino por tu debilidad.

Así el golpe que le des, caerá sobre ti acrecentado. ¿Qué puede dañar al que ya no es? Lo que hagas en contra de él, te afianza en tu error.

Si su sonrisa fuera de aprobación, cien mil flores se abrirían para ti.

Cuando su corazón trabaja para ti confirmándote y su luz confirma tu luz, es como el sol de primavera que hace que todo florezca y el mundo se llene de un canto como de ruiseñores y tórtolas.

Sin su confirmación ¿cómo eliminarás la gran duda?

Cuando ves tus hojas amarillas y negras, reconoce la cólera del rey. El sol del rey oscurece los rostros como muestra de reproche. Reconoce el enfado del rey en tu rostro oscuro.

La cólera del rey es el daño que tú mismo te haces a ti mismo. Si te ves estéril, investiga tu alejamiento de la nada, tu aferramiento a ser alguien.

Cuando te alejas de Él, para volverte a ti, tu espíritu se oscurece.

Nuestros corazones son como hojas donde el Rey escribe. ¿Quién es el actor sino Él? Lo que Él escribe en nuestros corazones en blanco y negro es nuestro criterio.

De Él recibimos el discernimiento. Cuando escribe en rojo y verde, nos libra de la melancolía, cierra el invierno y abre la primavera.

Sus colores en nuestro corazón son como el arco iris. La alegría de vivir se da cuando ya nada queda sino Él.

La reverencia con el mensajero.

Una abubilla llevó a Bilqis una carta con el sello de Salomón. La carta contenía unas breves y elocuentes palabras.

Cuando Bilqis leyó el mensaje, no despreció al mensajero. Lo que a los ojos era sólo una abubilla, lo veía como el pájaro mítico Anqâ; lo que parecía una salpicadura de espuma, era agua del mar.

Todas las cosas son sus mensajeros y los maestros sus enviados.

La realidad está en guerra con los sentidos. Las cosas no son lo que parecen.

Así los que no tenían ojos para ver no reconocieron en Muhammad más que a un hombre, sin ver al que desentrañaba la realidad.

Enceguece tu ojo que no ve más que lo que perciben los sentidos. El ojo sensual es enemigo del intelecto y de la religión.

El ojo sensual es el que ve lo que le dictan los deseos y las expectativas.

Dios llama enemigo al ojo sensual porque es idólatra, ve doble donde sólo hay Uno. Ve la espuma y no ve el mar.

El dueño del presente y el futuro está ante él y no le ve.

Si una mota trajera un mensaje de aquel Sol, el sol se convertiría en esclavo de esa partícula.

Una gota de agua enviada por el Mar de la Unidad, cautivaría a los siete mares.

Un puñado de tierra que fuera su mensajero, los cielos inclinarían su cabeza ante esa tierra.

Cuando la tierra de Adán se convirtió en el mensajero de Dios, los ángeles se postraron ante su tierra.

Así ocurre con los maestros.

El ojo que ve, parte el cielo. La tierra basta se eleva sobre el agua sutil, si Él lo quiere.

Él puede rebajar al aire y al fuego y permitir que la espina sobrepase a la rosa.

Él puede hacer que el aire y el fuego sean oscuridad, tosquedad y pesadez.

Él puede hacer que el camino del cielo se atravesase a pie.

Él exalta a quien quiere. Él le dijo a una criatura terrestre como Adán, ¡abre tus alas!

Él da el don de la luz a quien quiere. La luz todo lo trastoca.

Pero Él no es un Dios ni un señor absoluto. Él es simplemente "el que es".

El absoluto es absoluto y no depende de las acciones de lo relativo, porque lo absoluto "es", y lo que es relativo "sólo parece ser".

"Lo que es" es el Único Actor, el resto sólo parece actuar.

Adán terrestre pasó por encima de Iblis de fuego. Hundió a Iblis bajo la séptima tierra.

Los criterios de lo que "sólo parece ser" no valen para lo que "es".

La acción del absoluto es incausada y, por ello recta. Cuando hay causa puede haber error; sin causa toda acción es sólo "el que es".

Entre Él y las criaturas no hay relación de causa a efecto. No hay dualidad.

Por ello, nada tiene causa y Él, que no tiene causa, tiene el poder de la predeterminación. Puesto que no hay dualidad, Él tiene el poder de la predeterminación.

Pero ¿quién hay frente a Él? Si no hay nadie frente a Él, ¿puede hablarse de predeterminación"? También la predeterminación sólo parece ser.

Rûmî abunda en esta idea: "el que es" puede convertir al mar en fuego, y al fuego en rosaleda, puede hacer a la montaña ligera como la lana, puede partir el cielo, unir al sol y la luna, transformar a los dos en dos nubes negras, o en dos bueyes negros sobre los que Dios pondría su yugo.

No hay dualidad entre Él y sus obras. En ese sentido todo le es posible.

Además su luz transforma la manera de ver y de vivir todas las cosas. No es, pues, que sea un señor arbitrario, es que su luz transmuta todas las cosas.

Con estas expresiones teístas, Rûmî está afirmando que Él es el ser de todo, que nada tiene ser autónomo frente a Él.

No hay distancia entre su acción y Él. Todo es con el ser “del que es”.

Todavía estamos usando expresiones teístas, en el fondo. Pero con ellas se está afirmando

-que todo existe con existencia absoluta;

-que nada ni nadie impone normas al ser de las cosas;

-que, porque todo existe con existencia absoluta, todo está predeterminado y, a la vez es libre, porque nada ni nadie le somete.

La incredulidad del filósofo.

Un maestro de recitación coránica leía un texto que decía:

Yo retengo el agua para que no alcance a la fuente, y la escondo en las profundidades y cegando así las fuentes causo la sequía, ¿quién devolverá el agua al manantial, excepto Yo que no tengo igual, el Lleno de Gracia, el Glorioso?¹⁰

Un filósofo y lógico oyó el versículo y pensó: sacaremos el agua con un azadón y una pala y con hachas afiladas.

Esta afirmación supone que hay relación de causa a efecto entre los intentos y la luz.

Aquella noche tuvo una aparición. Alguien le dio un golpe en la cara y le cegó y le dijo: Si tienes razón extrae la luz de tus ojos con un hacha. Cuando se levantó, descubrió que estaba ciego de los dos ojos

Si hubiera implorado el perdón, la luz hubiera vuelto a sus ojos, pero pedir perdón no estaba en nuestras manos.

Para pedir perdón hay que poder reconocer y saberse nadie. Sólo el que reconoce y se sabe nadie obtiene el perdón.

Quien se cree alguien permanece en su error; ese es su error y su pecado. Y nadie puede saberse nadie si no ha reconocido primero “al que es”.

10 Cfr. Rûmî: *Mathnawî T. II*, Madrid, 2003, Editorial Sufí, pg. 124.

La maldad de los actos del filósofo y su negación de la Verdad, radica en su incapacidad para reconocer.

Quien no reconoce "al que es" obtura el camino del remordimiento. Incluso el remordimiento puede afianzarle en la idea de ser alguien.

¿Qué es pedir perdón? ¿Qué es el remordimiento?

No es conciencia de ofensa a Dios, porque eso mantiene en la dualidad; es clara conciencia de error; es lucidez sobre el desvío, y una lucidez tal que corrija el camino.

Su corazón era como una roca que la contrición no podía hendir para sembrar. Quien se aferra a su ego es como roca dura en la que es imposible sembrar.

Se necesita alguien que con la oración pueda convertir una montaña en terreno de siembra. Por la oración del profeta un terreno rocoso se transformó en excelente trigal.

Su presencia y su testimonio, su deseo y amor desinteresado convierten un pedregal en tierra de cultivo.

El Profeta realiza esta hazaña porque muestra "al que es" y muestra "lo que no es".

La ceguera, la cerrazón a la verdad del Único, convierte el oro en cobre y la paz en guerra; transforma una tierra de labranza en piedras y guijarros. Convierte lo sutil en grosero.

Quien toma las palabras como canon de verdad, se cierra a la verdad, porque la verdad no cabe en las palabras, porque objetiviza, porque dualiza.

Quien toma su criterio o su sentir como canon de verdad no alcanzará a ver "aquello" a lo que apuntan las palabras.

Quien no atina a ver "aquello" a lo que apuntan las palabras ¿cómo va a poder arrepentirse y orar?

El mundo que construyen las palabras es como una bola de acero en la que Él es el centro.

No a todos se les concede la oración, que es la apertura de corazón. Esa es la esencia de la oración.

La misericordia no es el sueldo de todo asalariado. La misericordia no se merece.

La misericordia brota, emerge de la conciencia de unidad. El ego, el dualizador, no puede merecer la conciencia de unidad.

No cometas crímenes, pensando: me arrepentiré y me refugiaré en Dios. Para el perdón debe haber un profundo arrepentimiento interior y lágrimas.

Son necesarios el fuego y el agua, las nubes y los relámpagos para que haya fruta. Sin el fuego del corazón y el agua de las lágrimas no se apagará la cólera divina.

¿Qué es el arrepentimiento en un teísmo puramente simbólico? ¿Y qué es la cólera divina?

El arrepentimiento es la conciencia del error y el dolor por la ocasión perdida. La cólera divina es el daño que uno mismo se auto-inflige.

El arrepentimiento es la luz de la mente; el fuego del corazón quebranta los muros con los que nosotros mismos nos cercamos. Sólo la luz y el fuego derriten los muros.

Arrepentirse es sólo reconocer el propio error y lamentarse profundamente de las consecuencias que ese error ha desencadenado.

Sin la luz de la comprensión y la conciencia dolorida de las consecuencias no hay salida del error.

¿Quién pone el muro? Mi falso sentimiento de ego.

¿De dónde procede la luz, el fuego y el agua? No del mismo que levanta el muro.

Mi supuesto ego no puede levantar el muro y derruirlo. Sólo la luz de “lo que es”, que en mí puede aflorar, puede derruir el muro que “el que creo ser” levanta.

Pero “el que creo ser” no puede extraer el agua “del que es” con un azadón, porque “el que creo ser” no tiene, en realidad, ni manos ni azadón.

Mientras me mantenga en mi supuesta entidad, no tengo salida.

Encerrado en mí mismo, ¿cómo crecerá el gozo de la unidad? ¿Cómo llegará a nosotros el agua clara?

¿Cómo contarán los rosales su secreto? ¿Cómo hablarán la violeta y el jazmín? ¿Cómo abrirán los plátanos sus hojas en oración? ¿Cómo sacará la rosa el oro de su bolsa?

¿Cómo comprenderemos el mensaje de la primavera, del ruiseñor, de la paloma y sus cantos?

¿Cómo comprenderemos la riqueza y variedad de los signos que hablan de Él?

¿Cómo nos mostrará la tierra sus secretos más hondos y se volverá un jardín radiante como el cielo?

Encerrado en mí mismo, ni la Verdad, ni la Belleza son accesibles.

Sólo desde la no existencia y la luz de la unidad todas las cosas hablan su propio lenguaje.

Si me encierro en mi ego, sólo hay cosas mudas, nada habla. Tengo que salir de esa prisión para que todo empiece a hablar, cantar y lucir la hermosura de sus atuendos.

Todos los atavíos de los habitantes del jardín proceden del Uno, el Generoso, el Misericordioso.

Esas gracias y bellezas son la señal de un testigo, de un hombre que ha visto. Sólo el que ve puede hablar de ese jardín.

Y sólo quien ha visto al rey se alegra con la señal; el que no le ha visto, no reconoce nada.

Sólo el que ha visto el "Yo soy" puede oler y conocer el aroma del vino, porque lo ha bebido. Si no lo ha probado no puede olerlo ni comprender el testimonio de quienes lo han olido y bebido.

La sabiduría guía ante el Rey a quienes la reconocen. La sabiduría se presenta con mil señales que tú reconocerás, pero cállatelas, porque para otros no serán señal.

¿Cómo podrían ser señales para los que no reconocen, si no son ni objetos, ni sujetos, ni individualidades?

La sabiduría te mostrará que tus actitudes también son señales de que obtendrás de Dios el reino y el poder que buscas:

-tus largas noches en vela, las suplicas con ardor al amanecer;

-cuando en ausencia de ese anhelo y esa proximidad tu día se oscurece;

- te vuelves flaco;
- cuando has entregado en limosna cuanto posees;
- cuando lo apuestas todo;
- cuando das tus pertenencias y tus expectativas y sacrificas tu vida;
- cuando, porque ha sido necesario, has acudido a la espada, es decir, cuando peleas por la justicia.

Estos actos de desamparo, porque son actos en los que te apartas de todo lo que proporciona amparo, y cien mil actos más son habituales para los amantes de Dios.

El diligente, tras estas señales se lanza al nuevo día buscando las muestras. Tiembla pensando: que no se me escape este día.

Busca por las calles, el mercado, las casas, como el que ha perdido un ternero.

A quien pregunta ¿son buenas noticias? ¿Por qué corres de un lado a otro? Él responde: son buenas noticias, pero nadie puede conocerlas salvo yo; si lo cuento perderé mi señal, y si la pierdo llegará la hora de la muerte.

Las señales son la advertencia de lo sutil de lo sutil; si le doy forma para comunicarlo corro riesgo de que lo sutil se evapore.

Si se me escapa la captación de esa sutilidad, me quedo entre los mortales y peor que antes de recibir la señal, porque entonces todo habrá perdido consistencia y brillo para mí.

Las llamadas de la sutilidad nadie las reconoce si no es quien las recibe. Si no sigue esas llamadas de la sutilidad, es la muerte, no volverá al estadio en que no había recibido la llamada. Ya nada podrá volver a ser igual.

Vigila que cada jinete que pasa pudiera ser el amigo.

Cuando has indagado y tu búsqueda ha sido de todo corazón, tal empeño no falla; así lo dice la tradición profética.

Aparece de pronto el bendito jinete y te abraza fuertemente. Pierdes el sentido de la individualidad y caes, a los ojos de los que no comprenden, en la jactancia de la unidad.

La señal de unidad concierne sólo al que ha visto; ¿cómo va a mostrarse a otros? ¿Cómo se va a mostrar la unidad a quien ve doble?

¿Quién ve doble? El que ve objetos y sujetos.

Cada indicio de Él entra en el espíritu del que ha visto. El agua ha llegado al desvalido pez. Había vivido como un pez fuera del agua. Ahora le llega el agua.

La naturaleza del pez es estar en el agua. Nuestra naturaleza es estar en Él.

Las señales de los profetas son sólo para el que es conocedor y amante de Dios.

Las señales, los apuntamientos sólo llegan a los buscadores, a los que persiguen la Verdad por encima de cualquier otra cosa.

Este discurso es imperfecto, es como las palabras humanas y las palabras humanas no pueden hacer un perfecto discurso del Único;

-y es un discurso inquieto porque la sutilidad del innombrable es inasible y para un pobre viviente eso provoca inquietud.

No hay comprensión desde el yo, porque es un discurso fuera del yo.

Quien ha sido transportado por la comprensión y el amor de eso sutil, no puede contar las hojas del jardín, ni puede hablar de los lamentos de la perdiz y el cuervo, no puede entretenerse en esas cosas.

El sabio las enumera para guiar a quien está a prueba. Habla de lo que es auspicioso y de lo que es perjudicial, para que comprendan, no puede hablar de lo que es innombrable.

El sabio habla de las señales positivas y de lo que pueda ser negativo, y lo hace para guiar.

Hay factores determinados, que no dependen de las personas, que son positivos y hay factores determinados que son negativos. Hay que hablar de ellos para orientar. Pero a quienes están sometidos a factores negativos poderosos, más vale no hablarles, porque esa charla quemaría a los desdichados.

Las condiciones de la existencia están ahí, como si fueran un decreto divino.

El Rey ha dado venia para que se le conmemore, es decir, para que se le mente, para que nos refiramos a Él con nuestras palabras humanas.

Él nos vio en el fuego de la necesidad, del deseo y de la ignorancia y a través de Maestros y profetas y nos dio luz en las palabras de esos hombres.

Pero advierte que nuestras palabras, las ideas y diseños que con ellas nos hacemos de ÉL, no son adecuadas.

Advierte que no nos intoxicamos con las palabras con las que hablamos de ÉL. Si nos intoxicamos, es decir, si las tomamos demasiado en serio, no podremos entender su esencia. Sólo podremos acercarnos a ella a través de las similitudes.

Las oraciones y alabanzas, los rituales, son una fantasía imperfecta. Dice el texto que los atributos reales están muy lejos de esas formas.

Lllamarle Rey es un símil imperfecto. Todos los símbolos que utilicemos para hablar de ÉL no son más que símiles, metáforas que sirven para apuntarle, pero que una vez apuntado deben hundirse en el silencio.

Por otra parte, aplicarle afirmaciones negativas de “no es esto, no es esto”, como decir que el Rey no es un tejedor, no es decir nada sino corregir nuestra tendencia a emborracharnos con las palabras y las formas.

Esa forma de hablar de ÉL por negaciones, es la confesión de la incapacidad de nuestra lengua.

Moisés reprende la oración de un pastor.

Continuamos con el tema de que ninguna de nuestras palabras o representaciones es apropiada para Dios.

Un pobre pastor se hace una imagen del Único extremadamente antropomorfa. Le pide a Dios ser su servidor, coser sus zapatos, peinar su cabello, lavar su ropa, despiojarle, llevarle leche, besar su mano, acariciar su pie, barrer su habitación.

Moisés se escandaliza de estas palabras. Amonesta al pastor por hacer de Dios un ídolo a quien servir. Le argumenta que ofende a Dios y a la religión.

Dios no necesita de tales servicios. Le dice, ¿a quién te diriges, a tus tíos paternos o maternos?

ÉL no tiene pies, ni utiliza zapatos, ni necesita servicios, ni leche.

Sin embargo dijo del Profeta: “Él es Yo y Yo soy él” y también “En verdad estuve enfermo y no Me visitaste”.

Pero ni siquiera de quienes por Él ven y por Él oyen se puede hablar como lo hacía el pastor, porque quedan invadidos por la inefabilidad divina.

A esos no se les pueden aplicar ni la categoría de cuerpo y, por tanto, tampoco la de nacimiento, ni la de muerte.

Ningún término que podamos enunciar se les aplica.

El pastor se apartó de Moisés compungido.

Dios amonestó a Moisés, por causa del pastor.

Dios reprende a Moisés porque ha separado al pastor de Él. Dice Dios que Moisés no separe, no divorcie entre las que son expresiones correctas y las que son incorrectas.

El absoluto es libre con relación a nuestras palabras y nuestras palabras son libres con relación a Él, aunque no todas son adecuadas.

Las palabras que separan y condenan, esas no son, ciertamente, adecuadas. ¡Ojalá hubieran tenido eso en cuenta las ortodoxias!

En nuestro camino interior tenemos que tener muy presente este principio: el absoluto es libre con relación a nuestras palabras y nuestras palabras y concepciones son libres con relación al absoluto.

Para que sean adecuadas sólo hay que tener la lucidez de no tomarlas demasiado en serio.

Hablando de Él, sólo manejamos símbolos y los símbolos no le describen, pero le apuntan. Esos símbolos deben ser adecuados, no cualquier símbolo vale.

Por regla general, los símbolos milenarios valen, y nuestro corazón y nuestra mente pueden usarlos.

Por ejemplo, el símbolo "Dios" o el símbolo "Padre", por hacer referencia a dos términos muy próximos. Pero en un contexto cultural como el nuestro, el uso de esos símbolos ha de ser explícitamente simbólico, si no queremos producir esquizofrenia en nuestro pensar y nuestro sentir.

Si usamos esos símbolos, en nuestro ámbito personal, sin separar ni reprochar, será un buen uso.

Cada uno ha recibido de Dios una manera especial de actuar y expresarse. La actitud del pastor es encomiable, la de Moisés, que separa, es digna de reproche.

“El que es” es independiente de la pureza o la impureza. La adoración de Dios no le beneficia a Él, nos beneficia a nosotros, nos lo hace amable.

Tanto vale el lenguaje de los hindúes o el de los sin Dios, uno y otro son tan válidos como cualquier otro.

Él, Eso, no está ligado al teísmo o no teísmo. Él no está ligado a formas, las formas no le santifican; son quienes le invocan los que se santifican.

Él no atiende a las expresiones ni a la lengua, contempla sólo el interior. Mira al corazón humilde. El corazón es la sustancia y las palabras el accidente.

Él quiere el ardor, el fuego de amor que se enciende en el alma y quema totalmente los pensamientos y expresiones.

El fuego del amor es luz de la mente, como la luz de la mente es fuego para el corazón.

Los que conocen las convenciones (las ortodoxias) son de una clase, aquellos cuyas almas y espíritus arden son de otra.¹¹

Si el amante habla defectuosamente, no lo taches de defectuoso. ¿Qué importa si el buceador no tiene calzado para la nieve?

Para los amantes, la única religión y credo es Dios, “el que es”, “eso innombrable”.

No importa que el rubí lleve un sello de autenticidad grabado. ¿Qué garantiza a la Verdad sino la Verdad? ¿Hay algo anterior a la Verdad que pueda garantizarla?

Dice Rûmî que la religión del Amor, un amor que es Lucidez, está separada de todas las religiones.

Es más, las religiones si no son Amor y Lucidez no son ni religiones, sólo se tienen por tales, sólo parecen serlo.

11 Cfr, Rûmî, *Mathnawî*, T. II. Madrid, 2003, Editorial Sufí, pg.133.

Revelación divina a Moisés excusando al pastor.

La revelación de Dios a Moisés, que es la patencia para Moisés de la dimensión absoluta, no puede mencionarse, porque sobrepasa las posibilidades de las palabras. Pero la visión y el habla se mezclan. ¿Cómo si no se podría comunicar?

Salir de sí, salir del yo y de la dualidad, es ir más allá del alcance de las palabras, más allá de la interpretación de sí mismo y de lo otro. Esa es la docta ignorancia.

Recobrar el sentido es volver a la interpretación dual de la realidad.

¿Cómo hablar del salir de sí, que es salir del poder de las palabras? Lo que sobrepasa las palabras, sobrepasa el entendimiento.

Quien habla del más allá de las palabras arranca las mentes de su punto de anclaje, y para hacerlo tendrá que usar mucha tinta, muchas palabras.

Cuando Moisés escuchó los reproches de Dios, salió corriendo en busca del pastor, que se arrastraba de un lado para otro por el desierto, desorientado.

Cuando le alcanzó, Moisés le comunicó la buena nueva: hay permiso. No busques reglas o métodos para hablar de esa dimensión absoluta que llamamos Dios. Di lo que tu corazón te dicte.

¡Qué bello, qué magnanimidad de espíritu, qué lucidez!

Lo que yo llamé blasfemia, dice Moisés, es la religión verdadera; tu religión es la luz del espíritu.

Tu sinceridad te ha salvado y nos ha liberado a todos de la esclavitud a las palabras. Suelta tu lengua para hablar de Él, de Eso, si lo haces con sincero corazón.

El pastor respondió: estoy más allá de la libertad o la sumisión a las palabras porque estoy empapado de la sangre de mi corazón. He muerto y los muertos ya no tienen nada que ver con las palabras.

Quien se somete a las palabras, no ha muerto; el que es libre con respecto a las palabras, tampoco ha muerto del todo.

El que verdaderamente ha muerto, ha ido más allá del último confin, ha ido más allá de todo límite, porque ha ido más allá de toda objetivación, más allá del reino de las palabras.

Tus palabras de reproche fueron como el restallido de un látigo que desbocó a mi caballo. Tu reproche aniquiló lo último de mí.

Desde entonces la naturaleza divina intima con mi naturaleza humana. Eso ya no se puede decir con palabras.

¿Qué palabras expresarán la unidad, la ausencia completa de toda posible objetivación, de toda frontera?

¿Qué dualidad hay entre la imagen y el espejo?

El aliento que el flautista insufla en la flauta, no es de la flauta. Las palabras que utilices para hablar de la dimensión absoluta, no dual, son ineptas, tanto las indecorosas del pastor, como las más refinadas del más cultivado.

Siempre tendrás que decir, cuando se levante la tapa que cubre el misterio: ¡No es lo que yo pensaba!

Todas nuestras palabras están sucias para hablar de Él, porque todas están manchadas por su estructura internamente dual.

Las palabras están sucias, pero es una suciedad que se lava con agua. Lo que cuenta es el corazón del que salen, si ese corazón está lavado de toda doblez por el agua que viene de la fuente absoluta.

Todo lo que sale de mí, mientras me vivo como entidad separada de Él, es indigno del Único.

Todo lo que vemos en la tierra está lleno de la dimensión absoluta y es señal de la piedad de “eso que es”, porque, aunque todo se nos presenta como objetos, sujetos e individualidades, como manchado por la dualidad, produce capullos y flores para quien sabe ver.

Quien no ve puede pensar que ha ido hacia atrás en su intento de hacer el camino y, por ello, separarse de la tierra.

Piensa que más le valiera ser terrón de tierra, que puede hacer germinar algún grano, que no dar ningún fruto.

Volver la vista hacia atrás es fruto de la codicia y el deseo de ser alguien; mirar hacia delante es sinceridad y súplica porque es salir de sí y arriesgarse.

La planta que mira hacia arriba crece y aumenta en vida; la planta que mira hacia la tierra, se marchita y se seca.

Dirige tu espíritu hacia arriba, más allá de ti, volverás a tu fuente; si vuelves tu rostro hacia abajo, estarás entre los que se hundan. Ese no es camino de vida.

Arriba hace referencia a fuera de sí mismo, abajo hace referencia a sí mismo.

Moisés le pide a Dios que le explique el secreto de la predominancia de los injustos.

Moisés se pregunta cómo el Generoso Dispensador, aquel a quien conmemorarle un momento vale una larga vida, pudo tener el propósito de fabricar una efigie, el hombre, e incluir en ella la semilla de la corrupción.

El corazón de Moisés tiene la misma dificultad que tuvieron los ángeles respecto a la decisión divina de crear al hombre, imagen de Dios torcida y amasada con agua y arcilla.

¿Por qué existen los humanos y las maldades que llevan en su seno y que originan en la tierra?

Crear al hombre fue encender el fuego de la iniquidad y la corrupción; incendiar la mezquita; poner a hervir la fuente de las lágrimas, el dolor humano, para recibir humildes ruegos. ¿Es eso lo que quiso Dios?

Moisés quisiera saber, mediante la visión, la certeza de su mente de que todo eso ha sido dispuesto con sabiduría.

La certeza de la sabiduría divina le dice que calle, pero el anhelo de la comprensión y de la visión le dice que clame.

Dios ha expuesto a los ángeles que la miel de la creación de los hombres merece la picadura de su corrupción; les ha expuesto la luz de Adán, de forma que todas las dificultades quedaran explicadas.

Como la resurrección explica el secreto de la muerte, y las hojas explican el secreto de los frutos, así la luz de Adán explica la tierra y el agua de su pobre naturaleza.

Aquí podría aplicarse el principio budista de que las formas son el vacío y el vacío es las formas. También podría utilizarse el mito de la encarnación en sentido amplio.

La inferioridad antecede a toda superioridad, el secreto de la sangre y la semilla es la excelencia del hombre; su débil naturaleza es la fuente de su grandeza.

El niño ignorante primero lava la tablilla y luego escribe en ella. Dios convierte el corazón en sangre y pobres lágrimas para después escribir sobre él sus secretos.

Para poner los cimientos de una casa hay que excavar primero los antiguos cimientos. Hay que extraer primero la arcilla para que brote la fuente de aguas.

La nada de sí va primero, luego viene la luz.

Los niños lloran cuando les hacen una sangría, porque todavía no comprenden, pero el adulto le da oro al sangrador.

El porteador pelea con otros para hacerse con la carga pesada. Las cosas amargas y las cargas son los fundamentos de la comodidad y del disfrute.

El paraíso está rodeado de cosas que nos desagradan, como el infierno lo está de nuestras lujurias.

La renuncia introduce en el paraíso. Los palacios son la recompensa del campo de batalla y de las duras pruebas.

El oro y la plata están en manos de quienes han sido pacientes ganándose lo.

Cuando el ojo se vuelve penetrante, ve sin causas, porque ve al Único. ¿Qué causa puede ver donde sólo está el Único? No quedes prisionero de la percepción sensorial.

Quien se sitúa más allá de los sujetos y objetos, rompe la cadena de las causas. El milagro de la existencia de los profetas no tiene causa.

Tienes que trenzar una nueva mecha para tu lámpara nocturna, pero el sol está más allá de eso.

Enyesas el techo de tu casa, pero el cielo no necesita ser enyesado.

Sólo de noche se desvela la luna. No busques el deseo de tu corazón más que a través del dolor de corazón.

Jesús es como la luz; el asno es nuestra naturaleza carnal. No abandones a Jesús por un burro. El conocimiento y la gnosis son el lote de Jesús, no del asno.

No escuches el rebuzno del asno porque te llama a la condición de burro. No dejes que la naturaleza carnal sea dueña de tu intelecto.

Deja que la naturaleza carnal lllore amargamente; con esa moneda adquirirás luz.

Durante años has sido esclavo del burro; siendo su esclavo has ido detrás de él, has sido más asno que el asno.

Remarcando la misma idea pone el ejemplo de la relación del hombre y la mujer en un contexto plenamente patriarcal. Aduce las palabras del Profeta: "ponedlas detrás"; y dice Rûmî que la mujer representa el alma carnal que debe ir detrás del intelecto.

El intelecto que se deja dominar por el alma carnal adopta el mismo carácter que el burro que sólo piensa en el forraje.

El alma carnal es el dominio de los instintos y de la egocentración.

Todavía trabaja con otra imagen, la que ya usó antes: la de Jesús y su asno. El asno de Jesús adoptó el carácter del espíritu y puso su morada con los inteligentes.

Si el jinete es fuerte, el asno es débil. Si la comprensión es fuerte, el alma carnal es débil.

Si la comprensión es débil el borrico se transforma en un dragón. La comprensión disuelve la realidad de la egocentración y debilita al borrico.

Aunque de Jesús venga la alteración y enfermedad de tu mundo de amores, no abandones, que de Él provendrá la salud.

Él te mostrará que tu mundo de amores era sólo egocentración, no amor.

También Jesús tuvo que someterse a la ley de que no hay tesoro sin una serpiente.

La actitud de los judíos y de los romanos fue su serpiente; como lo fue para José la envidia de sus hermanos.

La sucesión de noche y día renueva la vida. Jesús pasó por la noche y el día para renovar la vida de los ignorantes.

Enfurecerse con la maldad y la estupidez es perder la excelencia. Quien lo hace no sacará nada más que dolor de cabeza.

Hay que actuar como el sol hace con las hipocresías, sus mañas, robos y disimulos; los ve, pero no alteran su luz.

Dice que Jesús es la miel, mientras que nosotros somos como vinagre con relación a los asuntos del mundo y de la religión.

Jesús lo cubre todo de comprensión, misericordia y bondad; nosotros, en relación a los asuntos del mundo y de la religión nos irritamos y así añadimos vinagre al vinagre.

Ya padecemos cólicos, pero añadimos más y más vinagre.

¿Qué se consigue con la arena en el ojo? Sólo la ceguera. El mal que te irrita es arena en tu ojo.

Hemos de proceder como Jesús: cada pequeñez, cada “nada” recibió algo de Él. No esperó nada de nadie, sino que ardió en el fuego de los pecadores; a pesar de ello sólo pidió a Dios “guía para su pueblo”.

Rûmî compara a Jesús con una mina de aloe; si le prenden fuego, llena el mundo con perfume. Jesús es una mina de aloe que no disminuye con las llamas.

Su alma no está cautiva del sufrimiento. Él se abrasa, pero no se quema.

De Él obtienen los cielos su pureza. El maestro limpia los ojos y los ojos limpios limpian el cielo.¹²

La crueldad que proviene del sabio es mejor que la amabilidad del ignorante. El Profeta dijo: “La enemistad que procede de la sabiduría es mejor que el amor que proviene de un necio”.

Pero la enemistad de la sabiduría no es enemistad sino advertencia, corrección.

12 *Mathnawî. T.II.* Madrid, 2003. Editorial Sufi, pg. 141

Un emir hostigó a un durmiente al que le había entrado una serpiente en la boca.

Un sabio cabalgaba y vio que una serpiente entraba en la boca de un durmiente. No pudo evitarlo. A partir de ahí actuó inteligentemente: golpeó fuertemente al durmiente con una maza y lo empujó hasta un manzano al pie del cual había muchas manzanas podridas. Le forzó a comerlas hasta que las manzanas le salían por las narices.

El hombre no entendía nada y se quejaba amargamente al emir: ¿qué te he hecho para que me trates así? Deja de atormentarme y mátame ya.

Maldecía la hora en que le encontró el emir. Clamaba contra la opresión que estaba sufriendo, que ni los herejes la permitirían.

El jinete continuó golpeándole para forzarle a correr por la llanura. El desgraciado corría y maldecía. Así, cayéndose y levantándose, tuvo que correr hasta que vomitó de fatiga.

Todo lo que había comido salió de él, y con el alimento vomitó a la serpiente.

Cuando el hombre vio la serpiente cayó a los pies del emir por haberle forzado a vomitar aquel reptil negro y horrible.

Cuando vio lo que había vomitado, sus penas desaparecieron y se deshizo en alabanzas del emir: el emir era como el Gabriel de la misericordia; se había portado con él como lo haría una madre.

El se había comportado como un borrico que huye de su amo por su condición de asno, incapaz de comprender que el amo no le persigue por provecho propio, sino para que no le devore el lobo.

Sus quejas nacían de su estupidez. No hubiera dicho tantas sandeces si hubiera entendido de qué iba el asunto.

Se lamentaba de que el jinete no le hubiera dado una pista para salir de su ignorancia.

El emir le hizo entender que si le hubiera hablado de la serpiente, el terror se habría apoderado de su alma.

Ya dijo el Profeta que si conociéramos al enemigo que llevamos dentro, nos estallarían las entrañas y nos quedaríamos paralizados. No nos quedarían fuerzas para caminar, ayunar y orar.

Seríamos como un ratón delante de un gato, o como una oveja delante de un lobo. El pánico nos arrebataría la posibilidad de actuar.

Así es nuestro enemigo, el yo que se cree alguien.

El que actúa con benevolencia no siempre puede advertir de lo que ve en los otros.

Por estas razones el emir actúa, no habla, cuida sin hablar.

“*La mano de Dios está sobre sus manos*”, el Uno ha declarado que nuestra mano es la Suya.¹³

¿Es posible explicar la omnipotencia de las actuaciones divinas a los débiles de comprensión? Comprenderán cuando levanten la cabeza de su ignorancia.

Si hubieras sabido lo de la serpiente, no hubieras podido ni comer ni vomitar. Cuando escuchaba tus insultos sabía que no podía ni hablar ni abandonarte.

Decía constantemente en mi corazón: “Guía a mi pueblo; en verdad no saben”.

El hombre que había sido salvado se postró delante del emir y le bendijo.

Así es la enemistad de los sabios: su veneno es alegría para el alma. La amistad del necio es dolor y perdición. Así termina Rûmî su historia.¹⁴

Confianza en la buena fe del oso.

Un dragón tragaba a un oso; un hombre valeroso lo rescató.

Los hombres valerosos acuden en ayuda del grito de los oprimidos.

Son como la misericordia de Dios;

-son como contrafuertes de las grietas del mundo;

-son médicos de ocultas enfermedades;

-son como Dios, amor, justicia y misericordia;

-son insobornables.

Ayudan porque hay dolor y desvalimiento. No hay ninguna segunda intención en ellos.

13 *Mathnawî. T. II.* Madrid, 2003, Editorial Sufi, pg. 144

14 *Mathnawî. T. II.* Madrid, 2003, Editorial Sufi, pg. 145.

Son como medicina que no busca más que el dolor que se debe curar.
Donde haya padecimiento, allá van.

Son como el agua que corre a las tierras bajas.

Si quieres la compasión y comprensión, rebájate y beberás el vino de la compasión y de la comprensión. Las mercedes vienen una tras otra.

A las tierras bajas llegan siempre nuevas corrientes de agua. No te reduzcas a una sola misericordia.

Que lo sutil sea tu punto de apoyo. ¡Pon el cielo bajo tus pies! ¡Escucha la música que proviene del firmamento!

Saca de tu oreja el algodón de las malas sugerencias para que te lleguen los gritos del cielo. Los cielos gritan para quien no tiene los oídos tapados.

Purga tus dos ojos para que puedas contemplar el jardín del mundo invisible.

Limpia tu cerebro y nariz para que pueda llegarte el perfume de Dios.

Purifica tu gusto para que puedas saborear el azúcar.

Arranca de ti las exigencias del cuerpo para que puedas correr en su búsqueda.

Aparta la avaricia de tu corazón y podrás coger la fortuna que viene del cielo.

Si eres incapaz de hacer esas cosas, ampárate en el Ayudador. Si te lamentas de tu incapacidad, la misericordia, como una enfermera poderosa, acudirá en tu auxilio.

Como la nodriza y la madre buscan un pretexto para consolar al niño, así procede la misericordia de Dios.

Él creó al niño para que cuando gimiera le llegara la leche. Llama a Dios para que acuda con su amabilidad.

La unidad espera ser reconocida para que todo sea uno y nada se quede en la impotencia de sólo parecer ser.

Todo está ahí para nuestra ayuda, ¡ten paciencia!

¿No has oído que en el cielo está tu pan de cada día? Sube allá y no te quedes acá, donde no hay pan.

El pan que alimenta está en el cielo, en la sutilidad. Aquí no hay nada que comer.

El miedo y la desesperación son la voz del demonio. Toda llamada que te eleve, viene de lo alto. Todo lo que deprime viene de abajo, de nuestra condición de asnos.

Todo lo que levanta el ánimo, viene de arriba. No escuches a tu razón cuando argumenta apoyando las depresiones del asno.

Toda llamada que excite en ti la concupiscencia, es el aullido del lobo que desgarrar a los hombres.

Quien se asienta en la espiritualidad está sentado por encima de quienes alzan su cabeza altivamente.

La superioridad está en la nobleza del espíritu. Quien no se asienta ahí, carece de consideración.

Lo que se pretende con una acción, aunque venga como lo último, va delante. La piedra y el hierro van primero y las chispas van después, pero las chispas son el alma de la acción.

La fruta es la causa final del árbol; aunque vaya después del árbol, va delante de él en excelencia. No actúes sin un propósito.

Un hombre con valor y astucia salvó al oso de las garras del dragón. La fuerza es el valor y la astucia. El atrevimiento y la astucia son la mayor fuerza.

En el manejo de la propia mente y el propio sentir, lo que cuenta es el valor y la astucia.

Pero hay una astucia mayor que la tuya; mira de dónde viene, su origen. Lo que está abajo ha venido de arriba.

¿Quién ha de manejar con valor y astucia a tu mente y tu sentir? No el ego, que es el que debe ser manejado, sino lo que viene de arriba, el que está por encima del ego pero que reside en él y es su propio fondo, no una alteridad.

El agua del arroyo viene de la fuente. Vuelve tus ojos hacia arriba. Mirar hacia arriba da luz, aunque al principio deslumbre.

Hay que sufrir la prueba del deslumbre, hasta acostumbrarse a la luz. No seas como los murciélagos que huyen de la luz. La pasión del momento puede convertirse en tumba. Actúa desde la luz.

Rûmî está arguyendo que volvamos nuestros ojos a la luz más que a lo iluminado, a la fuente más que a las aguas del arroyo, a la fuente de la astucia más que a los actos astutos.

¿Cuál sería aquí la fuente de la astucia? La comprensión y el amor que ya no es comprensión y amor del ego. La comprensión y el amor del ego es la pasión que puede llevarte a la tumba.

Quien ha visto el fin, ha visto los artificios del camino y no es engañado por ellos.

El que conoce los artificios que se usan para caminar, no es engañado por ellos, porque no se liga a ninguno de ellos.

El que conoce el fin, no es engañado por los artificios que son los medios, porque sólo son meros intentos.

El que sólo conoce un ardid para el camino es engañado por él de tal forma que en su orgullo de conocer un ardid, se aparta de los maestros.

Da como método eficaz lo que sólo es un intento sin relación de causa a efecto con el fin.

Es preciso tener una lucidez aguda con respecto a la relación de los artificios, los métodos y el fin.

El que ha aprendido una destreza, por orgullo se rebela contra el maestro Moisés. Aprendió la destreza de Moisés y, deslumbrado por su saber, cerró los ojos a su maestro.

Moisés mostró otra maña que barrió tanto la destreza como al que se vanagloriaba de ella.

Este es un hablar sabio sobre los artificios y métodos para andar por la Vía.

Hay talentos que seducen al poseedor para que se convierta en eminencia; eso le hace perder la cabeza.

No caigas en ese error, sino sé humilde como tus pies y ponte bajo la protección y guía de quien posee el pleno discernimiento.

Aunque seas un rey, no te consideres superior al maestro; aunque te sientas miel, come de su caña de azúcar.

Tu pensamiento es forma externa, comparado con el suyo que es alma; tu moneda es poca cosa comparada con su mina.

Tú eres él, búscate en su él. Conviértete todo tú en "dónde, dónde" y ve de continuo hacia él.

Jamás se sabe suficiente para recorrer con tino y eficacia el camino. Quien camina por lo sutil de lo sutil necesita siempre la mano del guía.

Si no quieres servir a los sabios, estarás en las fauces del dragón, como el oso. ¿Qué es servir a los sabios? Estar siempre aprendiendo de ellos.

Ten siempre sus escritos entre tus manos. No digas nunca ¡ya tengo suficiente!

El ciego de dos cegueras.

Un invidente clamaba diciendo: ¡Tened piedad de mí, que soy dos veces ciego! Le contestaron: vemos una de tus cegueras, ¿cuál es la otra?

Mi voz es tan molesta y desagradable que resulta enojosa y aleja el amor de las gentes; es mi segunda ceguera. Esta situación mía que provoca la aversión e incluso el odio de las gentes, es como una segunda ceguera. ¡Tened compasión del doble ciego!

Con esta humilde queja disminuía ante las gentes la fealdad de su voz y las movía a tener compasión.

Todos tenemos el equivalente de una molesta voz que aleja a las gentes de nosotros. Todos necesitamos compasión para esa nuestra segunda ceguera.

Quienes tienen además una voz del corazón que también es mala, tiene tres cegueras, y su tercera ceguera le aleja de Dios.

Pero los sabios, que dan sin causa, pueden poner su mano sobre la fea cabeza de esos ciegos.

Como la voz del ciego, por la humildad se volvió dulce y digna de compasión, por la mano de los sabios los corazones duros pueden volverse blandos como la cera.

La ceguera del corazón es la que provoca nuestro egoísmo explícito u oculto.

Sólo los sabios, que dan sin causa, poniendo sus palabras sobre nuestra cabeza y nuestro corazón, pueden liberarnos de esa ceguera que no sólo aparta a los hombres de nosotros sino que también aparta a Dios.

El lamento del infiel, el de corazón duro, es desagradable como un rebuzno, porque es el lamento de uno que sólo mira por sí.

¡Qué desagradable es el lamento de quienes sólo miran por sí!

Guarda silencio para que la voz que baja de los cielos, por la boca de los sabios, endulce y ablande las entrañas de los que son ciegos de corazón.

Mientras te comportes como un perro ebrio de la sangre del pueblo, las palabras que bajan de lo alto no te ablandarán el corazón. Quien actúa como un depredador desde el egoísmo de su corazón, es como un perro ebrio de la sangre de otros.

Cuando te comportes como los lamentos del oso, que a pesar de ser un depredador atrajeron la misericordia, atraerás como él la piedad.

Si desgarras las carnes y bebes la sangre de otros, que son inocentes con respecto a ti, tu corazón no se ablandará y caerán sobre ti las tres cegueras.

Arrepiéntete, vacíate de lo que has devorado. Si tu impiedad es vieja, cauterízala.

No confíes en tu buena fe, te puede engañar.

El pobre oso que había sido salvado del dragón por la amabilidad del valiente, se convirtió en un sirviente del que le había rescatado. Llevaba su carga y le servía de almohada para reposar su cabeza cuando dormía.

Pasó un musulmán y se maravilló de lo que veía y le preguntó al que descansaba sobre el oso, qué es lo que había ocurrido para que se comportara de esa manera. El valiente explicó al musulmán lo ocurrido.

El viajero le advirtió que no diera su corazón a un oso. La amistad de un necio es peor que su enemistad. Algo así podía pasarle con el oso.

Le aconsejó que se apartara del oso.

El que era amonestado atribuyó las palabras del viajero a la envidia del afecto que el oso le profesaba.

El musulmán le replicó que el afecto de los necios es seductor, pero que lo que él llamaba su envidia era mejor que el cariño del oso.

La doble intención que se atribuye a los sabios es más pura y recta que la mejor de las cualidades de los que le acusan.

El musulmán insistió una y otra vez, para que dejara al oso y se fuera con él. Le rogó que no le considerara menos que al oso.

No te metas en el bosque con un oso, le advirtió; es la luz de Dios la que me mueve a darte este consejo.

Ninguna de las palabras del sabio consejo entró en los oídos de quien había tomado a un oso como compañero.

La protección de un hombre de corazón es la mejor salvaguardia.

El que había salvado al oso achacó todo tipo de dobles intenciones al viajero prudente.

Por la sospecha de su corazón, todos sus buenos pensamientos eran para el oso. Con ello se hacía de su misma especie. Hecho un canalla recelaba del sabio y consideraba al oso afectuoso y justo.

Quien tiene dobleces, ve dobleces en los sabios; con ello se cierra el camino a la sabiduría y al amor y se junta con quienes siempre buscan su beneficio en todo lo que hacen y dicen.

¡Ay de quienes ponen dobles intenciones en los sabios, quedarán encerrados para siempre en sus dobleces!

¿Por qué se es tan crítico con el sabio y tan poco crítico con el becerro de oro?

Tienes mil sospechas sobre el sabio, por tu falta de luz y calidad, a pesar de las pruebas que te ha dado y su carácter noble.

Has visto las señales de sabiduría que te ha dado y crecen en ti cien dudas y opiniones nacidas de tus fantasías y malas sugerencias que te permiten dudar de su cualidad.

El sabio levanta lo vil por encima de la maldad para que pueda salvarse; alimenta con manjares bajados de lo alto; hace que de lo estéril brote el agua de vida.

No recibiste ninguna de sus señales por causa de tu corazón duro.

Alguien aduló tus sentimientos y te dejaste seducir y diste por tu Dios lo que te proponía.

Alguien dio alimento a tu ego, y tu sagacidad se oscureció. Tu capacidad crítica se adormeció para que no tuvieras idea de sus palabras embaucadoras de tontos.

Su engaño fue tu propio engaño y con eso se acabaron todas las dudas. Te propuso como tu Dios a tu propia ambición.

Te propuso que adoraras al becerro de oro y, estúpido, te inclinaste delante de lo que te proponía, sin que aplicaras a ese necio toda la sospecha y la crítica que tuviste con el sabio.

Quien adula y fomenta nuestra ambición y nuestro ego, recibe toda nuestra aprobación y nuestro asentimiento.

Apartaste los ojos de lo que el sabio te proponía, que era la Luz, para volverte al engaño de quien te adula, que es tu propio engaño.

Rûmî se indigna frente a tanta estupidez y se pregunta si no sería adecuado matar a esa mina de imbecilidad. Pocas veces se indigna con tanta rudeza.

La imbecilidad es como una mina inagotable que se multiplica y se prodiga. Es dura, pero no vana, la pregunta de Rûmî.

Por el becerro de oro, que es tu propia ambición, el anhelo se despierta en los necios. Quienes sólo se buscan a sí mismos, no pueden reconocer al sabio.

A los indignos sólo les apasiona la indignidad. A los fútiles y superficiales sólo les agrada la futilidad.

A cada uno le entusiasma lo que es de su especie, como el lobo no puede sentir amor por José, a no ser para poderlo devorar. Tendría que perder su cualidad de lobo para poder amar a José.

Pero ¿cómo perder la cualidad de lobo? Intentando la comprensión y el amor que tiene su fuente arriba y en lo hondo.

Cuando Abu Bakr se encontró por primera vez con Muhammad dijo: Ése no es un rostro que mienta.¹⁵

Abu Jahl, aunque viera cien lunas partidas, no le tenía simpatía y no le creyó. ¿Por qué no creyó? Por su propio becerro de oro.

La verdad no se esconde, pero el ignorante no la ve. El espejo del corazón ha de estar limpio para que pueda discernir entre la verdad y lo falso.

15 Rûmî: *Mathnawî*. T. II Madrid 2003, Editorial Suñi, pg. 155

El que aconsejaba sinceramente que abandonara la compañía del oso, abandonó finalmente al necio.

Puesto que la insistencia en amonestarle y discutir con el amigo del oso no hacía más que aumentar las vanas ideas de su mente, el viajero tuvo que cortar el camino de las advertencias.

Entonces llega la hora de cumplir la orden “apártate de ellos”.

Si el remedio aumenta la enfermedad, deja al que no quiere curarse y vuélvete al que busca la verdad.

El ciego pobre que busca la verdad, no debe ser abandonado, a pesar de su insignificancia.

Se puede estar ansioso de que los grandes tomen el camino para que el pueblo llano pueda aprender de los que le gobiernan.

Rûmî reflexiona que Muhammad podía complacerse de que los príncipes estuvieran dispuestos a escuchar, porque esos jefes amigos del Islam son los señores de los árabes y de los abisinios, y el pueblo sigue la religión de sus reyes.

Sin embargo, el Profeta no aparta el rostro del ciego, ni le abandona, aunque la reunión de príncipes no sea frecuente y haya que aprovechar la ocasión.

A los ojos de Dios el pobre ciego es mejor que cien emperadores y visires. Los hombres son minas, pero hay minas y minas. La mina de rubíes y cornalina es mejor que una multitud de minas de cobre.

En el asunto del camino, de nada sirven las riquezas, lo que cuenta es el amor y el anhelo.

Cuando viene el ciego de corazón iluminado, no se le debe cerrar la puerta; aconséjale, pues tiene derecho al consejo.

Rûmî se plantea el problema de si, para llevar la luz al pueblo hay que apoyarse en los poderosos o en los que cuentan con el amor y el anhelo. Se inclina por estos últimos.

Jesús hizo la misma opción. Los seguidores de uno y otro no siempre siguieron ese camino.

Aunque unos pocos necios no crean en el sabio, no le dañarán. Aunque unos pocos mentecatos le acusen de falsedad, Dios, la verdad, atestigua en su favor.

Al sabio no le preocupa el reconocimiento del mundo. ¿Qué le importa el mundo a quien tiene como testigo a Dios, a la verdad?

Si el murciélago dice que ha recibido algo agradable del sol, es que el sol no es el sol. Si los murciélagos se disgustan con el sol, es que el sol es el verdadero sol.

Si al escarabajo le apetece el agua de rosas, demuestra con ello que no es agua de rosas.

Si una moneda falsa ansía la piedra de toque, ya puede dudarse de la autenticidad de la piedra de toque.

El sabio es como un cedazo, la paja no pasa a través de él. Discrimina la harina del salvado.

Un becerro cree que una vaca es Dios; un burro tiene por Dios a quien le da sus caprichos. Cada cual hace a Dios a su medida.

También conciben al sabio a su medida. Pero el sabio no es ni vaca ni cardos para burros.

Los necios no dañan al sabio, sólo purifican la limpieza de su espejo que refleja en su seno a Dios.

El sabio se asusta del agrado de los necios.

Si un loco te contempla con agrado y se te acerca amistoso, es que tiene compatibilidad contigo. Si no viera compatibilidad contigo no hubiera vuelto su rostro hacia ti. Si no viera en ti alguien como él, no se te hubiera acercado.

Cuando dos personas entran en contacto, es que tienen algo en común. Un pájaro sólo vuela con los de su especie.

Que los necios te hagan caso y se vuelvan a ti, es para espantarse. La compañía de los necios es la tumba.

Si dos que no son de la misma especie se juntan es que hay un motivo.

Si ves que una cigüeña corretea con un cuervo, averigua y verás que ambos son cojos.

El halcón real no acompaña al búho; uno es de la luz y de lo alto del cielo y el otro de la tierra y la oscuridad.

No se juntan la luminaria con la ceguera, ni la luna en el alto cielo, con el gusano que se alimenta de estiércol.

Ni el que tiene el rostro de José y el aliento de Jesús, con los lobos y burros de cencerro.

Si el escarabajo huye de la rosaleda, su aversión es la prueba de la perfección de la rosaleda.

Si el escarabajo se mezclara con las rosas, podría dar fundamento a pensar que son iguales.

Para los ruiseñores, el jardín es el lugar adecuado; para los escarabajos, su lugar adecuado es la basura.

Tenía una vena de mal y Dios me la quitó, no es bueno que me mezcle con los que tienen esa vena de mal.

Es señal de la dignidad de Adán que los ángeles inclinen la cabeza ante él. También es señal que Iblis no se postre ante él.

Si Iblís se hubiera postrado ante él, Adán ya no sería Adán. La adoración de los ángeles es prueba para Adán y también lo es la negación de Iblís.

El reconocimiento de unos y la incredulidad del otro, son testigos de la dignidad de Adán.

Los que reconocen al sabio son testimonio, y quienes le rechazan también son testimonio de su calidad. Hay que saber eso.

Si es necesario huir de los necios no es por soberbia, ni por menosprecio, es por conciencia de fragilidad. Somos más frágiles que el vidrio más fino.

Conclusión de la historia con el oso.

El hombre se durmió y el oso le espantaba las moscas, pero pronto regresaban de nuevo. El oso las apartó una y otra vez hasta que se cansó y se encolerizó.

Cogió una gran piedra y cuando vio que las moscas volvían a la cara del durmiente, levantó la piedra y golpeó con ellas a las moscas, pero destruyó a la vez la cara del durmiente.

Desde entonces corre el refrán: el afecto de un necio es como el afecto de un oso: su odio es amor y su amor odio.

El afecto de un necio destroza como el afecto del oso; su desafecto salva la vida. El amor del necio es peor que el odio y su odio es mejor que el amor.

El amor une; unirse al necio es hacerse necio. Su odio es mejor que su amor porque separa de su necedad.

El necio es siervo de sus pasiones; por esa razón sus promesas son débiles, están corrompidas por dentro y por tanto son frágiles. No le creas aunque lo jure. No podrá mantener su juramento.

Puesto que sus palabras están sometidas a sus pasiones, no caigas en la trampa de sus palabras, porque en realidad son engaño.

No te fíes nunca del que es siervo de su ego.

Los apetitos del necio están al mando y su intelecto y sus palabras son cautivas. Aunque jure sobre mil coranes no le creas, porque sus palabras son frágiles tanto si juran como si no. Sus pasiones se enfurecerán en contra de su propio juramento.

No fiarse de las palabras del que está controlado por sus pasiones no es desconfianza, es lucidez.

El intento del necio de atar con palabras y promesas las pasiones que dominan todo su ser, es tan estúpido como querer encadenar a un rey; te golpeará furiosamente con ellas en el rostro.

No esperes, de quienes están sometidos a las pasiones, que cumplan el mandato divino, "cumplid vuestras promesas". No le exijas que mantenga sus votos.

No podrá aunque quiera, porque sus palabras y sus actos no son libres, sino que están sometidas a su alma carnal. ¡Qué terrible es esto!

Mustafá fue a visitar a un compañero enfermo.

Uno de los compañeros notables de Muhammad enfermó. Mustafá, otra de las formas de llamar a Muhammad, fue a verle; le salió del corazón. Visitar a los enfermos es un beneficio al enfermo que regresa a ti.

El enfermo puede ser un sabio, o un amigo del camino interior; aunque no sea un rey puede ser un caballero de la hueste.

Considera que te conviene apegarte a los amigos del camino. Sé amigo de toda la comunidad de los caminantes.

Aunque tus ojos, por tu corazón duro, no pueden distinguir la leña del aloe, no desespere de encontrar al verdadero amigo de Dios. Sus ojos podrán ser tus ojos.

Existe un tesoro en el mundo, no pienses que ninguna ruina esté vacía de tesoro. En toda ruina hay un tesoro. En cada ruina hay un tesoro de enseñanza. El enfermo es una ruina en el que puedes encontrar el tesoro.

Acércate a cualquier sabio, y cuando veas la señal de su sabiduría, frecuéntale con asiduidad.

Puesto que no se te dio el ojo que ve en el interior, considera siempre que el tesoro puede estar dentro de cualquiera.

¿Por qué no me visitaste cuando estaba enfermo?

Moisés vio salir la luna de su mismo seno, tenía en él la luz divina. Así debemos ver brotar la luz de nuestro mismo seno.

Dios se le queja de que teniendo luz no le visitara cuando estaba enfermo.

Moisés se maravilla de que Dios, que está libre de toda pérdida, diga eso. Dios le repite la pregunta: ¿Por qué, cuando estaba enfermo, no preguntaste

amablemente por mí? Moisés le ruega que le desvele ese misterio, porque no lo comprende.

Dios dijo que si un siervo suyo enferma, Él enferma. Dios es el enfermo, la enfermedad del enfermo es la suya.

Quien quiera estar cerca de Dios, que se acerque a los sabios, que se siente con ellos. Quien se separe de la compañía de los santos, se perderá.

A quien el diablo encuentra apartado de los nobles y lo encuentra sólo, lo devorará.

El que anda solo fácilmente las artimañas de su ego lo desviarán del camino. ¡No estéis nunca solos!

Las Escrituras, los grandes libros de los sabios, son una compañía, si los tenéis siempre a mano, no estaréis nunca solos.

Alejarse un momento de la comunidad de los santos es un engaño del diablo. Piensa esto y no lo olvides.

Es malo separarse de los amigos.

Un jardinero ve a tres personas respetables como si fueran ladrones y quiere liberarse de ellos, pero piensa que mientras estén unidos son una fuerza.

Tendrá que separarlos para poder con ellos uno a uno. Piensa artimañas para separarlos y molerlos a palos por separado.

Los tres personajes eran un sufi, un jurista y un descendiente de Alí.

Consigue separar al sufi de los otros dos. Entonces halaga a los que quedan y denigra al sufi hasta convencer a los dos que quedan de que es justo arrojar a palos al sufi.

Él persigue, entonces, al sufi con una porra, insultándole. Le dio una paliza que lo dejó medio muerto.

El sufi apaleado advirtió a sus dos compañeros que no se debe sufrir pacientemente la pérdida de amigos. Quien lo consienta tendrá la misma suerte que el apaleado.

Lo que hagas a otros se volverá contra ti como un eco.

Luego, el jardinero separa al descendiente de Alí del jurista. Cuando hubo alejado al descendiente de Alí, comenzó a insultarle diciendo que era hijo de

adulterio. Quien nace de adulterio, decía, es de los adúlteros y piensa de los demás hombres desde su medida, como quien gira pensará que la casa gira como él.

El jardinero ofendiendo, como un apóstata, a la familia del Profeta, consiguió engañar al jurista.

Una vez separado el descendiente de Alí de su compañero, fue tras él para apalearlo. El sharif quedó devastado por los golpes del rufián.

El sharif advirtió al jurista que, ahora que ya estaba aislado y solo, seguiría la misma suerte que él.

El jardinero arremetió entonces contra el jurista aislado, mientras le insultaba por tonto.

El jurista comprendió que se merecía recibir una paliza por haber permitido separarse de sus amigos. Nadie puede separarse de sus amigos sin pagar las consecuencias.

Vuelve la historia de la visita del Profeta a un enfermo.

Visitar a los enfermos es por la unión espiritual. Quien visita a los enfermos es como quien visita a Dios, se aproxima a la unión.

La unión está llena de amabilidades porque la unión es amor. El amor no son ternuras, es unión.

Como el enfermo que visitó Muhammad, que estaba en su último aliento, se alejaba de la vida, así quien se aleja de la presencia de los sabios se distancia de Dios, de “lo que es”.

Rûmî aconseja buscar constantemente la sombra de esos seres, para, con su proximidad, poderse aproximar al sol, y ser luz como él.

Los sabios están siempre a nuestra disposición en sus textos.

Tanto si viajas, como si permaneces en el mismo lugar, hagas lo que hagas, no te olvides de este consejo.

Busca primero a los sabios.

Bayazîd se apresuraba hacia la Meca para realizar la gran peregrinación. En cada ciudad lo primero que hacía era buscar a los hombres santos.

Preguntaba por la ciudad quién se apoyaba en la percepción espiritual. No buscaba filósofos ni grandes teóricos, sino a los que se apoyaban en la percepción verdadera.

Seguía el consejo de Dios que dice que vayas donde vayas en tus viajes, busques a los hombres verdaderos.

Ellos son el tesoro, respecto de ellos, los beneficios y las pérdidas son secundarios. Ellos son la raíz; ellos son el grano.

Quien tiene el grano, tiene la paja; si tienes la paja puedes no tener trigo.

Buscad primero a un hombre verdadero y dice Rûmî ;buscad a un hombre, a un hombre, a un hombre! Ellos son los verdaderos hombres, los demás son sólo fantasmas, apariencias vacías de hombres. Procurar seriamente no vivir entre fantasmas.

Busca la Kaaba y verás también la Meca. El profeta en su ascensión a los cielos buscaba al Amado, con ello también vio a los ángeles y al emperador.

Busca el núcleo y tendrás la periferia.

Yo soy la Kaaba.

Un novicio construyó una casa. Su maestro fue a visitarla. Le preguntó al discípulo por qué había puesto una ventana. El discípulo le contestó que para que entrara la luz.

Esa luz y esa apertura son sólo la rama, orienta tu deseo a lo que te llegará desde ese conducto: la llamada a la oración.

Toda realidad, toda luz es sólo la llamada a la oración, es decir, la llamada a la comprensión de la fuente.

Bayazîd en sus viajes procuraba siempre encontrar al polo de santidad de su época. Vio a un anciano alto, jorobado y ciego, pero vio en él la majestad y las palabras de los hombres santos.

Con sus ojos ciegos veía profundamente. Sus ojos ciegos veían cien deleites, veían lo que los ojos abiertos no ven. Restriegas tus ojos con su polvo.

El anciano preguntó a Bayazîd dónde iba. Bayazîd le dijo que se encaminaba a la Kaaba. ¿Qué provisiones llevas para el camino? Pregunto. Doscientos dírhams de plata, le respondió.

El anciano le dijo que diera siete vueltas en torno suyo y que le diera como ofrenda su dinero. Si lo haces, le dijo, habrás realizado la peregrinación y habrás obtenido todos sus frutos.

El sabio está por encima de la casa de Dios. La Kaaba es la casa a su servicio, la forma del sabio es su residencia.

Todo hombre es más que la Kaaba, *porque no hay nadie en el hombre que no sea el Viviente.*

Quien contempla al sabio, ha visto a Dios. Servirle es obedecer y glorificar a Dios. Dios no está separado de él.

Quien ve a Dios en el sabio, lo ve en todo hombre. Abre bien los ojos para ver a Dios en el sabio para que puedas contemplar su luz en todo hombre.

Bayazîd escuchó estas palabras y con ellas creció su luz.

La visita del Profeta a un enfermo y sus consecuencias.

El Profeta trató al enfermo como un amigo con dulzura y tiernamente.

El enfermo revivió con la visita del Profeta. Dio gracias a Dios porque la enfermedad le había traído el gran bien de ese rey sin séquito.

La enfermedad, la fiebre, la indisposición y la angustia le trajeron el gran don de Dios de la visita del Profeta.

La debilidad le trajo la compasión del Profeta y con ella se alejó del infierno de la angustia. El Profeta le trajo la luz que ahuyenta la muerte.

La visita del profeta le hace comprender que el dolor es un tesoro y una misericordia. El dolor muestra lo que no es y lo que es. El dolor no es lo que parece cuando se le quita la cáscara.

Soportar con paciencia el pesar, la debilidad y el dolor, dice Rûmî, es la fuente de la vida y la copa de la experiencia de unidad, porque en el dolor y en la debilidad está la humildad.

En la humildad completa está la unidad.

En la humildad del dolor está la misericordia, como en el otoño está implicada la primavera. No lo rehúyas cuando llegue y no puedas evitarlo.

Que sea tu compañero de viaje; pacta con la desolación, busca la vida grande, el tesoro en las ruinas de tu muerte.

La enfermedad rebaja los humos del ego.

No escuches a tu alma carnal. Oponete a ella. Este es el mandato de los profetas. Pide consejo sobre lo que hay que hacer, para no tener que arrepentirte.

¿A quién pedir consejo? Al intelecto. Si te aconsejan quienes no tienen el entendimiento claro, haz lo contrario de lo que te digan.

Sabe que tu alma carnal es como una mujer caprichosa, y peor que una mujer caprichosa, porque ésta tiene parte de maldad, pero tu alma carnal es enteramente maldad.

Tu alma carnal te hablará de lo que es bueno para tu ego, sin más consideraciones. Esa es su maldad.

Si te aconseja tu alma carnal, oponete a ella, te diga lo que te diga. Incluso cuando te invita a que reces y ayunes, no te fíes, estará tramando algo.

Cuando le pidas consejo a tu alma carnal, haz exactamente lo contrario de lo que te diga, porque eso será lo correcto.

Si no puedes con tu alma carnal y su contumacia, mézclate con un amigo. La mente se refuerza con otra mente.

El alma carnal es una maga que hace desaparecer el discernimiento. No creas sus promesas, las ha roto mil veces.

Siempre tiene pretextos; aunque vivas cien años, siempre tendrá un pretexto nuevo. Es una bruja que amarra la capacidad de decisión de un hombre.

Sin el sabio, que es el brillo de Dios, no crecen las hierbas en tierra salobre. Nuestro ego es tierra salobre.

Para el corazón afligido, el destino es como una cortina oscura bajada del cielo. Ese destino sólo puede curarlo la providencia divina. La providencia divina es como una luna que brota de nuestro mismo seno.

Nuestra capacidad de comprensión se aturde frente a su destino. Somos animales vivientes, ese es nuestro destino. Nuestra mente se confunde frente a ese destino.

La serpiente negra que ha caído en tu camino, se convierte en un dragón. La serpiente negra es tu ego.

En manos de sabios, como Moisés, la serpiente se torna vara. Dios le ordenó que no temiera y que la tomara, para que el dragón se tornara en una vara en su mano.

En manos del sabio la serpiente negra del ego ya no es enemiga sino ayuda.

El sabio desvela un nuevo amanecer en la oscura noche, en nuestra oscura noche. En nuestro infierno, el aliento del sabio es como la brisa del mar.

El alma carnal es como el engañoso océano que no muestra más que un poco de espuma; es como un infierno que sólo mostrara un poco de calor.

Parecen débiles a tus ojos para que no se despierte tu cólera contra ellos.

Se valeroso como el Profeta, para quien una numerosa hueste de infieles se mostraban ante él como si fueran pocos, de forma que atacó sin miedo al peligro; si hubiera pensado que eran más, habría actuado con más cautela.

Ese fue un favor divino para con el Profeta, para que no se volviera pusilánime.

Dios hizo que las guerras interiores y exteriores le parecieran insignificantes a él y a sus compañeros, para facilitarles el éxito sin apartar el rostro de la dificultad.

Que Dios le hiciera comprender la batalla como baladí, fue una victoria. Así Dios, el amigo del Profeta, le mostraba el camino.

Quien no tiene el apoyo de Dios, ¡ay de él si el león le parece un gato!; ¡ay de él si ve cien enemigos como si fueran uno y entra, con vana confianza, en la refriega!

Quien no tiene la luz de su luna, se apoyará en su ego, que es caña quebradiza.

El coraje que se apoya en “eso que es” ve en un león a un gato. La insensatez imprudente ve también en un león a un gato. El resultado es muy diferente en un caso y otro.

Lo que para uno es luz, para otro puede ser ceguera.

Rûmî se expresa en lenguaje teísta y dice que Dios hace, a favor del Profeta, que el fiero león parezca un gato, para que el necio entre en la lucha decididamente y Dios pueda atraparle.

El hace que los ignorantes se acerquen al fuego por sus propios pies. Él muestra como una brizna de paja, que con un soplo puede hacérsela desaparecer, lo que en realidad es capaz de arrancar montañas.

Dios hace que el río parezca no tener más profundidad que la que puede cubrir el tobillo, cuando cien grandes se han ahogado en él.

“Eso” que no es nada ni nadie, es el único actor. Los asuntos cambian según quien actúa, si es el ego o es “el que es”.

Él hace que la ola de sangre parezca almizcle y que el fondo del mar parezca tierra firme. Así engañó al Faraón.

El ojo del Faraón no pudo ver que lo que le parecía tierra firme era el fondo del mar.

El ojo ve por el encuentro con Dios. Por eso el ojo del Faraón no vio. Dios no es confidente del necio.

Quien, necio, no ve con el ojo de Dios, ve caramelo donde hay veneno mortal; ve camino en lo que es la llamada del mal que conduce a la destrucción.

El ojo, por el encuentro con “lo que es”, se transforma en lucidez y en discernimiento. El ojo por el encuentro con el alma carnal se convierte en ceguera y fuente de perdición.

El cielo, en el tiempo de nuestra tribulación gira velozmente; ¡por favor, danos tiempo! El tiempo es como una afilada daga que nos ataca. ¡Oh cielo, aprende de la compasión de Dios!

Por la Verdad de Dios, que estableció la rueda de tu esfera girando sobre la morada de la tierra, gira de modo que muestres piedad antes de arrancarnos de esta morada.

Tú, cielo, nos criaste, de forma que crecimos como retoños, con los cuidados de la tierra y el agua; por la verdad del que nos creó y puso en nosotros tantas antorchas que nos mantienen florecientes y perdurables, danos tiempo.

Los profetas nos han hablado de tu principio y de tu secreto, de tu fluir y de tu vacío.

El hombre sabe que una casa ha sido construida en algún momento; la araña que juega en ella, no. El mosquito no sabe la edad del jardín, porque nació en primavera y morirá en invierno. El gusano que nace en la madera no sabe nada de cuando era un árbol.

La mente se muestra de muchas maneras. Se muestra en los genios y en los ángeles, pero está por encima de todos ellos.

Tú tienes las alas de un mosquito que vuela hacia lo inferior; aunque tu intelecto vuela hacia lo alto. El pájaro de tus nociones convencionales se alimenta de lo bajo.

El conocimiento convencional es el azote de nuestras almas. Creemos que es nuestro, pero es algo prestado. Es el medio cultural en el que vivimos, un medio construido por nuestro ego y por el ego colectivo.

Debemos convertirnos en ignorantes de esa sabiduría; frente a ella más nos vale aferrarnos a lo que esa sabiduría llama locura.

Huye siempre de lo que te parece provechoso para ti. Bebe lo que desde el punto de vista de tu provecho parece veneno y derrama la vida.

Aléjate de quien te alabe, presta capital a los indigentes.

Abandona la seguridad y reside en el lugar del riesgo y del miedo.

Deja atrás la reputación y vive en la ignominia y en lo que parece escándalo.

Ya sabes lo que da de sí el intelecto previsor, a partir de ahora vuélvete loco al criterio del intelecto previsor.

Dalqak se casa con una prostituta.

Sayyid-i Ajall le dijo a Dalqak: te has casado con una ramera, si me hubieras consultado podrías haberte casado con una mujer casta.

Dalqak le respondió que ya se había casado nueve veces con mujeres castas que se convirtieron en rameras y le llenaron de dolor; ahora se casa con una prostituta para ver en qué se convierte.

No siempre la inteligencia, la cordura resulta ser el camino. Dalqak dice que buscará una guardería para la locura. Considero que quiere significar que buscará desde una locura controlada.

Quien es sólo inteligente y cuerdo, en el uso corriente de este término, no se arriesga. Quien no se arriesga no sube la montaña y se queda en el resguardo del valle.

Quien quiera hacer el camino a la luz, tiene que arriesgarse por terrenos, que para la mayoría, son locura.

Los riesgos nunca aseguran el éxito, pero son una condición sine qua non para él.

Estos rasgos del riesgo hacen que los prudentes, según los criterios corrientes, no se metan en ellos, que sólo anden por donde se dan garantías de seguridad.

Hay una inteligencia y prudencia que es enemiga del camino; y hay un riesgo, que parece estupidez y locura, pero que sí que conduce.

Un sabio fingía estar loco.

Un hombre buscaba a un sabio para preguntarle unas cuestiones. En el pueblo sólo había un hombre que aparentaba estar loco: se montaba en su bastón como si fuera un caballito de madera y cabalga entre los niños.

Sin embargo su juicio era perspicaz y su dignidad grande. Una gran sabiduría se escondía detrás de su aparente locura.

Pero no todos los locos son sabios. Si no sabes reconocer a un sabio manifiesto, si no sabes distinguir los excrementos de la madera de aloe, ¿cómo reconocerás al sabio que se ha cubierto con un velo de locura?

Si el ojo de la certeza está abierto, contemplarás la luz incluso en las piedras. El ojo que está abierto es como un guía que te hará reconocer a un Moisés en cada derviche.

¿Qué es el ojo de la certeza intuitiva?

Es el ojo que ve lo que es innumerable, el ojo que ve lo que no es ni un objeto, ni un sujeto, ni un individuo, el ojo que ve en lo visible lo invisible.

Sólo el sabio se da a conocer a quien quiere. Si él no quiere, si se disfraya de loco o de hombre vulgar, no le reconocerás.

Cuando un ladrón roba a un ciego, el ciego no le detectará al pasar, ni siquiera cuando choque con él.

Cuando un perro muerde a un mendigo ciego, ¿cómo va a reconocer al animal?

Somos como ciegos frente al sabio, porque el sabio es sabio con respecto a lo sutil, respecto a lo que está más allá de los deseos, temores, recuerdos y expectativas del ego.

El hombre dominado e identificado con el ego no reconocerá al que vive más allá del ego, aunque se tope con él.

Sólo el don del propio sabio permitirá que el necio le reconozca.

Un perro ataca a un pordiosero ciego.

Un perro furioso ataca a un mendigo ciego. El ciego, indefenso frente a un agresor del que no se puede defender, adula a esa fuerza, a ese poder.

Quien teme por su vida, honra a aquel que le amenaza, aunque sea tan indigno como el rabo de un burro.

El temor enceguece.

El perro que conoce, hace del onagro del desierto su pieza de caza. El perro ignorante ataca a un pobre ciego en la ciudad. Su error le lleva a no saber cuáles son las piezas lícitas.

El perro que sabe cuáles son las piezas de caza lícitas es como si fuera un conocedor de Dios, porque no se aleja del camino de su condición, sino que anda ligero por él. Respeta el orden de las cosas.

El perro que no caza lo que debe es la imagen del ciego que no ve, no porque no tenga ojos, sino porque está ebrio de ignorancia.

El ciego, por su naturaleza no es más invidente que la tierra, que sin ver, sigue los caminos que Dios le traza y se traga a los enemigos de Dios.

La tierra, sin ver, se venga de los que no reconocen y aman el orden de las cosas, de los que son enemigos de la tierra y de las bestias, que son obras de Dios, que no son “otras” de Él.

Nosotros, en nuestra civilización explotadora, somos más ciegos que la tierra y estamos ya recibiendo el castigo de la misma tierra como enemigos de la dimensión absoluta presente y explícita en ella y en todo lo que contiene.

La tierra, el agua, el aire y el chispeante fuego nos desconocen tan pronto como nosotros nos apartamos de nuestra fuente, en cuanto nos creemos "otros" de la fuente y de todas las criaturas; en cambio los elementos reconocen a Dios, porque no son "otros" de Él.

Nosotros, creemos que conocemos las cosas y somos inconscientes de "Eso que es", de Él.

Los elementos se niegan a vivir como los humanos, vueltos a los seres creados y de espaldas a su fuente, a Dios.

Tenemos a los elementos en contra, porque no vivimos según el auténtico ser de las cosas. El auténtico ser de las cosas es que no son "otras" de Él.

El que se aparta de los seres creados, de las realidades con las que convivimos, porque las considera como cosas separadas de su fuente, como meros recursos, queda huérfano.

Para la intimidad con Dios, para vivir reconociendo la fuente, el corazón ha de ser libre. El corazón no puede ser libre si ve todo lo que nos rodea exclusivamente como cosas, de las que depende, si las ve separado de su fuente.

Cuando un ladrón roba a un ciego, este se lamenta sin poder hacer nada, hasta que el ladrón se identifica.

Tu ego es el ladrón de la luz de tus ojos. Cuando se muestre, atrápalo y agárralo fuerte hasta que confiese qué es lo que te ha robado; hasta que confiese con qué deseos y expectativas ha cubierto tus ojos.

La gran guerra santa es atrapar a ese ladrón y estrujarlo hasta que cuente todo lo que te ha sustraído.

Lo primero que te ha robado es la luz de tus ojos; cuando te devuelva esa luz recobrarás la percepción correcta de ti mismo y de todo lo que te rodea.

La sabiduría que el ladrón te ha robado la encontrarás en el sabio, en el hombre de corazón.

La mejor caracterización del sabio es llamarle “hombre de corazón”. No busques la luz de tus ojos en los que no son sabios, son como lo inanimado.

El que buscaba consejo se acercó al sabio que se hacía pasar por necio y le preguntó: Tú que te has vuelto como un niño, dime tu secreto.

El sabio le dijo que atendiera, que observara bien, porque los secretos están ahí, pero que su puerta no estaba abierta. Mientras la aldaba esté cerrada, no hay comprensión de los secretos.

Si lo que es espacial, es decir, lo que está sometido al espacio y el tiempo, tuviera acceso a lo que está más allá del espacio y del tiempo, eso sutil que está fuera del espacio y el tiempo estaría sentado en el mismo banco que lo que está sometido al espacio y el tiempo; sería una cosa entre las cosas, sería como el sheikh que se sienta junto a ti.

Abre las puertas de tu interior, y ábrelas tan abiertas que puedas reconocer al que no es una forma entre las formas.

Si le exiges que se presente a tu corazón, a tu mente y a tu percepción como una forma entre las formas, es que tu aldaba está cerrada.

Abrir la aldaba es aprender a reconocer que la realidad no se somete a tu criterio de realidad; que lo real de lo real es sin forma.

El hombre borracho y el policía.

Un policía encontró a medianoche a un hombre tumbado junto a una pared. Le preguntó al borracho qué había bebido. El hombre contestó que había bebido lo que había en la jarra. ¿Qué había en la jarra? Preguntó el policía. El hombre contestó: parte de lo que he bebido.

Las preguntas y las respuestas se repitieron varias veces en un círculo vicioso sin que se diera un paso en la aclaración del asunto.

Entonces el inspector le dijo al borracho: di “Ah”. Y el borracho dijo “Hú, Hú”, que significa “Él”. Se entabló un nuevo diálogo del que tampoco se salía: Di “Ah” y contestaba “Hú”. Y así una vez y otra.

El inspector le preguntó porque decía siempre "Hû" y no "Ah". Contestó el hombre diciendo que él decía "Hû porque estaba contento y el policía decía "Ah" porque estaba lleno de pesar.

El borracho estaba borracho porque en todo le bebía a "Él", en cambio el policía vivía en un mundo de sufrimiento.

El policía no entendía nada y quiso llevárselo a la cárcel. El embriagado respondió que no era posible arrebatarle prendas al que está desnudo. El que ha desaparecido ni puede caminar, ni puede ser llevado a la cárcel.

El que se ha embriagado de "Él" ya no tiene ni conocimiento ni existencia contingente. Ya no está sentado en el banco junto a los demás.

Lo que ha bebido es lo mismo que lo que está en la jarra. Lo que está en la jarra es lo que está en toda jarra y también en el que ha bebido.

Sólo el vino que embriaga es; las jarras y el que bebe no son más que vino.

Preguntas al sabio que se hacía pasar por loco.

El que preguntaba se dirigió al sabio diciendo: Tú que montas tu bastón, dirige tu caballo hacia aquí para que pueda preguntarte. El sabio siguiendo la chanza le indicó que precisara y fuera corto en la pregunta porque el caballo era muy brioso e inquieto y podría cocearle.

Para no entrar directamente en la materia que verdaderamente le interesaba, el discípulo preguntó al sabio con quién sería conveniente que se casara. El sabio contestó que hay tres clases de mujeres en el mundo: una es tesoro del alma y las otras dos son tristeza.

La que es un tesoro es la que es toda tuya, de las otras dos una es medio tuya y la otra no es en absoluto tuya. La virgen de tu elección será toda tuya, la viuda sin hijos será medio tuya y la con hijos tendrá su corazón con el padre de sus hijos. Dicho esto se alejó cabalgando sobre el bastón a juntarse con los juegos de los niños.

Finalmente el interrogador se atrevió a hacerle la pregunta: ¿por qué siendo un sabio se finge un demente?

Porque sus conciudadanos querían nombrarle cadí de la ciudad, contestó. Él objetaba, pero sus conciudadanos argüían que no era lícito nombrar a otro como cadí, estando él, lleno de la sabiduría de las tradiciones del Profeta.

Por esa razón me hice el loco, aunque interiormente continué cuerdo.

Su inteligencia es su tesoro y su aspecto de loco es la ruina. El tesoro está en las ruinas. Si mostrara el tesoro entonces estaría verdaderamente perturbado.

El verdadero saber es cosa preciosa y no para cualquier interés mundano.

El sabio es como una plantación de caña de azúcar que crece en él y de la que come.

El verdadero conocimiento no es convencional; es decir, no es lo que las gentes dan como conocimiento. Y no es adquirido; es decir, es el conocimiento que no es de nada ni de nadie y que por tanto nadie puede adquirir.

Cuando el que posee ese conocimiento se lamenta de que se nieguen a escucharle, ya no es el verdadero conocimiento.

¿Por qué? Porque muestra que no es del todo consciente de la sutilidad de lo que ofrece y de la naturaleza del que debe recibir su oferta.

Además, el verdadero sabio no busca el proselitismo, porque sabe que es imposible. Sólo las creencias pueden crear prosélitos, la sabiduría sólo crea sabios.

Quien no escucha es seguro que no busca la sabiduría, porque la sabiduría verdadera siempre se muestra a quien tiene ojos para ver.

Quien no tiene ojos para ver es que con sus ojos está buscando algo que no es Él.

El sabio es consciente en todo momento de que si le escuchan está bien y si no le escuchan también está bien. Esa no es en absoluto una cuestión personal, porque el sabio es nadie.

Quien utiliza el conocimiento para ser reconocido, para ser admirado, para ser alguien y no para la iluminación, exclusivamente, es tan necio como el que busca la gloria mundana.

Ese busca el conocimiento para que los vulgares y los que se dicen nobles y sabios le reconozcan y no para liberarse del mundo, de su ignorancia y de sus sufrimientos.

Ese no busca el conocimiento y la verdad, sino que se busca a sí mismo a través de lo que da por conocimiento, pero que en realidad no lo es.

El auténtico conocimiento sólo libera.

El que busca protección en el conocimiento, ese tal, es como ratón que escarba en todas direcciones.

La poca luz que tiene le impide entrar de nuevo en su madriguera, volver atrás, pero es incapaz de salir a campo abierto fuera de la protección de sus túneles.

Puesto que no es capaz de salir a campo abierto, salir a la intemperie, continúa esforzándose en la oscuridad, intentando encontrar una solución donde no la puede haber.

Pretende que el conocimiento no le deje en la pura intemperie, sino que le sirva de cobijo.

Sólo las alas de la sabiduría le liberarán de su cualidad de ratón y volará como los pájaros.

Si no busca las alas de la sabiduría que le permitan salir a campo abierto, sin protección ninguna, no podrá volar a las estrellas.

El conocimiento que carece de alma está enamorado del semblante de los clientes; y aunque sea robusto en la argumentación, se siente muerto en cuanto no tiene público.

El comprador del auténtico conocimiento es Dios, no el ego. Dicho con otras palabras: sólo el conocimiento busca al conocimiento.

Sólo el discernimiento, que ya es el conocimiento, busca el conocimiento; y la recompensa del auténtico conocimiento es el conocimiento mismo.

Dios, que es el comprador, eleva al sabio. Su ganancia es la verdad y la belleza. El sabio abandona a los clientes insolventes, hechos de arcilla.

El sabio no compra arcilla, no come arcilla, no busca arcilla. El que come arcilla está pálido.

Come tu propio interior, donde está "lo que es", para que tu rostro sea siempre joven y radiante con la iluminación divina.

El don de la sabiduría no está dentro del ámbito de nuestro trabajo, es don de la gracia de “eso que es”. Que Él tome nuestras manos, para que no confiemos más en ellas; que las compre y nos libere de ellas.

Que Él levante el velo de la ignorancia que nos separa de Él; que no rasgue el velo que cubre nuestras vergüenzas, no sea que desfallezcamos.

Que “el que es” nos redima de nuestro yo, porque el “yo” es como un cuchillo que está alcanzando nuestros huesos.

¿Quién, si no “eso único real”, liberará de las cadenas a seres sin ninguna ayuda como nosotros? ¿Quién, sino “el único real”, puede abrir ese fuerte candado?

El que busque la verdadera sabiduría debe volver su cabeza hacia “el que es”, porque está más cerca de nosotros que nosotros mismos.

Él es el “real”, nosotros somos únicamente “los que nos creemos ser”.

“El que es real” es más nosotros mismos que nuestra vacía representación. Incluso el anhelo de realidad es Él; no sale un rosal de un pozo de cenizas.

Sin la completa gratuidad y el don, no puede entrar esa sutilidad de comprensión en medio de la sangre y las entrañas.

La luz nos llega por dos pedazos de carne, nuestros globos oculares; y la luz que por ellos nos llega alcanza hasta el cielo.

Del trozo de carne que es nuestra lengua, fluye la sabiduría como un río y llega a dos cavidades en nuestra cabeza que son los oídos. Desde esos trozos de carne llega a nuestros pensamientos.

Esa es la carretera por la que penetra la sabiduría a nuestro interior; ahí, en ese interior, está el jardín de las almas, los huertos y vergeles del mundo son sus ramas.

Ésa, ésa es la fuente y el manantial de alegría: rápido, recita “jardines bajo los cuales fluyen los ríos”.¹⁶

16 Rûmî: *Mathnawî. T. II*, Madrid 2003, Editorial Sufí, pg. 185.

Fin de las amonestaciones del Profeta al enfermo.

Cuando alguien está sometido a las astucias del alma carnal, que son las astucias del ego, comete estupideces que le dañan profundamente.

Quien está sometido al ego, no tiene ayuda eficaz de nadie; donde quiera que se agarre es como hundirse en el agua y asirse a briznas de paja.

El ego es un candado que no se abre. Quien está preso por él, ni tiene la paciencia necesaria para escapar, urgido por lo inmediato; ni tiene esperanza de reconocer al ego como un enemigo de la gran cualidad, porque se identifica con él;

ni tiene la oportunidad de rebelarse contra él, por la misma razón.

Para quien está en esta situación, y ¿quién no lo está?, el sabio es una presencia iluminadora.

Hay una ventana que va del corazón del sabio al corazón del preso, por ella entra la luz que separa la verdad de lo falso.

¿Es un camino adecuado dañar al yo para liberarse de su cárcel?

Rûmî plantea el problema en los términos de la mitología del juicio final: más vale sufrir en esta vida, que padecer los horribles suplicios de la otra; más vale el dolor en esta vida que en la otra.

Nosotros tendríamos que planteárnoslo sin ese soporte mitológico: ¿es correcto desear y pretender el daño del ego para conseguir abrir su candado?

Cuando aparece la enfermedad y el dolor, sea del tipo que sea, priva al alma de descanso.

Lastrados por la enfermedad o el dolor no nos es posible la lucidez, la valentía, el coraje que se precisa para andar por la Vía.

El que está afligido se vuelve inconsciente de sí mismo y del bien y del mal, sólo vive consciente de su dolor.

No intentes arrancarte de raíz, porque esa pretensión es para tu yo una montaña demasiado pesada para soportarla.

Quien emprende ese camino, el de castigar e intentar arrancar al ego de raíz, estará en la última etapa del camino como en la primera.

Sólo el perfume del sabio libera de esa trampa.

¿Qué trampa? El yo intentando matar al yo.

El sabio conduce, a través del desierto de la egocentración, a la frontera.
Sólo el sabio nos trae las bandejas de alimentos que bajan del cielo y el agua que brota de la roca.

Nos parece que la sabiduría del sabio en ocasiones nos ama y en otras nos detesta; tan pronto prende fuego a lo que consideramos nuestros más preciados bienes, como resulta refugio contra la aflicción.

Nuestra alianza con los sabios se rompe cientos y miles de veces. Se rompe cada vez que vemos amenazados nuestros bienes por la sabiduría; y se recompone cuando la aflicción nos invade.

Nuestra alianza es paja expuesta a cualquier viento; la firmeza del sabio es como la de cien montañas.

“El que es” es el señor de todas las mutaciones.

Ya nos hemos visto como realmente somos; ya hemos conocido nuestras vergüenzas, no nos pongas más a prueba mostrándonos otras de nuestras vergüenzas.

Muéstranos tu belleza y perfección vacía de límites. Tu infinitud recubra nuestra ignorancia que parece concreta, pero que es vacía y sin límites.

No pares tu mente en tus vergüenzas, no escarbes para encontrar más y más vergüenzas, vuelve tus ojos a “eso que es” en tu propio interior.

Atiende a verdad y belleza de “Eso” en ti y “Eso” disolverá todas tus vergüenzas.

De nuestras ropas sólo quedan hilos, de nuestra ciudad sólo queda un muro.

Que “el que es” salve lo que queda en nosotros de nobleza, no porque lo merezcamos, si no por la misericordia que busca lo que está perdido.

El poder de “eso que es” es unidad y la unidad es para nosotros misericordia.

A nuestra carne y nuestra grasa se le permiten sentimientos de compasión y gratuidad, eso nos posibilita volvernos a nuestra fuente.

Rûmî vuelve a hablar desde el mito del Diablo y la caída de Adán y dice que la astucia del demonio recayó sobre él.

Vio la partida, pero no vio las doscientas jugadas; quemó los trigales de otros, pero el viento llevó el fuego a sus propios trigales.

¿Qué quiere significar con estas expresiones míticas?

El ego juega corto; la Luz tiene en cuenta las doscientas jugadas.

El ego considera siempre la artimaña que perjudica a su enemigo; la ceguera que el mismo ego provoca, que parece maldición divina, hace que el ego vea falsamente porque ve como envidioso, engreído de ser alguien y, por tanto, malicioso.

El mal que hace, se vuelve para golpearle; así ve las jugadas al revés por ello acaba en jaque y mate, en fracaso y derrota.

En la evolución de las circunstancias el ego todo lo calcula desde el "cortoplacismo", por lo que en la mayoría de las ocasiones, si no en todas, acaba en daño del mismo ego.

Si abandonara su engreimiento y se considerase nada, si viera su herida mortal e infectada, el dolor frente a su situación le arrancarí­a el velo de su soberbia.

Hasta que las madres no sienten los dolores del parto, el niño no puede nacer. Los consejos de los santos y profetas son como la comadrona. El dolor abre camino al niño.

Los duros consejos de los sabios abren a la vida.

Hay dos formas de decir "yo". Una de las formas lo dice sin sufrimiento, como quien dice "yo soy Dios". La otra forma no dice "yo" en el momento adecuado y en la perspectiva adecuada.

El "yo" de Hallāj se convirtió en misericordia; el "yo" del Faraón, fue una maldición. ¡Mira bien cómo dices "yo"!

Si das realidad a tu yo, eres como el Faraón, si comprendes su vacío de realidad, eres como Hallāj

El "yo" es como un gallo inoportuno que canta a destiempo.

Matar el alma carnal en la guerra santa es renunciar al "yo"; se asemeja a quitarle el aguijón a un escorpión o a extraerle el colmillo venenoso a una serpiente.

Si les quitas el aguijón y el colmillo venenoso, impides que maten al escorpión y a la serpiente.

Matar al alma carnal es sólo quitarle el aguijón al yo. Si le quitas el aguijón, no será necesario que le mates, estará a tu servicio.

Nada somete al alma carnal si no es la sombra del maestro. Él muestra, él es la otra dimensión que hace sombra densa a esta dimensión.

Agárrate con fuerza a su ropa; pero no podrás asirte de él si no es por la fuerza de la atracción que ejerce sobre ti.

Pero no olvides que “no tiraste tú la flecha cuando tiraste”; lo que siembra el alma, viene del Alma del alma. Lo que viene del ego, vuelve al ego y lo reafirma.

Él toma tu mano y lleva la carga, Él es el aliento que te mueve.

“Eso que es” tarda en asir, pero cuando lo hace, lo hace con fuerza; su presencia no te permite estar ausente de Él ni un instante.

También los males provienen de Él, pero no por eso hay defecto en su perfección.

Un pintor pintó a José y a hermosas huríes y también pintó efrits y diablos. Ambos tipos de cuadros muestran su maestría.

Pinta lo feo en su extrema fealdad para mostrar la perfección de su arte. Sería mal pintor si no pudiera pintar lo mal parecido.

Él es el Creador del infiel y del sincero.

“Lo que es” es como es y como viene. Hay que reconocerle en lo bueno y en lo malo. En definitiva siempre es Él, que es unidad y, por tanto, amor.

La infidelidad, como la fe, da testimonio de Él y se inclinan ante Él. Uno se postra ante “el que es” voluntariamente y el otro se postra involuntariamente.

La realidad de “lo que es” es como una roca. O te vuelves roca o te estrellas contra la roca.

El fiel mantiene la fortaleza frente al enemigo por amor al Rey, el rebelde lo hace por otro deseo, pero en definitiva la fortaleza es del Rey.

El feo, con su fealdad está proclamando que “el que es” puede crear además lo bello.

El que es hermoso proclama que el Rey de la belleza y hermosura le ha librado de defectos.

Él es el Único Actor; Él es el Único. Así es, con todo el misterio del bien y del mal. Así es lo que es, y "lo que es", es Uno.

No hay explicación racional para dar cuenta de esta manera de ser de "lo que es".

Los males peores son los que surgen de las consecuencias de los "egos" y sus actuaciones egocentradas;

son las consecuencias de nuestra condición de animales depredadores, que en vez de residir en la unidad del Único, residen en su condición de depredadores sin piedad.

Más instrucciones del Profeta al enfermo para enseñarle a orar.

El que facilita lo que es difícil, nos dé el bien en la morada presente y en la futura.

La morada presente es la residencia en el ego; la morada futura es la residencia, ya ahora, en la dimensión de nosotros mismos que trasciende el ego.

Que el camino nos resulte agradable como un jardín porque Él es nuestra meta y es nuestro mismo camino.

El infierno es el camino común a los humanos, buenos y malos, porque todos caminamos sometidos al ego.

Mientras caminamos guiados por el deseo, el mundo se nos presenta como un verde jardín, porque no vemos ni el humo ni el fuego.

Nuestros deseos y expectativas nos lo representan como un jardín.

Creemos caminar por un jardín, pero es un infierno y lugar de castigo para los que no comprenden.

La guía y el amor a "lo que es" convierten nuestro aparente jardín, aunque real infierno, en un huerto verdadero de verdor, rosas y abundancia.

El amor a "Eso", a Dios, que es el amor al Único, a la Unidad, ha apagado nuestro fuego, ha convertido las llamas de la lujuria, en verdor de piedad; nuestra hoguera de codicia, en altruismo; las espinas de la envidia, en rosas; nuestra arrogancia, en lealtad.

Donde se apaga el fuego del infierno, que enciende el yo, los ruiseñores del reconocimiento cantan junto a las aguas de vida.

Hacer el bien es que el fuego del ego se extinga ante Él, de lo contrario nadie es bueno; es estar intoxicados por el Escanciador del vino en la copa.

¿Qué es la copa? Todo lo que nos rodea es copa.

¿Qué es estar intoxicado por el Escanciador?

Es inclinar y empeñar nuestras vidas ante su luz y su atractivo, aquí.

Para liberarse del infierno del ego, la llama de la tribulación quema las impurezas del que se enamora de Él.

Los que se enamoran de Él son como las polillas que se acercan a la llama que es el rostro del Amigo, el rostro de Eso sin rostro.

Salir de sí mismo siempre se presenta, y casi siempre se vive, como tribulación, aunque en realidad es un gozo.

Acércate a quienes como polillas se abrasaron en su fuego. Esas almas enamoradas serán para ti como una cota de malla; tu morada en su proximidad colmará tu copa de vino; su luz será tu luz.

Establece tu alma dentro de sus almas. Eres una luna llena, tu lugar es el cielo.

Los sabios son la luna perfecta; que tu luna no se separe de su luna. No te hundas en las partes y en la diversidad.

Comprende cómo lo invisible se ha hecho visible.

Deseas que te engañen con halagos y arrullos. Tomas las palabras que te resultan dulces, y como si fueran oro las guardas en tu seno.

Más te valdría escuchar las reprimendas y golpes de los sabios, que la alabanza de los que han errado el camino.

Trágate las bofetadas de los sabios y no tragues las marrullerías de los descarriados. Los sabios harán que tu cuerpo sea como espíritu.

Si ves a alguien desnudo y desamparado es que ha huido de los sabios. Huyendo de los maestros cae en manos de su ego y sus llamas.

Quien se aleja de los maestros se aleja de la felicidad, huye de ella. Verifica por ti mismo esta certeza.

Aprende el camino a la sabiduría, que es el camino a Él. En el otro mundo, -que es este mismo mundo visto no desde los ojos ambiciosos del ego-, nada valen los bienes que obtengas desde las actuaciones de tus deseos, temores y expectativas.

Todos los trabajos que te tomes desde tu ego, desde el mundo que das por real, son sólo arena y juegos de niños, pasatiempos inútiles.

De todo eso nada queda cuando llega la noche, como nada queda de los juegos del niño cuando, cansado, se duerme.

Este mundo, el que en tu vida cotidiana das por real, es como el patio de recreo de los niños, la muerte es la noche.

No llegues a la cama cansado y con la bolsa vacía.

Si trabajas a la luz de los sabios, el resultado será la Luz y el Amor. Todo el resto es arena que se escapa de entre las manos.

Diálogo de Iblis (Satán) y Mu'awiya.

Mu'awiya está encerrado en su palacio y alguien le despierta por la noche. No ve a nadie. Busca y encuentra detrás de una cortina a un individuo. Le pregunta quién es y qué hace allí despertándole. El intruso le contesta francamente que es Iblis, el maldito.

Iblis le responde que ha venido a despertarle porque la hora de la oración se está pasando.

Mu'awiya desconfía de que el diablo quiera conducirlo al bien; que un ladrón quiera guardar la casa.

Rûmî utiliza el mito de Iblis para plantear un diálogo de la conciencia de Mu'awiya con su propio ego.

La fuente del engaño y del robo de la propia riqueza no está fuera, está dentro de uno mismo, escondido detrás de las cortinas de nuestro propio interior.

Discurso de Iblis a Mu'awiya.

Bajo forma mitológica Rûmî expone el discurso del yo a la conciencia.

El yo no es enemigo de la Luz. El yo brotó de la Luz, es luz de la Luz. Su ser está en comunión con la Luz.

Oyó la llamada de la Luz y no puede olvidar su patria, que es la comunión y la unión.

El amor a “lo que realmente es” está sembrado en lo más íntimo de su naturaleza. Su realidad es haber bebido el agua de la vida y haber catado el vino.

El yo, desde su arranque, tiene la experiencia de la dimensión absoluta de lo real; por tanto, desde su mismo nacimiento ha bebido el agua de la vida y ha catado el vino.

Su realidad es una misericordia, es el agua misma de la misericordia.

El yo surgió de su nada porque surgió de la Fuente. “El que es”, la Fuente, le puso en un río de amabilidades. El mundo en que habita es como una rosaleda.

“Eso que es” fue la leche de su infancia y le nutrió en su crecimiento y juventud. Toda su existencia es agua del Mar de la Generosidad. Todo existir es una misericordia.

Venir a la existencia es como una moneda de gran valor, el mal es sólo una parte pequeña de aleación.

La existencia y el jardín en el que moramos es pura generosidad, es gratuidad completa.

¿Cuál es la fuente de esa generosidad completa? Si decimos “Eso que es”, o decimos “Él”, es sólo un apuntamiento. Sólo un apuntamiento a lo que no podemos concebir.

Lo que está claro es que la existencia del yo y del jardín en que habita es pura generosidad, aunque no sepamos de quién ni de qué.

Iblis considera que el destino divino le separó de Él. Que su rechazo a adorar a Adán nació de celos y que los celos son otra forma del amor. Amor al “Ser”.

Que el ego se sienta “otro” que su fuente; que se crea una luz frente a la Luz es destino divino, es la forma en la que el agua de la fuente se hace patente en un arroyo.

Si el yo tiene que vivirse como alguien separado de la fuente es por amor a la vida, a la existencia.

Para poder existir tiene que sentirse y comprenderse como alguien separado del jardín y de la fuente.

Si no reconoce el rostro "del que es" en cada flor, en cada animal y en cada árbol del jardín, es porque tiene que subsistir, porque tiene que objetivarlo todo para poderlo depredar.

Se separa de la Fuente y lo separa todo de la Fuente; convierte el jardín en un peligroso campo de caza, y lo hace por amor a la existencia.

Pero "el separado", el ego, no olvida nunca a la Fuente, ni al vino que bebió. La separación es su castigo y es su destino no escogido.

Separado ve la muerte y añora la unión completa con la existencia, porque no se puede olvidar de la existencia de la Existencia.

Cuando entró el yo en el juego de la vida, tuvo que jugar la única jugada que estaba en su mano, la separación. La separación es la fragilidad y el pesar.

Pero incluso en la separación propia del sentimiento de ego, gusta de los deleites del ser, de la vida, del jardín todavía no olvidado.

Aunque se siente separado, el sabor del agua de la vida todavía está en su boca.

La disposición de Él de que fuera un viviente, o dicho en otros términos, nuestra misma condición de vivientes, dio el jaque y mate que creó la separación.

Nada puede hacer el yo para evitar ese error sin principio de esa su naturaleza de viviente.

Ver de nuevo la fuente de la vida en el campo de caza que el yo se ha visto precisado a construir, o no atinar a verla, no está en las manos del yo, como no estuvo en sus manos la separación.

Pero la Fuente de la vida está en el mismo seno del yo. ¿Qué realidad tiene sino es la de la Fuente?

Por consiguiente, la Fuente, desde el mismo seno del yo, desde la intimidad de su intimidad, reconoce a la Fuente.

No es el yo el que reconoce a la Fuente, sino la Fuente la que reconoce a la Fuente.

Mu'awiya argumenta a Iblis sobre la responsabilidad.

Mu'awiya argumenta: las limitaciones radicales a la libertad son verdad, pero no hablas de tu responsabilidad.

Has descarriado a incontables individuos como yo; eres fuego que abrasa y lo incendia todo.

Eres el maestro de los ladrones y del engaño. Eres como el silbo que engaña a las aves para cazarlas.

Donde reina la egocentración, reina la destrucción, la ofuscación de las mentes, el envilecimiento de todo lo noble. La egocentración desvía a los mismos maestros.

Nada es más astuto que el egoísmo. El egoísmo es como una montaña inamovible frente a la cual el resto son como motas de polvo.

El egoísmo es como una inundación que todo lo sumerge; el egoísmo abate a las estrellas y derrota a los ejércitos.

Desde la perspectiva del yo, hay responsabilidad. ¿La hay desde la perspectiva de la Fuente? El arroyo depende de la fuente y de por dónde bajan las aguas.

Dios es Dios para el separado. Si Dios es, es porque el separado se siente tal.

Hay responsabilidad para quien se siente separado, pero ¿a ese sentimiento corresponde alguna realidad?

Sin conciencia de separado ¿qué es Dios? Y sin Dios ¿qué es el separado?
¿Hay alguna dualidad entre la fuente y el arroyo?

La conciencia, Mu'awiya, reprocha al ego su responsabilidad. ¿Pero puede el fuego no quemar? ¿Puede el yo no ser egocentrado?

Iblis niega su responsabilidad.

Iblis es la figura de nuestro propio tentador interno: el egoísmo.

El tentador ¿no será sólo la piedra de toque que muestra si nuestro oro es auténtico o falso?

Iblís se afirma sólo piedra de toque para diferenciar al león del canalla, la moneda verdadera de la falsa.

El tentador no oscurece la cara de la moneda, sólo muestra su valor.

El tentador pone carne y forraje delante del animal para que se muestre si es perro o rumiante. Si va a la carne y los huesos es cánido, si va al forraje es rumiante.

La piedra de toque pone ante los humanos la carne y el espíritu, lo craso y lo sutil. Muestra que si sirve a la carne es como un asno; si sirve al espíritu, hallará perlas.

El tentador no convierte al bueno en malo, ni lo bello en horrible; no ennegrece la cara, sólo se convierte en testigo del rostro negro; no tuerce al árbol, sólo muestra que está torcido; no seca al árbol, sólo muestra que carece de sabia.

El ego y su egoísmo es la piedra de toque que muestra cuáles son tus amores.

Donde se cede al egoísmo, se muestra que no hay amor.

Donde se cede al egoísmo se muestra que lo que parecía cualidad era sólo oropeles.

Donde se cede al egoísmo se muestra al lobo oculto en piel de oveja.

El ego, y su egoísmo, no son culpables porque son una función necesaria para el viviente humano.

El ego es la piedra de toque que muestra quién se identificó con esa función, hasta ser el egoísmo del ego y quien se distanció de esa función necesaria para unirse al reconocimiento y al amor del Único.

El ego, la función necesaria, el que aparece como inductor al mal, es sólo la piedra de toque que muestra quién se dejó seducir por sus señuelos de realidad y quién fue lo suficiente sabio para reconocer sus engaños.

Una función necesaria no puede ser nunca un inductor al mal. Lo que induce al mal es la propia actitud frente a esa función necesaria.

Mu'awiya no exculpa a Iblis.

El ego es una función necesaria, y en ese sentido no es culpable de su poder de seducción. Es un seductor.

Es también, por ello, una piedra de toque que distingue lo que es oro verdadero de lo que sólo lo parece.

Argumenta falsedades, vende expectativas como vestidos preciosos que el sabio conoce y no comprará jamás; promete riquezas y no tiene nada en su bolsa.

Sus argumentaciones engañan a quienes no están suficientemente alerta.

Es difícil vencerle en sus argumentos. Es astuto y hábil. Engañó a Adán con sus palabras. Enciende los deseos que prometen felicidad y que son sólo humo.

El ego es fuente de deseos insaciables, porque amando al Único, sin saberlo, pretende salvar la separación llenando el hueco son seres perecederos.

Por ello no cumple simplemente su función al servicio de la sobrevivencia del organismo, sino que se extralimita y quisiera devorar el mundo.

¿Por qué el ego es insaciable? ¿Por qué no se sacia como los restantes animales?

Porque en su seno lleva el conocimiento de la Fuente, aunque no lo advierta, y ese conocimiento crea una sed que ningún objeto puede saciar.

El conocimiento, aunque oscuro, de la Fuente, le crea una tal conciencia de fragilidad en su separación, que todos los objetos del mundo son insuficientes para apuntalarla.

Iblis argumenta de nuevo.

Los humanos tenemos un doble acceso a lo real, el relativo al ego y sus deseos insaciables y el absoluto que no busca nada.

El ego, y sus deseos insaciables, tienden a invadirlo todo, a engullir toda realidad.

Desde su criterio no hay más que lo que tiene que ver con sus deseos.

Si no discierne desde la otra dimensión de la realidad, no escuchará la verdad aunque dé cien señales.

No reconocerá las vanas expectativas, sino que las multiplicará para escapar de las pruebas de su falsedad.

Convierte lo noble en vil para no tener que sufrir el desengaño de la vacuidad de sus expectativas.

Si no se disciernen los engaños del ego, el separado, y sus deseos insaciables porque recuerda y añora la Fuente, es porque no se hace pie en la dimensión absoluta.

Quien ignora su dimensión absoluta se identifica con su alma carnal, el ego.

No maldigas al ego, que no tiene la culpa. La ignorancia de tu propia naturaleza te hace correr detrás de la gruesa grupa de la oveja. El deseo por esa rolliza grupa ha cegado el ojo de tu inteligencia.

Tu amor por lo que tiene que ver con tus deseos te ha vuelto ciego y sordo. No pelees con el seductor, sino con tu ignorancia. No eches la culpa al ego y sus mecanismos.

Échale la culpa a tu falta de distancia y de lucidez. Tu ego no es culpable porque es nadie, es sólo una función.

Tú tampoco eres nadie fuera de esa pretendida entidad del ego. Si algo eres es sólo tu ignorancia y tu sufrimiento, que toman como una entidad.

Últimas palabras de Mu'arwiya.

Hay otra piedra de toque además de la del ego.

La piedra de toque del ego muestra al lobo que pretende pasar por rumiante, pero no es capaz de mostrar la verdad que es superación de la separación.

Los sabios dan indicaciones que son la piedra de toque de esa verdad.

Dijeron que la mentira es causa de inquietud en los corazones, mientras que la verdad es causa de una alegre tranquilidad.

Al corazón turbado por la separación no le confortan frases falaces. Sólo el sabor de la verdad es el cebo que le atrapa.

La boca enferma no distingue el sabor de la verdad del sabor de la falsedad. Cuando la boca está sana, distingue el verdadero sabor.

La codicia por la carne y el trigo roba la salud del corazón. Cuando el corazón está enfermo por la codicia se presta atención a las falsas promesas.

Sólo la codicia y la avidez abren las puertas a todas las tramas del ego y a todas sus falsas expectativas.

Quien libra su corazón del deseo y se vacía de promesas y expectativas, abre su ojo al secreto que libra de la separación.

Como resumen de la temática podríamos decir: la libertad y la responsabilidad parecen tales, pero son sólo la ignorancia ligada y generada por la separación que provoca el sentimiento necesario de ego.

El prejuicio lleva a la tumba al conocimiento.

Nombraron a un cadí que se puso a sollozar por ello. ¿Cómo enjuiciará un cadí a dos personas que saben su caso mejor que el cadí? ¿Cómo sentenciará sobre sus vidas y propiedades?

Los litigantes conocen su caso mejor que el cadí, pero están incapacitados por sus prejuicios.

El cadí ignora los enredos de sus casos, pero no tiene prejuicios que interfieran en su criterio. Los litigantes están cegados por su propio interés.

La imparcialidad convierte en sabia a la ignorancia.

Mientras no acepte sobornos, ve; cuando actúa bajo la codicia, está ciego y esclavizado.

Quien aparta su corazón del vano deseo, permite que ese su corazón saboree y distinga la verdad de la mentira.

El interés ciega los ojos y conduce a la tumba al conocimiento.

Los engaños de la piedad.

Mu'awiya preguntó a Iblis por qué, siendo un mentiroso y un tramposo, le despertó para la plegaria.

Mu'awiya espera de cada persona aquello que por su naturaleza y disposición le es propio. Sabe que Iblīs es como la semilla de amapola y como el vino, que se llevan el entendimiento y el conocimiento.

No se puede buscar azúcar en el vinagre, ni el aroma del almizcle en el estiércol. No espera de Satán que le despierte con buena intención.

Finalmente Iblīs confesó: quería que fueras a la plegaria, como manda el Profeta, para que te sintieras satisfecho de tu cumplimiento.

Si no hubieras llegado a tiempo a la plegaria, las lágrimas hubieran fluido de tus ojos. Cada uno se deleita en sus obras de devoción y, por ello, no puede perderselas ni un momento.

Si no hubieras llegado a tiempo, tu dolor hubiera sido como cien plegarias. ¿Qué es la oración ritual, en comparación con el resplandor de la súplica humilde?

No cuenta tanto el acto como el espíritu con el que se obra.

La excelencia de un remordimiento sincero.

Alguien que entró en la mezquita cuando todos estaban ya saliendo, después de haber recibido la bendición del Profeta. Cuando lo advirtió, emitió un suspiro que fue como incienso que salía de la sangre de su corazón.

Uno de los fieles que había asistido a toda la plegaria le dijo que le cambiara sus plegarias por su suspiro. El que no había asistido a la plegaria consintió en el intercambio.

El otro se llevó el suspiro, con los anhelos de Dios que suponían.

Por la noche, el que había recibido el suspiro a cambio de las plegarias oyó una voz que le dijo que había comprado el Agua de la Vida; y que por su sabia elección se habían aceptado las plegarias de todos los fieles.

Concluye la confesión de Iblīs a Mu'awiya.

Iblīs retrocediendo a su condición de Azazil, de ángel antes de la caída, confesó a Mu'awiya su mentira.

Si el fiel hubiera perdido las oraciones habría suspirado, sufrido y lamentado. Ese pesar valdría más que doscientas plegarias. Iblis le despertó para que ese suspiro no quemara el velo que oculta “lo que es”; para que su pena no le alcanzara.

Iblis es el engaño, es dar y tomar por real lo que no es más que una ensoñación.

El gran mentiroso es nuestro propio ego, que con sus deseos y expectativas se convierte en un velo difícil traspasar.

El yo no descubre y confiesa sus fraudes más que al que es lúcido.

Las artimañas del yo son como una tela de araña que sólo atrapa a los que son incautos como las moscas.

Quienes se saben halcones blancos del Rey no quedan atrapados en las telas del ego.

El ego es el gran mentiroso porque promete lo que no puede cumplir.

Aquello a lo que despierta el ego es sólo una llamada a dormir a lo verdaderamente real.

Lo que el ego muestra como barco y tabla de salvación es, en realidad, una vorágine que te lleva al abismo de lo no real.

Lo que el ego da por bien es un obstáculo para un bien imponderablemente mayor.

Cuando estás a punto de atrapar al ladrón no te entretengas en reconocer sus huellas.

Perseguir la Realidad se asemeja a aquel que perseguía a un ladrón que había robado su casa, pero que detiene su persecución, cuando ya estaba a punto de alcanzarlo, porque otra persona le llama para que cese la persecución y se fije con detalle en las huellas que ha dejado el ladrón al huir.

El temor a no seguir las convenciones le detiene en su persecución. Si no se siguen las convenciones para buscar la Realidad, piensa, se pueden seguir daños muy graves.

El dueño de la casa, confiando en la bondad de quienes le llaman para que siga las convenciones, pierde la realidad que estaba a punto de atrapar.

A quien ha encontrado la Realidad, ¿de qué le sirven las pistas, si no es para alejarle de ella?

Es vana la palabrería de aquellos que afirman tener la clave de lo real, porque dicen conocerla.

¿Qué pistas pueden ser la clave de lo real? ¿Qué formas pueden ser la clave de lo sin forma?

Quienes pretenden tener la clave de lo Real están afirmando que las formas, por sí mismas, pueden conducir a lo "sin forma".

¿Quiénes pueden decir que tienen la clave de las pistas de lo Real? ¿Quiénes pueden ser tan necios que digan que poseen la verdad, que la conocen?

Sólo los necios pueden afirmar esas cosas.

Todas las cosas son pistas de lo Real, y cuando todo es huellas de lo Real, no existe huella alguna.

Quien dice conocer la verdad, hace de la verdad una realidad junto a otras realidades, una formulación junto a otras muchas formulaciones, una entidad junto a otras entidades.

Nada de eso es la verdad.

Quien tiene esas pretensiones es un aliado del ladrón, es un aliado del ego, el gran velo, el que roba la realidad.

Quienes enseñan verdades a creer y a las que someterse, se hacen, sin saberlo, aliados del ego.

No hay relación ninguna entre la Realidad y las huellas. Quienes quieran atrapar a la Realidad tienen que trascender esas relaciones.

Donde sólo hay Uno, ¿dónde están las huellas, las señales y las evidencias?

Quienes están excluidos de la Esencia Única, porque se creen alguien, pueden ver las acciones de Dios como sus atributos.

Quienes han sido absorbidos en la Esencia, ¿para qué quieren los atributos? Cuando tu cabeza está sumergida en el fondo del río, ¿cómo va a mirar el color del agua?

La piedad de los vulgares es pecado para los elegidos. Lo que vale para los que viven en dualidad está prohibido para los que viven en la unidad.

El estado unitivo de los que cuentan dos, es pecado para los que sólo cuentan Uno.

Si el que era visir del Califa es degradado a jefe de policía, es que cometió una falta.

Quien tiene acceso al trono del Rey, si es alejado de su presencia es porque cometió un error serio.

Cuando el Rey te ha aceptado al umbral a su Presencia, si de nuevo te envía a la puerta, ten por cierto que has cometido un pecado.

¿Cuál es ese pecado?

Haber creído que estar en su presencia era tu porción, tu destino. Con ese engreimiento tú mismo te vuelves al umbral.

Por la estupidez de tu engreimiento que ve dos donde sólo hay Uno, has cambiado tu suerte.

El hombre digno, el que se sabe nadie en toda situación, ese aumenta su suerte.

Los hipócritas y la construcción de una mezquita.

Los hipócritas juegan como Iblís con Mu'awiya. Intentan engañar al Profeta con buenas palabras. Querían construir una mezquita con el propósito de dividir a la comunidad musulmana.

Rogaron con gran humildad, postrándose ante el Profeta, que visitara su mezquita para que fuera bendecida.

Decían que era para los días de lluvia y barro, para que los extranjeros encontraran caridad y alojamiento, para que abundaran los ritos de la religión, para que los amigos se juntaran.

Le pidieron que honrara ese lugar con su presencia y así les honrara también a ellos; que mostrara su favor hacia la mezquita y sus fundadores.

Pero las palabras no salían de sus corazones. La cortesía que sale de la lengua sin sinceridad es como las hierbas medicinales en las cenizas.

No te dejes doblegar por la amabilidad de los que no hablan desde el corazón. Sus palabras son como un puente construido con tablas podridas; quien se apoya en él, se partirá las piernas.

Parecen luchadores armados como verdaderos guerreros, pero son débiles y rehúyen la pelea y abandonan a los compañeros que habían confiado en ellos.

No te fíes de las amables palabras, sino observa los corazones.

Los hipócritas intentaron engañar al Profeta en el asunto de la mezquita.

El Profeta les escuchó e hizo como si asintiera, pero veía su engaño como se ve un pelo en la leche. Cerró los ojos a los pelos para alabar la leche.

El sabio es más amable con los necios que los necios con ellos mismos.

El sabio ve el fuego del infierno que los necios construyen para sí y al que se precipitan como polillas. Intenta alejar las polillas del fuego, pero inútilmente.

El Profeta da largas a la pretensión de los hipócritas de que visitara y consagrara su mezquita. La luz de Dios, la discriminación, le advirtió del engaño.

Hay cristianos y judíos detrás de la pretensión de los hipócritas. Quieren desunir a la comunidad musulmana, quieren que quepan en la mezquita los que profesan la religión cristiana y los que profesan la religión judía y así diluir la fe musulmana.

El Profeta se fue a una campaña guerrera, y cuando volvió les echó en cara a los hipócritas su falsedad y estuvo dispuesto a combatirlos.

El Profeta impidió que la fe musulmana se diluyera en un sincretismo con cristianos y judíos.

Los hipócritas fueron al Profeta, con un Corán bajo el brazo, para prestar juramento. Quien no cumple con la religión ¿cumplirá el juramento?

Dice Rûmî que jurar es una costumbre de los malvados, que los justos no necesitan jurar porque sus ojos son transparentes.

Aquella gente volvió a jurar sobre el Corán que con la construcción de la mezquita sólo pretendían la conmemoración de Dios y responder a su llamada.

El Profeta no les creyó porque comprendió que sus oídos estaban tapados, estaban sellados para que no oyeran la voz de Dios.

De nuevo los hipócritas juraron y perjuraron, porque veían en el juramento un escudo. Pero el Profeta volvió a acusarles de mentirosos.

¿Qué pretende enseñar Rûmî con esta historia?

Que quien cree poseer la verdad no es nunca sincero con quienes no comulgan con su creencia.

Que lo que esos poseores de la verdad buscan es diluir la opinión contraria, combatirla desde dentro, debilitarla para así atacarla mejor y hacer que desaparezca.

Quienes creen poseer la verdad, por más juramentos que hagan, lo que realmente pretenden con sus amabilidades es eliminar las posibles alternativas.

Si no pueden por la fuerza, lo harán con amabilidades, con palabras en realidad hipócritas y con juramentos de buena voluntad.

El Profeta fue implacable con los hipócritas, a pesar del escándalo de uno de sus compañeros.

El Profeta denegó la petición de los hipócritas con dureza.

Un compañero del Profeta se escandalizó de que avergonzara a ancianos venerables.

Pensó que un verdadero Profeta debería ser generoso, pasar por alto los pecados, respetar los sentimientos de los demás, echar un velo sobre cien mil faltas.

El seguidor del Profeta, después de tener estos pensamientos, se arrepintió y pidió ayuda al Profeta para controlar su corazón.

Se quedó dormido de pronto y tuvo una visión: vio la mezquita llena de estiércol, muge, hollín, humo negro. Se despertó y comprendió el sentido del sueño.

El Profeta había sido lúcido y él se había dejado engañar por buenas palabras sin ver la intención que se escondía en ellas.

Comprendió que era mejor la respuesta tajante del profeta que su tolerancia y paciencia. El Profeta no admitía que se mezclaran las tinieblas con la luz.

Comenta el texto que si se observa con detenimiento la actitud de quienes actúan con doblez, se llegan a ver las diferentes capas, que están unas sobre otras, como en una cebolla.

Los que son sinceros no tienen dobleces, y eso lo ve quien tiene ojos para ver.

Los que se oponían a la claridad y pureza del mensaje del Profeta se aliaron entre ellos para mejor oponerse a él.

Es como si quisieran destruir la Kaaba y la solidez del Islam para que todo fuera una convivencia difusa de cristianos, judíos y musulmanes, sin formas claras y definidas.

Los que se oponen a una auténtica espiritualidad, porque se sienten amenazados en sus intereses por ella, no pueden afrontarla de cara, es demasiado sutil, no tienen argumentos fuertes contra ella, sólo pueden atacarla con astucia, con engaño o ignorándola por completo.

Todos los compañeros del profeta tuvieron sueños que les ayudaron a ver con lucidez lo que era ataque, pero que parecía amabilidad y concordia.

A los amantes de Dios les conviene desdeñar lo que no es Él.

Los amantes de Dios toman la moneda sin adulteraciones y la reconocen sin necesidad de aplicarle la piedra de toque.

Las enseñanzas del Maestro, que son revelación, les muestran siempre lo que les falta, la luz de la intuición que genera la certeza que todavía les falta.

La Verdad es como una camella perdida.

Si has perdido una camella, cuando la encuentres sabrás que es la tuya. Cuando encuentres la verdad extraviada, también la reconocerás como tuya.

El caravanero tiene que colocar su carga sobre la camella y la camella no está. Pregunta por todas partes si alguien ha visto su camella, porque su equipaje está en el suelo, se echa la noche encima y la caravana ha partido ya.

Pide indicios de su camella a todos los que encuentra, pero cada uno de los que le contestan da unos rasgos distintos. Unos señalan una dirección para encontrar a la camella y otros, otra.

Unos dicen que tenía las orejas cortadas, o que llevaba una silla bordada, o que estaba sarnosa y calva.

Todos los que dan este tipo de pistas, esperan algún beneficio.

Así ocurre con la Verdad; la señalan en direcciones diferentes, la describen con rasgos muy diversos y contrapuestos.

Todos esos que pretenden dar pistas para reconocer a la Verdad, esperan también obtener algún beneficio, aunque no sea más que la confirmación de su propia opinión de lo que es la Verdad.

Perplejidad ante doctrinas discordantes.

Cada uno describe al que es invisible, a Dios, de formas distintas. El filósofo da una explicación que el teólogo escolástico niega, un tercero se burla de las dos anteriores, mientras un cuarto se esfuerza al extremo para demostrar que conoce a Dios.

La verdad es que ninguna de esas personas está en lo cierto, pero tampoco son un rebaño extraviado del todo, porque nada es falso sin lo cierto. Si hay monedas falsas es porque las hay verdaderas. Sin verdad no hay mentiras.

No digas que todas las afirmaciones son falsas. Sin el brillo de la verdad nadie podría vender mentiras.

Entre los que llevan el manto del derviche hay uno que es auténtico. Prueba y acepta al verdadero.

Si no hubiera cosas defectuosas, cualquier tonto sería un astuto mercader. Si no hubiera defectos, cualquiera sería un competente tasador.

Los que dicen que todos los que hablan de Dios son verdaderos, cometen un error; y quienes dicen que todos son falsos, también.

El brillo de la verdad permite que haya monedas falsas; hay madera y madera de aloe.

Los que trataron con profetas, esos ganaron; los que lo hicieron sólo con el color y el perfume, están ciegos.

No todo lo que parece riqueza lo es, ¡frótate bien los ojos para reconocer la verdadera riqueza! No todo lo que se vende en el mercado es beneficioso.

Considera la perdición del Faraón y cómo se dejó engañar por el brillo mundano.

Ponlo todo a prueba.

Mira una y otra vez al cielo sin defectos. Nuestra tierra oscura necesita mucha contemplación y discernimiento para limpiar su negrura.

¡Cuánta tribulación ha de soportar nuestra mente para aclararse!

El invierno, el otoño, el verano y la primavera, los vientos, las nubes y los relámpagos, todo resalta las distinciones para que la polvorienta tierra saque lo que lleva en su seno, piedra o rubí.

Toda la gran diversidad, bien comprendida, descubre el tesoro.

Que nuestra tierra declare lo que ha robado del Mar de la Generosidad. La tierra es ladrona que dice que no ha robado nada.

El Gobernador la tortura, para que entre la fuerza y el favor, el miedo y la esperanza, saque a luz las cosas ocultas que lleva en su seno.

La amabilidad de la primavera, la intimidación del otoño y la muerte del invierno están ahí para desenmascarar al ladrón.

Quien libra la batalla del espíritu pasa por la expansión del corazón y también por la opresión y el dolor, porque la arcilla de nuestros cuerpos es la negadora y la ladrona de la luz del alma.

Dios ha mezclado para nosotros el calor y el frío, el pesar y el dolor, el miedo y el hambre, para que se muestre a la vista la moneda del alma.

Puesto que están mezcladas la verdad y la mentira, las monedas auténticas y las falsas, necesitamos una piedra de toque que haya pasado muchas pruebas valorando realidades, para que se convierta en criterio entre fraudes y actos de amor.

No temas ponerte a prueba, pero bebe la leche del reconocimiento.

Si quieres discernir, reconoce la leche de la alianza primordial, la que yace oculta en tu mismo seno, así te librarás de falsas nodrizas.

En tu seno llevas el discernidor.

La persona que buscaba la camella perdida.

Has perdido tu camella y todos te dan pistas. No sabes dónde está el animal, pero sabes que todas esas pistas son falsas.

Quien busca la camella, que es la realidad de la Realidad, siempre encuentra imitadores que sólo buscan lo que parece real pero que dicen buscar también la Realidad.

Esos imitadores dicen también buscar la camella, porque codician al animal. El farsante no distingue los indicios buenos de los erróneos; las palabras del auténtico buscador le sirven de bastón al farsante.

Cuando al buscador le mencionan pistas correctas, le legan la certeza en la que no cabe duda. Esas pistas son remedio para su alma enferma, devuelven la salud y el color a la cara.

Le brillan los ojos y se aceleran sus pies; su cuerpo se transforma en alma, y su alma en espíritu, todo él se sutiliza.

Entonces comprende que le han dicho la verdad, indicaciones y mensajes claros, señales, informaciones y pruebas seguras.

Quien recibe la pista, sigue al que se la dio.

Quien busca sólo la apariencia, sin conocer la camella, no aumenta la certeza con la pista correcta. Pero el empeño y ardor del auténtico buscador despiertan la sospecha de que sus exclamaciones no son mera palabrería.

Cuando un mentiroso viaja con un veraz, su mentira se vuelve verdad. En el desierto en el que buscaba la camella, el mentiroso encontró la propia.

Cuando la vio, recordó que era suya y dejó de codiciar los camellos de amigos y parientes.

El imitador se tornó auténtico buscador cuando vio al animal.

En ese momento se transformó en el buscador que no era cuando entró en el desierto. Comenzó a ir solo porque abrió los ojos a su propia camella.

Separado del buscador, comparte su espíritu. Antes robaba la descripción del animal, hasta que vio su propia camella.

No la buscaba hasta que la encontró. Sus acciones se han transformado por completo.

La ficción ha desaparecido y se ha realizado la honradez. Su búsqueda equivocada se ha transformado en medio de alcanzar a Dios; no le acuses.

El que seguía pistas incorrectas, su sinceridad le convirtió en buscador; la búsqueda y trabajos del que iba errado le han conducido a un sentimiento de sinceridad.

Sembraba en la tierra sin esperanza de salario y no fue así, sino que resultó muy rentable, porque por cada grano que sembró crecieron ciento.

El ladrón entró en una casa que creía que no era suya; cuando estuvo dentro vio que era la suya propia.

Aguanta la aspereza para que llegue lo suave.

No hay dos camellas, sino una sola. La expresión es limitada pero el sentido claro.

A quien conoce a Dios, le falta la lengua, dijo el Profeta.

¿Qué sabes del cielo y del sol? Este cielo no es más que una brizna de paja, y este sol no es más que una mota del verdadero cielo y del verdadero sol.¹⁷

Observa, no sea que lleves dentro de ti una mezquita hipócrita.

Cuando quedó claro que lo que construyeron los hipócritas no era una mezquita sino una casa de intrigas, el Profeta ordenó destruirla y convertirla en vertedero de basuras y cenizas.

El fundador de la mezquita era falso y lo era también la mezquita. No era generosidad sino cebo que se pone en una trampa. El cebo que captura al pez no es regalo.

La mezquita sin vida no tenía similitud con la auténtica.

En los humanos también hay diferencias. Prueba tu trabajo con la piedra de toque, no sea que construyas una mezquita muerta.

No te burles de los falsos constructores de mezquitas, porque si lo consideras con cuidado, también tú has sido uno de ellos. Decías y hacías una cosa y pretendías otra.

17 Rûmi: *Mathnawî*, Tomo II, Madrid, 2004, Editorial Sufi, Pg. 227.

Ve tu propio defecto.

Cuatro indios entraron en la mezquita a orar. Oraron muy devotos hasta que entró el muecín. Entonces uno habló preguntándole si era ya la hora de la oración. El segundo indio le reprendió por interrumpir la oración. El tercero dijo al segundo que no le reprendiera. El cuarto habló dando gracias a Dios por no haber caído en la falta de los otros.

Así estropearon la plegaria los cuatro, y los que criticaban se extraviaron más.

Feliz el que ve sus propios defectos.

Si ve un fallo en otro, anhela poderlo reconocer en él, porque una mitad del hombre pertenece al reino de las faltas y la otra mitad al reino de lo invisible.

Tienes diez heridas en la cabeza, ponte la venda a ti mismo. Reconocer la herida es el remedio para el que tiene falta.

Cuando estés contrito, será el momento de la piedad. Cuando te sabes pobre y nadie, es el momento de la piedad.

Aunque no tengas el mismo defecto que otro, no te sientas seguro y teme porque puede aparecer más tarde.

No te sientas seguro porque también Iblís fue uno de los más altos de los puros, y después cayó en error y desgracia. Su fama se tornó en infamia.

Es una advertencia para ti.

No muestres tu cara hasta haberla limpiado con temor.

No critiques al barbilampiño hasta que no te crezca la barba.

Escarmiento en cabeza ajena.

Unos sanguinarios turcomanos entraron en un pueblo para saquearlo. Encontraron a dos notables; ataron a uno para sacrificarlo delante del otro, a fin de que se aterrorizara y entregara su oro.

Los dos eran pobres, no tenían oro, pero los turcomanos no les creyeron y siguieron con su propósito de matar a uno para aterrorizar al otro y diera su oro.

El notable que iban a asesinar les dijo a los turcomanos que puesto que no le creían, ¿por qué no mataban al otro notable para asustarle a él y entregara así su oro?

Rûmî argumenta que los seguidores de Muhammad venían después de pueblos, como el de Noé y el pueblo de Hud que fueron destruidos para mostrar misericordia a los musulmanes.

Los mató para que los musulmanes le temiesen y entraran por el buen camino.

La doctrina está expresada en lenguaje brutal, propio de la época, pero la enseñanza es excelente: que los errores que llevaron a otros a la destrucción pueden ser para nosotros una misericordia, si sabemos comprender.

Bendito el que se escarmienta en cabeza ajena. Afortunado el que, viendo el error de otros, corrige su propio camino.

Desgraciado el que con su error y su destrucción sirve de escarmiento a otros.

Quienes se excusan de seguir a los sabios.

Quienes hablan mal de los sabios; los que se toman a la ligera sus mandatos y no les preocupa dar cuenta ante Dios;

-los que están esclavizados al alma carnal por amor a este mundo;

-quienes se apartan de los dichos de los consejeros sinceros y apartan su rostro de los justos;

-los que se alejan del espíritu y de los que lo cultivan;

-los que se comportan hipócritamente con los sabios;

-los que piensan que los satisfechos, los sabios, porque no ansían nada, son sólo mendigos codiciosos y los miran con mal ojo y animosidad;

-los que interpretan siempre mal a los sabios diciendo que si aceptan algo es porque son pordioseros y que si no lo aceptan es porque son orgullosos;

-los que se excusan diciendo que las tareas de la vida les impide cultivar el espíritu;

-todos esos van por camino errado.

Algunos piden que otros recen por ellos para ser contados entre los justos. Pero ni eso lo dicen con pasión y ardor; es como si alguien soñoliento dijera algunas palabras y se durmiera otra vez.

Se excusan diciendo que tienen que trabajar duro para ganarse legítimamente la vida. ¿Hay algo legítimo olvidándose de Él?

Pueden pasar sin Dios, pero no sin comida y sin los bienes de este mundo. Pueden pasar sin Él, pero no sin sus apegos.

No te abstienes de este mundo pasajero, pero te abstienes del que extendió la tierra como una alfombra.

No te abstienes de los deleites y el lujo, y te abstienes de quien es la fuente de todo esto.

Si comes pan sin tener a la vista los atributos de Dios, se te atascará en la garganta. ¿Cómo digerir un bocado sin verle en sus criaturas?

Sólo el que es como ganado, como un asno o un buey, y aún peor, habita este jardín y bebe de este estanque de aguas claras sin verle a Él.

Con el cerebro embotado y la mente turbia, su vida ha pasado y se queda sin nada.

Excusarse diciendo “estoy pensando en ello”, es puro engaño.

Cuando proclama para consolarse que “Dios es misericordioso”, es truco de su alma carnal.

Muere de ansiedad por el pan de cada día, ignorando al compasivo y misericordioso.

Dos formas de ser anciano.

Un anciano se quejaba amargamente a un médico de sus achaques: su mente ya no funciona como antes, tiene manchas en los ojos, tiene dolor de espalda, no digiere bien, le cuesta respirar.

El médico le responde que la debilidad de la mente ocurre con la edad, que todos sus achaques son cosas de la edad. Con la ancianidad aparecen doscientas enfermedades.

El anciano se encolerizó con el médico y le acusó, con insultos, de ignorante. A esta reacción del anciano, el médico le respondió que también la falta de control y paciencia son fruto de la edad.

Hay otro tipo de anciano que está embriagado por seguir el camino de vida excelente señalado por los sabios y profetas.

Externamente parece viejo, pero por dentro es joven. Sabe de lo que está más allá de la vida y de la muerte. ¿De qué va a lamentarse?

El sabio te sonrío, pero no creas que sea lo que aparece. En su interior hay cien resurrecciones.

Conoce el infierno y el paraíso. Está más allá de cualquier pensamiento que puedas concebir.

Todo lo que puedas pensar perece y desaparece. "El que es", Dios, no entra en tu pensamiento.

Los que se comportan con arrogancia delante de él, no saben quién hay dentro.

Los necios veneran la mezquita y se oponen a los que tienen un corazón en el que Dios reside.

La mezquita es material y perecedera; la verdadera mezquita es el corazón del sabio.

La mezquita del corazón del sabio es un lugar para la adoración a Dios; Dios está realmente ahí.

Los necios ven a los sabios y profetas y viendo su cuerpo creen que son hombres.

Mira qué clase de ancianidad quieres para ti.

Preocúpate por no ser viejo de corazón y espíritu; observa si hay señales de ese terrible tipo de ancianidad en ti.

Quien no le reconoce es como si le encerraran en un sepulcro.

Un niño lloraba amargamente junto al féretro de su padre y se lamentaba de que lo fueran a enterrar.

Decía al cadáver: te llevan para aplastarte bajo la tierra; te llevan a una casa estrecha sin alfombras, ni lámparas, ni pan, ni aroma; sin un vecino con el que conversar.

Llevan tu cuerpo a una casa ciega y lóbrega; un lugar despiadado donde se perderá tu cara y tu color.

Como ese cadáver que llevan a enterrar son las señales de los que se descarrían, aunque no se enteren.

Su corazón no está iluminado por los rayos del sol de Dios; es como una estrecha y oscura tumba que carece del sabor del Único.

En ese corazón no ha brillado el fulgor del sol; todo en él es tan estrecho que no es posible ni abrir la puerta.

Que el que está en esa tumba, se levante de ese sepulcro. Su naturaleza es de viviente hijo de vivientes, ¡que no se ahogue en esa tumba!

Tu naturaleza es de sol, ¡sal de esa cárcel y que se vea tu verdadero rostro!

Como Jonás, sal de la tripa del pez, y saldrás si le reconoces. Reconocerle es glorificarle. Si no le reconoces no saldrás de esa prisión.

¿Qué es la glorificación? Es tu noticia original. Si no la recuerdas atiende a los sabios y profetas.

Quien le reconoció es de Dios; quien haya visto ese mar es pez.

Quien le reconoce sabe que está en su seno como el pez en el océano.

Reconócele como hizo Jonás. Si Jonás no le hubiera reconocido hubiera perecido en el estómago del pez. Si reconoces te salvarás, de lo contrario serás digerido.

Este mundo es un mar y en él hay muchos sabios y profetas que son como peces moviéndose en su seno.

Abre los ojos y los contemplarás, y si no puedes verlos oírás su testimonio.

Practicar la paciencia es el alma del reconocimiento. Ten paciencia porque tenerla es reconocerle.

La paciencia es la clave del alivio y es como el puente que te conduce al otro lado de la realidad, que es el paraíso.

Quien no sabe del sabor de la paciencia tiene un áspero corazón que no sabe nada de la belleza del Único.

No te deleites en las tareas y placeres de este mundo ignorándole a Él.

No temas ni a las campanas y ni a las banderas de los que son como mendigos. Mendigos que pelean por un pedazo de pan.

No te asuste lo que sólo parece hombre.

Algunos tienen apariencia de hombre y parecen serlo. Pueden ser grandes y corpulentos pero están vacíos como un odre.

Resuenan como un tambor golpeado por una rama movida por el viento.

Hasta los zorros abandonan cuando hacen presa de un odre así, porque descubren que en él no hay grasa ni alimento. Son como bolsas vacías.

Los que se dejan engañar, como el zorro, se asustan del ruido del tambor.

Los sabios tocan ese tambor con insistencia para que, callando, reconozcamos que los que parecen hombres, son odres vacíos.

Pierde tu ego y no necesitarás armas para defenderte del Rey.

Un jinete, armado, de terrible aspecto, cabalgaba sobre un pura sangre. Un arquero temió por su vida y se preparó para lanzarle un dardo.

El jinete gritó: no dispaes que, a pesar de mi tamaño, para la lucha soy débil como una anciana.

Muchos han caído en la guerra porque, a pesar de llevar espada y armadura, no tienen suficiente hombría.

Haz de tu espíritu un escudo y suelta las armas; quien carece de ego se salva de los dardos del Rey.

Las armas de esos que parecen héroes son las maquinaciones de su ego.

Esas maquinaciones surgen de ti y te hieren. Puesto que las maquinaciones no te han servido de nada, abandónalas y la fortuna propicia te alcanzará.

Deja todas tus artes y busca al que es verdadero. Deja todas las artes de tu ego y hazte como un asno, así dejarás la mala suerte.

Abandona todas las artes y artimañas de tu ego y conténtate con el reconocimiento del Único.

El saber inútil.

Un árabe caminaba por el desierto con un camello cargado con dos sacos. Un filósofo con mucha labia se le acercó. Después de mucha conversación, le preguntó al árabe qué llevaba en los sacos.

El árabe le respondió que un saco era de harina y el otro era de arena.

¿Para qué transportaba arena?, preguntó el filósofo. Para compensar el peso, contestó el árabe.

Entonces el filósofo le dijo, que si esa era la razón, sería mejor repartir la harina entre los dos sacos, y dejar la arena. Así el animal llevaría menos peso e iría más ligero.

Se admiró el árabe y alabó su sabiduría.

Entonces fue el árabe el que preguntó: ¿cómo es que un sabio como tú camina descalzo por el desierto?

Debes de ser un visir o un rey. Si no es así, debes tener muchos camellos y bueyes; o una tienda llena de mercancías; o mucho dinero. Tienes que ser próspero porque posees sabiduría.

La sabiduría vale más que el oro y las perlas.

El que parecía ser filósofo le contestó que era pobre, que no tenía nada, que andaba desnudo y descalzo esperando que alguien le ofreciera una hogaza de pan.

Confesó que de toda su sabiduría no había sacado más que miseria y dolores de cabeza.

Al oírle, el árabe abominó de él y le pidió que se alejara, para que no le contagiara con su falso saber y su mala suerte.

Le dijo que su cortedad era más cuerda que toda su sabiduría, porque por lo menos tenía un alma devota.

Con esta historia Rûmî arremete contra los conocimientos que no sirven para nada.

Todo saber humano debe ser un instrumento para vivir; si no le sirve ni al individuo ni a la colectividad, no es verdadero saber.

Además de ese sentido práctico del saber, Rûmî remarca que ese saber no será práctico si se enraíza únicamente en nuestra condición de animal necesitado, de depredador.

Afirma que para que un saber sea verdadero saber, debe ser práctico y tiene que enraizarse en la dimensión absoluta de la realidad.

El saber que sólo arranca de nuestra naturaleza necesitada, queda atrapado en las trampas de la egocentración, arroja al viento la gratuidad, la paciencia, el altruismo, el sacrificio y la generosidad.

Ese saber de todo lo que nos rodea que no tiene en cuenta más que la dimensión relativa a nuestras necesidades, que olvida nuestro acceso a la dimensión gratuita de todo lo que existe, contradice nuestra propia naturaleza, bloquea la flexibilidad que requerimos para vivir, crea competencia y discordia y, en definitiva, resulta que no es un saber práctico.

El verdadero saber debe tener explícitas las dos dimensiones de la realidad.

Ese saber da la firmeza que no pueden dar ni las riquezas ni el poder; conduce a una vida digna de seres humanos; es el saber verdaderamente práctico para la supervivencia de los grupos humanos y de la especie y, además, abre las puertas de la gran cualidad humana, la espiritualidad.

Los hombres del cuerpo y los hombres del corazón.

Un sabio se sentó junto a la orilla del mar, mientras remendaba su manto sufí. Un visir pasó junto a él y le reconoció. El emir había sido su servidor. Se inclinó ante él maravillado de verle con ese atuendo.

Había renunciado a un reino y a la soberanía, por la pobreza y la sutileza. Allí estaba remendando su manto, como un mendigo.

El sabio percibió su pensamiento. El sabio penetra en los corazones como entra en ellos la esperanza o el miedo.

Los secretos no se le ocultan porque es capaz de ver el deseo y el temor de las personas. Ve qué desean y esperan.

Sabed que los hombres de corazón, conocen los corazones. A los hombres de cuerpo se les vela lo oculto; los hombres de corazón perciben los pensamientos secretos.

Los hombres del cuerpo, para lograr ventajas, reverencian a los ciegos y así no pasan del vestíbulo.

Son irrespetuosos con los que ven, así permanecen en el fuego del deseo.

No sigas puliendo tu cara en atención a los ciegos. Ante los videntes tienes una cara llena de suciedad que se comporta altivamente.

El sabio hizo un milagro para mostrarle al visir que es mejor el reino del corazón que el reino del cuerpo.

Arrojó su aguja al mar y pidió al mar que se la devolviera. Del mar surgieron miles de peces bellos llevando en la boca cada uno una aguja de oro.

Luego dijo el sabio que el milagro era un mero signo externo, nada. El verdadero milagro es el templo interior. Le conminó para que entrara en él.

Lo que se puede mostrar de ese reino interior es como una hoja de árbol llevada a la ciudad para hablarles del jardín. A la ciudad no se puede transportar el jardín entero.

Este cielo que nos cubre no es más que una hoja del jardín. El jardín es el fruto, este mundo es su cáscara.

Que no te engañe lo que parece un vergel. Destapa tu nariz para que huelas el aroma que atraiga tu alma y se convierta en luz de tus ojos.

El Profeta decía que la plegaria abría sus ojos.

Los cinco sentidos tienen una misma raíz. Cada uno es escanciador de vino para el resto.

El habla incrementa la penetración de la vista. Ver con el ojo ilumina el habla. La vista penetra en el interior y despierta el oído, el olfato y el gusto.

El conocimiento se hace sentidos y los sentidos conocimiento.

Quien tiene la Luz, ve el mundo invisible.

Cuando un sentido se libra de las cadenas del deseo, los demás se modifican.

Cuando se perciben cosas que no son objetos de percepción, el mundo invisible resulta claramente aparente para todos los sentidos.

Lleva a tus sentidos, como ovejas, a los pastos del jardín para que coman rosas y jacintos y se alimenten en las praderas de la realidad.

Cada sentido se convertirá en apóstol de la realidad, porque contará su secreto a los otros sentidos. Y lo hará sin palabras, sin significados, ni metáforas.

La verdad es inmediata e intuitiva y no da pie a interpretaciones.

Todos los sentidos se someterán a tu sentir libre y hasta los cielos te obedecerán.

Si hay disputa de quien es el dueño de la cáscara de todos los sentires, el dueño será el que posee la nuez del sentir.

La necesidad es el dogal de lo existente. Cada hombre tiene en la medida de su necesidad.

Así que aumenta rápidamente tu necesidad de lo sutil para que te llegue el Mar de la Generosidad.

Los mendigos de la calle muestran su penuria para despertar la compasión de las personas. Nadie da al que muestra ser rico.

El topo no tiene ojos porque no los necesita para vivir. Sale de la tierra para robar un poco de luz.

La luz le transforma en pájaro.

En el jardín cantará como ruiseñor a quien le transformó de ciego en vidente, de animal que vive bajo tierra en ave de los cielos.

La Luz transforma un infierno en paraíso, hace que vea un trozo de grasa, da oído a lo que no es más que un hueso.

El mundo es como un nido, su secreto es el pájaro; el cuerpo es el lecho del río y el agua que corre por él es el espíritu.

Lo ves todo inerte, no ves el movimiento del espíritu en los terrones. ¿No ves como el agua arrastra troncos y terrones?

Las cáscaras que hay sobre la superficie de agua vienen de los frutos del jardín. Busca los frutos en el jardín porque el agua fluye desde él al lecho del río.

Si no puedes ver el Agua de la Vida, contempla por lo menos el movimiento de los juncos en la corriente.

Observa el paso del Agua. Cuando el río llega crecido, las ideas, que son cáscaras, pasan a gran velocidad. Entonces no es posible fijación ninguna.

Cuando la corriente es muy rápida, en la mente del sabio no queda preocupación alguna. Todo se lo lleva la corriente.

Cuando el agua es veloz y voluminosa, no queda espacio más que para el Agua.

¡Que el jardín nos envíe una corriente poderosa de Agua!

Defensa del sabio.

Un hombre acusó a un sabio diciendo que era malvado, bebedor, alejado del camino recto, hipócrita y sinvergüenza. Le negaba así su condición de sabio y maestro.

Un discípulo del sabio le respondió. Le advirtió primero que hablar mal y calumniar a un sabio es asunto de gran importancia, porque quien lo hace se cierra a sí mismo las puertas de la sabiduría y hace todo lo que puede para cerrarles también las puertas de la sabiduría a quienes escuchan al sabio.

El sabio no tiene esos defectos que le atribuyes. ¡Qué sabrás tú, ave de corral de la altura del vuelo de las águilas!

Si fuera cierto que el sabio tiene defectos –a pesar de ser sabio, es un hombre- unas ramas no manchan al mar rojo.

El sabio es más que una jarra de agua en la que una sola gota de impureza invalida su contenido.

El fuego no abrasó a Abraham, pero si eres un hombre vulgar, arderás.

El hombre-espíritu se ocupa de lo sutil de lo sutil, la realidad en sí. El hombre-cuerpo se ocupa de lo que parece realidad.

Las indicaciones del camino son para el viajero que fácilmente se desorienta en el desierto de la dualidad. Para los que residen en la no-dualidad nada es necesario, excepto los ojos para ver, la luz de la mente y el corazón para sentir directamente.

Si el que ya está en la Unidad menciona marcas del camino es para los que son todavía caminantes.

Para un recién nacido, el habla de su padre son ruidos sin sentido. Así suenan las palabras del sabio para el que inicia el camino.

La enseñanza del maestro no se menoscaba por algún error.

Para el maestro todos los hombres son sus hijos y tiene que adaptarse al lenguaje de los que todavía son niños en el camino interior.

Categorías como fidelidad e infidelidad tienen alcance determinado, tienen fronteras; la luz del sabio no tiene confines.

Para el que no tiene fronteras, que carece de límites, que es infinito, todo es nada salvo la faz de Dios.

La infidelidad y la fe no existen donde el sabio reside. Él está en la Fuente, lo demás son arroyos que brotan de la fuente.

Todo lo pasajero es acotación y toda frontera es un velo en el Rostro del que es.

¿Quién es el infiel? El que no se entrega e ignora al sabio.

¿Quién es el muerto? El que ignora la vida del sabio.

La vida, que merece ese nombre, no es nada salvo el conocimiento de "lo que es" en "lo que parece ser".

Cuanto más conocimiento se posee, más vida se tiene.

El sabio se convierte en lo superior, porque ha sobrepasado todos los límites.

Así el alma de todas las cosas le obedecen, porque él está en la Fuente de todas ellas.

Todas las cosas tienen fronteras, él carece de fronteras.

El ansia por la apertura de la puerta.

Cuando el emir vio que los peces reconocían al sabio, se lamentó de ser menos que los peces. Se inclinó ante el sabio y se marchó sollozando, lleno de ansia por la apertura de la puerta.

Quien no reconoce al sabio, juega con su propio desastre, como quien juega con la cola del león.

Quien habla mal del sabio comete una bajeza que bloqueará su espíritu.

Eres cobre vil y el sabio es un elixir capaz de transformar el cobre en oro. Denigrando al oro no lo transformarás en cobre.

Eres el fuego del deseo y el sabio es el Mar de la Eternidad. Al fuego le aterra el agua, pero el fuego no puede prender en el agua.

Quien calumnia al sabio pone manchas en la luna y recoge espinas en el paraíso.

Si te aproximas al que es como el jardín mismo del paraíso, no encontrarás otra espina que tú mismo.

No tapes el sol con tu ceguera, ni encuentres fallos en la luna llena.

Está mal lo que el sabio desaprueba y los misterios se hacen patentes por el celo del sabio.

Si estás apartado del sabio, acércate a él, por lo menos respetándole, y ponte activo para que te llegue la brisa que sopla desde su lado.

Aunque estés alejado muévele tu rabo para congraciarte con él.

Cuando un asno se mete en el barro, se esfuerza por salir de él, porque sabe que ese no es su lugar para vivir. No seas inferior al burro no comprendiendo dónde no puedes vivir.

Te justificas para quedarte en el barro diciendo: esto me está permitido, el que es misericordioso no me castigará.

Ya estás castigado aunque eres ciego para ver la sanción. Eres ciego como aquella hiena que se pensaba estar escondida mientras la amarraban.

El castigo de la ceguera.

Un hombre decía: he cometido muchos pecados y Dios, en su bondad, no me castiga.

Dios habló sin palabras a su interlocutor para que le dijera al que se jactaba de que Dios no le había castigado que ya había recibido el castigo.

Ha abandonado el camino y se ha metido en la jungla. Ha sido castigado, porque está atado de pies y manos y no se ha enterado.

La herrumbre, capa sobre capa, como una cazuela ennegrecida, cubre su corazón. Las capas de hollín han cegado su corazón; ya no puede ver.

Si el humo manchara una cazuela nueva, se notaría enseguida. Cuando el puchero está ennegrecido no se notará el efecto del humo sobre él.

Quien persiste en el pecado, que es dar por real lo que no lo es, se acostumbra al mal, ese echa polvo sobre sus ojos; su error se le vuelve dulce de manera que no desea salir de él.

La herrumbre y el orín han corroído la pátina de su corazón.

No le queda otra solución que refugiarse en el que auxilia. Expón tu consternación ante el Único para que te salve del error y del dolor irremediable.

El que se jactaba de que Dios no le había castigado le pidió a su compañero una señal del castigo ya recibido.

Dios contestó que todos los actos piadosos de ayuno y oración, de rituales y limosnas, no le daban ni un átomo de saber espiritual.

Su práctica es buena en la forma, pero en el espíritu es hueca.

Se necesita sabor espiritual para que las prácticas fructifiquen. ¿Cómo se convertirá en árbol una fruta vacía?

La forma sin alma carece de realidad, es como un ensueño.

La copa de vino llena de miel.

El difamador del sabio continuaba con su visión torcida, como bizco, acusándole. Decía que le había visto con juerguistas. De día era sabio y de noche un bebedor.

Llevó a su compañero para que viera por una ventana al sabio con una copa en la mano.

El discípulo se escandalizó de que su maestro bebiera vino. En el vino, le había oído decir, orina el diablo. El sabio le invitó a que viera lo que contenía la copa.

Lo que parecía vino no lo era, porque el sabio ve lo Invisible.

El ser mismo del sabio es la copa. Está lleno a rebosar de la luz de Dios. Esa luz ha roto lo que para los que no ven es copa.

Cuando la luz del sol ilumina una porquería, no se ensucia, continúa siendo luz. La copa de vino no es ni copa ni vino. El sabio les invitó a que miraran el contenido de la copa: era miel.

Para el sabio todo está lleno de miel; no hay otra realidad que la miel.

El sabio pidió a su discípulo que fuera a las tabernas y le trajera vino, porque lo necesitaba para su enfermedad.

El discípulo recorrió todas las tabernas y en todas ellas no encontró más que miel.

Los que estaban en las tabernas fueron al sabio, admirados de que hubiera transformado el vino en miel y le rogaron que cambiara sus almas corruptas como había transformado el vino.

Aunque el mundo estuviera lleno hasta los bordes de sangre, el sabio sólo vería y gustaría miel.

Para el sabio no hay ni vino ni copas, ni objetos ni sujetos, ni vida profana ni vida sagrada. No hay más que miel; todo lleno de miel hasta los bordes, sin otro sabor que el de la miel.

El Profeta oraba en cualquier sitio, sin alfombra de oración.

Aisha le preguntó al Profeta como era que él hacía la oración en cualquier lugar que se encontrara, incluso con gente, aunque haya mujeres con menstruación o niños sucios jugando.

El Profeta le dijo que Dios convierte lo impuro en puro, porque para él no hay ni puro ni impuro.

Pero lo que les es permitido a los grandes del espíritu, no le es permitido a cualquiera.

Si el sabio bebe veneno, se le convierte en miel; pero si el hombre corriente lo bebe morirá.

El sabio ha sido transformado y su acción cambiada. Incluso el fuego dentro de él se convierte en luz.

Lo que le está permitido al que vive en la unidad, no le está permitido al que vive en la dualidad.

En el camino a la unidad, no te hagas un engreído.

Un ratoncito tomó la cuerda de un camello y tiró de él. El camello siguió. La facilidad con la que el camello le siguió le engañó y se creyó un líder.

El ratón llegó al borde de un río caudaloso que ni el león, ni el lobo se atreverían a pasarlo. El ratón se paró en seco. El camello le instó a que fuera valiente y entrar en el río.

Le dijo al ratón que el agua no era profunda, porque a él le llegaba sólo a la rodilla.

El ratón contestó que había diferencia entre la rodilla del camello y la suya. Dijo que si entraba en el río se ahogaría.

El camello le dijo que la próxima vez no se comportara con engreimiento, porque le consumiría el espíritu y el cuerpo.

Le aconsejó que la próxima vez trate con ratones, no con camellos.

A pesar de su actitud, el camello lo trasladó al otro lado del río sobre su joroba.

Si no eres profetas, sigue el camino de los profetas para que puedas libertarte de ti y alcanzar la luz.

No pongas tu tienda solo, déjate guiar por la mano que puede ayudarte. Puesto que no eres la lengua de Dios, escucha, sé todo oreja.

Y cuando hables que sea para pedir aclaraciones y explicaciones.

Los sabios y profetas son como emperadores y tú eres un mendigo.

El principio del orgullo y del odio es la codicia de ser, de ser alguien; y el soporte de la codicia es la costumbre de creerte alguien importante.

El hábito de esa interpretación de ti mismo confirma tu idea. Entonces, cuando alguien te reprime, te enfadas.

Te has convertido en comedor de arcilla, cuando alguien te impide comerla se convierte en tu enemigo.

Desde que Iblís se habituó a ser líder, miró a Adán con incredulidad.

Quien se cree alguien no reconoce a nadie; sólo reconoce a quienes le tienen como alguien, como líder.

El liderazgo es un veneno, excepto para quienes tienen, desde el principio, el antídoto. Y el antídoto es la lucidez sobre la nada de sí mismo.

Cuando tu importancia se convierta en el hábito de la interpretación de ti mismo, quien te estorbe será tu enemigo.

La hormiga de la codicia se ha convertido en serpiente por la costumbre. Mata a esa serpiente antes de que se convierta en dragón.

Y no te engañes, porque todos consideran la propia serpiente como una hormiga.

Busca una interpretación de ti mismo en los hombres de corazón iluminado. Porque hasta que el cobre no se convierte en oro, no sabe qué es el cobre.

Hasta que no seas señor de tu corazón, no sabrás que eres insolvente.

No encuentres defectos en los que son sabios; no sospeches que el rey sea un ladrón.

La sospecha sobre el derviche.

Un derviche iba en un barco. Mientras dormía se perdió una bolsa de oro. Buscaron por todas partes y no la encontraron. Entonces sospecharon de él. Le desnudaron para verificar que no tenía el oro.

El derviche, disgustado, ruega a Dios que actúe en su favor.

Al instante salieron del mar miles de peces llevando en la boca una perla de gran valor. Unas perlas de tal valor, que cada una de ellas valía un reino.

Dejó caer un puñado en el barco y el aire se convirtió en un trono donde él se sentó.

Al derviche le basta con Dios, no necesita ni oro, ni perlas, ni barco.

Quien sospecha y se aparta del sabio, pierde él, no el sabio.

Quien sospecha del sabio, es que no sabe reconocer la dimensión absoluta de la realidad.

Quien no reconoce a "Eso no-dos", al Único, se bloquea, se cierra las puertas a la realidad.

El sabio no se enreda con el mundo porque sabe que nada existe sino Eso innombrable.

Quien sospecha está ligado al deseo y a lo que los sentidos perciben desde ahí. La luz que reside en su corazón y en toda realidad, está cegada.

El alma carnal, tu dimensión regida por el deseo, es sofista. Sospecha de las señales que emiten los sabios y piensa que quizás son fantasías.

Las señales que dan los sabios son sutiles y huidizas; el alma carnal quisiera que fueran tangibles y del estilo de lo que él da como objetos y sujetos.

Esas señales persisten para los que saben ver, pero desaparecen rápido para los que son como animales.

Las señales de los sabios huyen de los ojos y corazón burdos.

No llames charlatán al que ve uno en cien, y ese uno es sutil como un cabello.

El camino medio.

En cada asunto toma el camino medio. En la tradición se dice que las cosas mejores son las que median entre dos extremos.

La salud depende del equilibrio de humores; si uno prepondera, surge la enfermedad.

No aventajes en ninguna cualidad a tu hermano, porque eso supondría la separación.

Las palabras de Moisés eran medidas, pero excedían a las de su amigo Khadir. Khadir se le quejó de que hablaba demasiado. Le dijo: márchate lejos o quédate conmigo mudo y ciego.

El que monta guardia es superior a los que duermen, y no necesita a nadie que lo vigile.

Los que se preocupan por las cosas de este mundo son como los que van vestidos y miran al lavadero.

Sé como los desnudos. No vayas desnudo, sino, como los desnudos, libérate de los vestidos.

Despréndete de todas las cosas de este mundo, como los desnudos; pero no abandones este mundo, sino vive en él como los desnudos.

Si no puedes desnudarte en tu corazón por completo, reduce tus prendas lo más que puedas para que seas capaz de recorrer el camino medio.

Cuestiones sobre el camino de en medio.

El derviche dijo al sabio: aunque el camino de en medio sea el camino a la sabiduría, es demasiado relativo.

La poca agua de un arroyo puede ser insuficiente para un camello y para un ratón es un mar.

Si a alguien le apetecen cuatro panes y se come dos, eso es moderación. Si alguien para almorzar le apetece diez hogazas de pan y toma sólo una, es moderación.

Pero podría ser que a mí me apetecieran cincuenta panes y a ti seis bizcochos; no somos equivalentes. ¿Dónde está ahí el camino medio?

Quizás a ti te cansen diez postraciones y yo pueda hacer cincuenta. Uno puede ir descalzo a la Kaaba y otro a penas puede llegar a la mezquita.

En todo esto ¿dónde está el camino de en medio?

El punto de en medio pertenece al reino de lo finito, a lo que tiene principio y fin, un extremo y otro. Lo que es infinito carece de los dos límites, ¿cómo asignar el camino de en medio?

Supuesta la dificultad del camino de en medio, el derviche defiende el principio verdadero de que “esto” es “aquello” y “aquello” es “esto”. Hace algunas consideraciones para exponer con toda claridad esta verdad.

El sabio puede parecer dormido, pero su corazón está despierto; parece inactivo, pero está realmente activo.

Ya dijo el Profeta que aunque sus ojos duerman, su corazón no está dormido para el señor de todo lo creado.

Lo contrario le ocurre al que no ha alcanzado la sabiduría, que parece despierto, pero su corazón está en sopor.

El sabio tiene cinco sentidos además de los físicos. Los dos mundos están al alcance de sus sentidos.

No juzgues al sabio desde tus patrones; lo que para ti es la noche, para él es el alba; lo que para ti es prisión, para él es un jardín; lo que para ti son preocupaciones absorbentes, para él es debilidad; lo que para ti es barro, para él son rosas; lo que para ti es luto, para él es fiesta.

Mientras se ocupa de las cosas terrestres, reside en el cielo; parece estar sentado junto a ti, pero lo que tú ves es sólo la sombra de lo que es.

Al sabio no le rige el pensamiento, sino que él rige la construcción del edificio.

Quienes están subyugados por el pensamiento, termina doliéndoles el corazón y acostumbrándose a sufrir.

El sabio siempre vuela más alto de lo que puede hacerlo el pensamiento. Él es como un ave y el pensamiento un mosquito.

Sus alas han crecido de su propia esencia, no están pegadas con cola.

Desde la perspectiva de su estado, sus afirmaciones suenan a presunción, pero es la realidad.

El derviche termina estas reflexiones con una afirmación en la que descubre dónde reside su error, a pesar de hacer afirmaciones sobre el sabio que son verdaderas.

Dice que cuando los bocados de comida se vuelven perlas dentro de ti, no te contengas: come cuanto puedas.

El sheikh rebatió estos malos pensamientos.

Cuando hay camino, hay término medio.

Cuando arrancando del ego pretendo reconocer su vaciedad y reconocer al Único, hay camino; si hay camino precisamos el término medio para recorrerlo correctamente.

Sólo cuando ya los ojos y el corazón reconocen “al que es” y frente a Él no hay nada, ya no hay camino.

En la no-dualidad no hay camino, y si no hay camino, tampoco hay el camino de en medio.

Mientras seas un depredador, no especules y pretendas vivir como un iluminado.

Mientras pienses que hay algo que adquirir, hay camino del medio. Cuando comprendas con toda claridad que no hay nada que adquirir, ¿qué puede significar “camino” y “camino de en medio”?

Las palabras del sabio son como si vomitara perlas. Perlas inteligibles que se transforman en objetos de percepción sensorial.

Las verdades que salen de su boca no son especulación, para quien comprende. Sus verdades son perceptibles sensorialmente.

Mientras la comida pura se transforme en impura en tu estómago, ponle un candado a tu garganta y esconde la llave.

Toda realidad es comida pura para quien comprende. Si todavía no comprendes, toma el camino de en medio.

Cuando toda comida se transforme en luz en tu interior, come lo que quieras.

Las palabras del sabio no son meras afirmaciones.

Dice el sabio: si eres mi amigo del alma y te llamo junto a mí, durante la noche, y te digo, no temas, soy tu pariente, mis palabras no serán meras afirmaciones, sino realidades porque reconoces mi voz familiar.

La cercanía y el parentesco son más que afirmaciones, son realidades para el que entiende.

La proximidad de las voces da testimonio de que las palabras brotan de un amigo próximo. La alegría de oír la voz familiar da fe del cercano pariente.

El que no comprendeno distingue la voz del extraño de la del pariente, porque para él las palabras son meras afirmaciones.

La ignorancia es la causa de que no distinga la voz de uno y de otro, y es la fuente de su incredulidad.

Para el que tiene luces espirituales, la naturaleza misma de la voz es la prueba de la realidad.

“El que es” habla desde dentro, como el más cercano y próximo, como el amigo y pariente querido.

La proximidad y el sonido mismo de su voz dan testimonio de quién es.

Cuando uno habla árabe, el hecho de hablarlo ya dice que sabe árabe. Si alguien escribe un texto, su mismo escrito es prueba de que es un instruido.

Las palabras del maestro suenan en tu propio interior y son como las palabras de un pariente.

Aunque sean formulaciones, sabes que son un milagro nuevo que habla de oro viejo, y tu corazón y tu mente dirá: sí.

La sabiduría es como la camella perdida; quien la encuentre, no podrá dudar de ella, porque la conocía desde antiguo.

El sabio dice al sediento: hay agua en la copa. El sediento, si no es necio, no lo tomará como una mera afirmación, ni exigirá pruebas de que es agua de la fuente, sino que la beberá y lo comprobará por sí mismo y así saciará su sed.

Cuando en un grupo humano hay capacidad de gustar el sabor de lo sutil, el rostro y la voz del profeta son un milagro evidente.

Aunque el profeta clame desde el exterior, el alma de la comunidad le reconocerá, porque jamás habrá oído un grito como ese.

La percepción inmediata de esa nueva y vieja voz, la más cercana de las cercanas, testifica que es la lengua de Dios.

El testimonio de la verdad es siempre desde dentro.

La madre de Yahya (Juan el Bautista), cuando se encontró con María la madre de Jesús, le anunció que en su seno llevaba un rey, un apóstol dotado del conocimiento de Dios, porque el niño de su seno se postró ante el Jesús no nato.

El testimonio sobre Jesús vino desde dentro.

María le confesó a su pariente que también el niño que llevaba en su vientre se inclinó ante el futuro profeta Yahya.

Las historias son como la medida, el sentido real es como el grano.

El que no comprende, tacha la narración del encuentro de María embarazada e Isabel embarazada de cuento.

Ni María salió de la ciudad antes de dar a luz, ni la madre de Yahya se encontró con ella, ni su hijo pudo reconocer, desde el seno de su madre, al niño que María llevaba en su vientre. Todo eso es falso y erróneo.

Se contesta al objetor: para quien recibe la luz de Dios, incluso lo ausente está presente. Para María, su prima estaba presente aunque estuviera ausente. La luz de Dios sobrepasa el tiempo y el espacio.

Incluso con los ojos cerrados el que puede ver, ve. Y aunque no hubiera visión ni por fuera ni por dentro, lo que importa en la historia es su sentido.

En este tipo de historias no hay que quedar pegado a la forma.

En las narraciones pueden aparecer leones y bueyes que hablan y otras muchas formas que no pretenden describir realidades sino descubrir sentidos.

La historia es como una medida, el sentido real es como el grano.

El que comprende toma el grano, el sentido, y deja a un lado la medida, y no le importará que desaparezca, si conviene.

Escucha el sentido de la conversación entre el ruiñeñor y la rosa, aunque ese diálogo no pueda darse nunca.

Si te digo que veas lo que sucede entre la polilla y la vela, no es para te tomes la afirmación a la letra. Toma el sentido y no vuelas bajo.

Si se habla, en ajedrez, de la casa de la torre, entiende el sentido real; no salgas con preguntas como: ¿cómo la adquirió, de quien la heredó?

Si para explicar la oración el gramático dice “Zayd a pegado a Amr”, entiende lo que pretende; no empieces a cuestionarte ¿por qué le pegó?

Toma el trigo y deja la medida.

Las mentes desviadas aceptan los dichos sin valor.

A la mente desviada lo incorrecto le parece correcto. Se asemejan a un bizzo que ve dos lunas.

Si alguien, burlándose de él, le dice que efectivamente hay dos lunas, le creerá.

Los que viven en la mentira, acumulan mentiras. Para ellos vale el dicho "las mujeres malvadas para los hombres malvados".

Lo que está montado en la falsedad, acumula falsedad.

Quienes tienen mentes y corazones amplios, sus obras también son amplias.

Como sea tu mente y tu corazón, así será tu obrar.

Quienes tienen ojos ciegos, tropiezan. Quienes no ven, no harán otra cosa que tropezar.

La búsqueda del árbol de la inmortalidad.

Un erudito, por contar una historia, dijo que en la India había un árbol cuyo fruto concedía la inmortalidad a quien lo comía.

El rey tenía al erudito como una persona veraz, por consiguiente envió a un emisario para que buscara por todas partes el árbol de la inmortalidad, hasta que lo encontrará.

El emisario buscó de ciudad en ciudad, buscó por montañas y llanuras, no dejó ninguna isla por investigar.

Todos a los que preguntaba se burlaban de él. Quienes se burlaban de él, decían: tu investigación es de gran importancia y asunto de una persona de mente preclara como tú. Y le daban pistas falsas.

El enviado del rey viajó durante años, viviendo de lo que el monarca le enviaba. Después de muchas fatigas se rindió. No había encontrado ningún indicio del árbol de la vida.

Se puso en marcha para regresar al palacio del rey, triste por no haberlo encontrado.

El sentido verdadero de “árbol de la vida”.

En la posada en que descansaba el viajero había un sabio. El enviado explicó al sabio su problema y su tristeza por el fracaso de su búsqueda. Le dijo que había fracasado en buscar el árbol cuyo fruto era el Agua de la Vida.

No había encontrado nada, sino burlas.

El sheikh se rió de él y le dijo que el árbol de la Vida residía en el sabio. Le dijo que no lo había encontrado porque había ido tras la forma, alejándose de la realidad.

Al sabio se le llama unas veces “árbol”, otras “sol”, otras “mar” y con otros muchos nombres porque de él surgen mil efectos. Por esa razón le son apropiados mil nombres.

Tiene mil nombres, pero es un solo hombre, y en realidad no le cabe ningún nombre. Quien busque “su nombre” acabará descarriado como tú.

Si te aferras al nombre “árbol”, quedarás perdido y desilusionado.

Ve más allá del nombre, fíjate en la cualidad para que te conduzca el camino a la realidad que alude.

Los desacuerdos en la humanidad surgen de confundir la realidad con un nombre, de ligar lo real a un nombre.

La paz surge entre los hombres cuando dejando atrás los nombres, se dirigen a la realidad que los nombres aluden.

Disputas por los nombres de la uva.

Un hombre dio un dírham a cuatro personas. Uno era persa y dijo que compraría “angur”. El árabe le discutió y dijo que se compraría “inab” no “angur”. El tercero era turco y dijo que lo que él compraría sería “uzum”. El cuarto, griego, dijo que no compraría nada de lo que decían sus compañeros sino “istafil”. Todos estos términos quieren decir “uva” en los diversos idiomas.

Se enredaron en una acalorada discusión que terminó en pelea abierta a puñetazos, por su ignorancia.

Si hubiera habido con ellos un erudito políglota les hubiera dicho que con el dírham hubieran dado a cada uno lo que querían y se habrían apaciguado.

Lo que cada uno dice, ligándose a los nombres, crea conflicto; lo que el sabio dice, crea acuerdo y concordia.

Los nombres, sin ir a la esencia, no producen ningún efecto. Del discurso del sabio brota la unión y concordia. Salomón que entendía el lenguaje de todos los pájaros, puso paz entre ellos.

Si buscas el grano, no lo hagas como las hormigas. Si buscas los medios de subsistencia, no lo hagas como los animales.

Busca a Salomón y tendrás a Salomón y al trigo. Si buscas la subsistencia, busca la sabiduría y tendrás la sabiduría y la subsistencia.

Para quien busca como los animales, el trigo es una trampa, porque le bloquea el acceso a la sabiduría.

Quien busca el trigo, sin buscar la sabiduría, entrará en conflicto con los que sólo buscan trigo.

La sabiduría está al alcance de todos los pueblos, porque no hay pueblo que no haya tenido un hombre de sabiduría que pudiera guiarle.

Muhammad dijo de los musulmanes que eran una sola alma. Quienes eran enemigos encarnizados unos de otros, gracias al Profeta, se convirtieron en una sola alma.

La sabiduría reconcilia y unifica a los hombres; la necedad los divide y enfrenta.

La sabiduría elimina las disensiones.

La sabiduría es la noticia vivida de la dimensión absoluta de la realidad, "de lo que es", "del que es", "del Único".

Las querellas sangrientas que existían entre las tribus, el Profeta las hizo desaparecer a la luz del islam.

Los adversarios se convirtieron en hermanos, como los granos de un único racimo de uva; luego, cuando las uvas se convirtieron en zumo, se unieron.

El grano de uva que no madura y permanece dura y verde, no puede llegar a la unión. Permaneciendo dura y aislada, puede resultar una tentación para los espíritus.

Las uvas inmaduras, capaces de madurar, acaban en la unidad por el aliento de los maestros del corazón.

Los maestros les empujan a la madurez hasta que desaparece la dualidad y la disensión.

Cuando desgarran la piel y se convierte en zumo, la unidad es su atributo.

Cuando hay dos puede haber pelea; cuando sólo hay uno, nadie pelea contra sí mismo.

También ahora un Salomón está al alcance de todos.

Nuestra pretendida clarividencia nos mantiene ciegos. Creemos ser clarividentes teniendo por real lo que sólo lo parece.

La conciencia cotidiana de clarividencia es la causa de nuestra ceguera.

Somos adeptos a las palabras y a las discusiones sobre palabras.

Atamos y desatamos los nudos que nosotros mismos anudamos, como un pájaro que deshiciera una trampa para volverla a montar y volverla a deshacer, para así mejorar su habilidad.

La vida de ese necio transcurre tratando con nudos, sin llegar a saber lo que es el cielo abierto.

No combatas con nudos, sólo destrozarás tus alas.

El problema entre el turco, el árabe y el griego no se resuelve luchando, sino con la ayuda de Salomón. Su luz hace desaparecer toda dualidad.

Como los halcones, escuchad los tambores del rey y acudid a él. No os quedéis en las ruinas, como los búhos.

Los pájaros iluminados no se atacan unos a otros. Todos son amables unos con otros y se ayudan volando al Único.

Todos se mueven entre el cielo y la tierra, sin dualidad ninguna.

El ave que prescinde de Salomón, vuela y mora en la oscuridad, como el murciélago.

Que Salomón te sea familiar para que no permanezcas en las tinieblas. Ve hacia el Único, aunque seas inválido y cojo; Él te librará de tu invalidez y tu cojera.

Los patos criados por una gallina.

Eres descendiente de patos, aunque una gallina sea tu nodriza. Tu madre es un ánsar del Mar; tu nodriza es terrestre. No te extrañes de añorar el mar. El deseo del mar viene de tu madre, el de la tierra de tu nodriza.

Deja a tu nodriza en tierra y adéntrate en el mar, no le tengas miedo al agua. Puedes vivir tanto en el mar como en tierra.

Los ángeles no tienen acceso a la tierra, los animales no lo tienen al mar. Tú puedes caminar por la tierra y puedes nadar en el mar.

Somos aves acuáticas, el mar nos reconoce. Mete tus pies en el agua como Salomón.

Al sabio le tienes siempre cerca, no dejes que tus ojos se hechicen por las cosas de la tierra. No permitas que la necesidad, la vanidad o el sopor te cansen del sabio.

El ruido del trueno da dolor de cabeza al sediento, cuando no sabe que ese ruido molesto trae el agua que sacia la sed.

No te fascines por las causas que no son el Causante. Quien conoce la fuente no se encandila con los arroyos.

El asceta que recibía pan y agua del cielo.

Un asceta vivía en el desierto en completa soledad, absorto en su meditación. Llegaron unos peregrinos y se maravillaron de sus condiciones de vida y de su concentración.

El simún soplabla con fuerza. Estaba de pie sobre un suelo de arena que podía hervir agua. Él permanecía en oración como si estuviera en medio de hierbas y flores y con un viento tan agradable como el céfiro.

Esperaron a que terminara su meditación.

Uno de los peregrinos observó que de sus manos y cara caía agua y que sus ropas estaban mojadas. Le preguntó de dónde sacaba el agua. El asceta señaló al cielo.

¿Consigues agua cuando quieres sin pozo ni cuerda? El asceta levantó la vista al cielo y rogó al cielo que contestara a las preguntas de los peregrinos.

Les dijo que recibía su pan diario del cielo. En el cielo está vuestro pan diario, les dijo.

Mientras hablaban apareció una nube cargada de agua y empezó a llover a cántaros. La nube llovió largo rato, hasta que se hicieron charcos en el suelo. Los peregrinos llenaron sus cantimploras.

Algunos de ellos, viendo estas maravillas, rompieron sus ataduras.

Otros aumentaron la certeza de su fe, gracias a esos milagros; Dios conduce como quiere.

Otros, no receptivos, permanecieron amargados, inmaduros e imperfectos.

Así termina el segundo tomo de la obra de Rûmî, el sabio y poeta.

BIBLIOGRAFÍA

Rûmî, Jalálu'ddin. *The Mathnawî*. (Translation and commentary by Reynold A. Nicholson.) London: Messrs Luzac & Co., 1925-1940. 8 vols.

Rûmî, Djalâl-od-Dîn. *Mathnawî. La Quête de l'Absolu*. (Traduit du persan par Eva de Vitray Meyerovitch et Djamchid Mortazavi). Paris: Éditions du Rocher, 1990. 1705 p.

Rumi, Jalaluddin. *Mathnawî*. (Traducción del texto inglés de Reynold. A. Nicholson: *Mathnawî*, por Carmen Liaño). Madrid: 2004, Editorial Sufi, vol. 2.

